

Bianca™

LOS CHATSFIELD

El desafío del rival

ABBY GREEN



Abby Green

El desafío del rival



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

El desafío del rival, n.º 105 - junio 2015
Título original: Rival's Challenge
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-687-6376-7

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo 1

Antonio Chatsfield trató de hacerle entender a la bella morena que no dejaba de mirarlo desde el otro lado de la barra del bar que no estaba interesado. La mujer lucía un escote que no dejaba nada a la imaginación y llevaba ya algún tiempo lanzándole sugerentes miradas desde su taburete.

No le atraía ese tipo de mujer. Era demasiado provocativa, con una belleza demasiado perfecta para que fuera real. Lo mismo le pasaba con ese sitio. Era demasiado brillante, demasiado lujoso.

Miró a su alrededor. Estaba en el elegante y famoso bar del hotel insignia de su familia, el Chatsfield de Londres. Durante la última década, se había acostumbrado a estar en un entorno completamente distinto, rodeado de escombros y con el terrible olor del caos, la muerte y el pánico. Pero prefería no dejarse llevar por ese tipo de pensamientos. No era el momento.

Había preferido tomarse una copa en uno de los oscuros rincones del bar en vez de emborracharse en la suite del hotel que era en esos momentos su hogar. Sonrió con tristeza, al menos estaba siendo lo bastante inteligente como para querer beber en presencia de otras personas en vez de hacerlo a solas. Sabía que su psicólogo estaría orgulloso de él.

Le había costado mucho llegar a esa situación. Aun así, sabía que las pesadillas y los sudores fríos seguían estando muy cerca, a la vuelta de la esquina. No podía llegar a deshacerse por completo del terror que lo atenazaba en los momentos más insospechados, cuando se veía de repente de vuelta en el pasado, sumergido de nuevo en el dolor.

Pero la bebida no estaba ayudándole esa noche. Era como si la amargura que albergaba en su interior estuviera diluyendo los efectos del alcohol. Vio que incluso la mujer que tanto lo había mirado había terminado por perder el interés en él. Estaba dedicándole en esos momentos toda su atención a otro hombre que acababa de llegar al bar. Vio que intercambiaban miradas.

Él creía que ya había tenido en su vida suficientes encuentros como ese. No estaba de humor para ese tipo de relaciones. Tenía que reconocer que llevaba mucho tiempo desinteresado, más de lo que querría admitir. No había estado de humor para esas cosas, había preferido enterrarse en el trabajo para tratar así de no pensar en el enorme abismo que había dentro de él. No quería llenarlo con

encuentros sin sentido.

Después de años de exilio, solo llevaba un par de meses de vuelta en Londres. Y estaba allí porque su familia estaba pasando por un momento crucial. Su padre le había dado el puesto de director general a Christos Giatrakos con el fin de que se hiciera cargo de la cadena de hoteles de lujo que la familia tenía por todo el mundo, una empresa que había sido sinónimo de glamour y lujo desde que se abriera el primer hotel en1920.

Pero, durante los últimos años, la reputación de la empresa había sufrido daños casi irreparables. Su hermana Lucilla le había pedido que fuera a Londres para ayudarlos. El resto de los hermanos, todos más pequeños que él, parecían estar demasiado ocupados tratando de arruinar aún más el prestigio de la familia con todo tipo de escándalos y apariciones frecuentes en las revistas del corazón.

Tenía que reconocer que también él había pasado por una etapa bastante destructiva. Se había ido de casa cuando sus hermanos eran aún niños o adolescentes, así que no los conocía lo suficientemente bien como para poder juzgarlos.

Desde que se fuera, le había dado también la espalda a su herencia y a la empresa. Algo que no había cambiado por mucho que el autoritario nuevo director general tratara de convencerlo para utilizar su experiencia militar y financiera con el fin de ayudarlo a orquestar la resurrección y la expansión de la marca Chatsfield.

Pero su hermana Lucilla le había rogado que reconsiderara la oferta de Giatrakos. Creía que el puesto que le ofrecía era la posición perfecta para que él la ayudara a derrotar al nuevo director general. Al parecer, Giatrakos no sabía que no convenía invitar al enemigo a la casa de uno.

Además, los ruegos de Lucilla habían conseguido ablandar su corazón y esa parte de él que aún se empeñaba en tratar de arreglar las cosas. Sentía que había dejado que pasara demasiado tiempo antes de intervenir para tratar de ayudar a sus otros hermanos y Lucilla, con su petición, le estaba dando la oportunidad de intentar arreglar las cosas. Su hermana quería demostrarle a Giatrakos que podían restaurar el prestigio algo empañado de los Chatsfield haciéndose a través de una operación secreta con uno de los negocios hoteleros con los que competían, el Grupo Kennedy. Se trataba de una operación que debía tener lugar antes de la junta de accionistas de agosto. De ese modo, Lucilla quería demostrar que no tenían necesidad de que un extraño como Giatrakos tomara las riendas de la empresa.

Había decidido acudir en ayuda de su hermana. Aunque para ello había tenido que volver a un lugar al que habría preferido no tener que regresar.

Sintió un pinchazo de dolor en el pecho al pensar en sus hermanos.

Creía que, por culpa de los padres que habían tenido, ninguno de ellos, tampoco él mismo, había tenido posibilidades de triunfar en la vida. Durante algún tiempo, había luchado por conseguirlo, pero no había sido suficiente.

No había olvidado la terrible discusión que había tenido con su padre hacía ya más de diez años. Se había dado cuenta entonces de que sus esfuerzos eran inútiles y de que lo mejor que podía hacer por su familia era alejarse de ellos y dejar que siguieran adelante sin él. Como su progenitor le había recordado una y otra vez, él no era el padre de sus hermanos y nunca iba a serlo. Le había aconsejado entonces que dejara de intentarlo.

Sonrió con tristeza. Lucilla lo conocía muy bien, sabía que se sentía culpable por haberse ido de casa. A pesar de que había sido ella la que le había animado a que se fuera. Su hermana sabía también que se sentía afligido, insatisfecho y desarraigado.

Pero creía que Lucilla contaba sobre todo con que la ayudara por su sentido de la responsabilidad. Esa parte de sí mismo seguía intacta. Habían estado unidos por la pesada carga que habían llevado sobre sus hombros desde que su madre los abandonara a todos. Desde ese día, no habían vuelto a saber de ella.

A pesar de todas las imágenes que había acumulado en la mente durante la última década, a cada cual más horrible que la anterior, sabía que nunca iba a ser capaz de borrar la imagen de Lucilla, aún una adolescente, sosteniendo a su hermana recién nacida en sus brazos mientras lloraba desconsolada.

–Antonio, se ha ido… Nos ha abandonado. Estamos solos… –le había dicho Lucilla con voz entrecortada.

Había estado demasiado enfadado y abrumado por las circunstancias como para decir nada. Se había limitado a abrazar a Lucilla y a su hermana pequeña mientras se prometía que nunca iba a dejar que su familia se desmoronara. Entonces, había estado dispuesto a cualquier cosa para evitarlo. Aunque solo había sido un chaval de quince años en ese momento.

Pero no quería pensar en esas cosas. Miró su vaso y se terminó su bebida. Estaba a punto de levantarse para irse cuando se abrió la puerta del bar y entró una mujer. Se quedó completamente en blanco al verla y decidió no moverse de donde estaba.

No habría sabido decir qué era lo que tenía que había conseguido atraer su atención de manera tan poderosa. Destacaba entre los otros clientes del bar por su pálida tez, resaltada aún más por su vestido negro. También atrajeron su atención esas largas y bellas piernas y sus clásicos zapatos de tacón. No podía moverse, siguió con los ojos los elegantes movimientos de esa mujer.

Se acercó a la barra y esperó pacientemente a que el camarero se le

acercara. Era pelirroja y llevaba su vibrante melena recogida en un moño alto que dejaba al descubierto su delicado cuello. Le pareció que tenía los ojos azules, pero de un azul oscuro. Y el vestido que llevaba era a la vez discreto y sexy. Era de seda y caía recto desde sus hombros hasta la mitad de sus muslos, un cinturón bien ceñido era todo el adorno que llevaba.

Tenía los brazos delgados, muñecas delicadas y las uñas bastante cortas y pintadas con esmalte transparente. Parecía una mujer práctica, poco dada a excesos. Solo llevaba unos pequeños pendientes de diamantes y ninguna otra joya. No era tan alta como le había parecido en un principio. Quizás un metro sesenta sin tacones.

Sin saber por qué, ese detalle, esa aparente fragilidad tan femenina, provocó una reacción casi inmediata en su cuerpo y sintió una oleada de calor que se concentraba en su ingle. Pudo sentir cómo se despertaba su deseo sin que pudiera hacer nada para evitarlo. Tuvo que moverse un poco sobre el taburete para ajustar su postura, le frustraba la facilidad con la que la recién llegada parecía haber conseguido despertarlo, sobre todo cuando su reacción había sido tan distinta con la otra mujer, la que no había dejado de mirarlo.

Aunque su vestido no tenía escote, le dio la impresión de que sus pechos eran pequeños, pensó que quizás lo suficientemente pequeños como para que no tuviera que usar sujetador.

Justo en ese momento la mujer se movió ligeramente y Antonio se dio cuenta de que había una abertura en la parte delantera de su vestido, desde el cuello hasta justo debajo de sus pechos, tan discreta que no se había dado cuenta hasta ese instante, cuando pudo entrever la tentadora curva de un pecho pálido y firme.

El deseo lo envolvió mientras fantaseaba con deslizar su mano por esa abertura para acariciar su pecho y sentir el roce de un duro pezón contra la palma de la mano.

Orla Kennedy trató de calmarse mientras esperaba a que el camarero le sirviera lo que había pedido. Una parte de ella quería salir corriendo de allí. Ese bar tan elegante le intimidaba, pero recordó que estaba allí para tratar de reunir el coraje que iba a necesitar en la reunión del día siguiente y, de paso, conocer mejor los hoteles Chatsfield.

Estaba incómoda. Nunca iba sola a los bares. No quería parecer patética o que los clientes pensaran que estaba allí para ligar.

Miró a su alrededor, había varias parejas en las mesas más apartadas y un grupo de jóvenes ejecutivos en la mesa más grande, en la parte trasera del bar. Suspiró al ver que nadie parecía estar riéndose ni señalándola con el dedo.

El camarero le sirvió su copa y tomó un sorbo para tratar de calmarse, pero seguía incómoda, como si alguien la estuviera observando. Pensó que quizás no hubiera sido buena idea alojarse en el hotel donde iba a tener lugar la reunión. Lo había hecho para poder así conocer mejor a la empresa que quería hacerse con el negocio hotelero de su familia.

Tal y como había esperado, era un hotel suntuoso y muy exclusivo, como todos los que tenía la cadena Chatsfield por el mundo. Pero también era cierto que su reputación había empeorado mucho durante los últimos años por culpa de las escandalosas hazañas de los herederos Chatsfield.

Apretó los labios al recordar por qué estaba allí. La cadena Chatsfield parecía estar cambiando de estrategia y una de sus nuevas políticas de empresa consistía en adquirir cadenas hoteleras menores y en apuros.

Como el Grupo Kennedy, empresa irlandesa que su padre había puesto en marcha en los años sesenta, cuando compró un pequeño hotel al oeste del país. Gracias a su duro trabajo y determinación, había conseguido construir poco a poco un imperio hotelero. Años después, decidió trasladar sus operaciones empresariales a Inglaterra, a donde se fue a vivir con su esposa y su pequeña hija, Orla.

Por desgracia, la crisis económica los había golpeado con mucha dureza y habían tenido que cerrar unos cuantos hoteles, lo que había disminuido mucho el valor total de la cadena, haciéndolos vulnerables a ofertas públicas de adquisición por parte de empresas más ambiciosas y agresivas.

Estaban muy lejos de cadenas como la Chatsfield en cuanto a volumen de operaciones en todo el mundo, pero Orla tenía muy claro por qué estaban interesados en comprar sus hoteles. Su exclusiva clientela era similar a la de los Chatsfield y tenían buena reputación.

La sensación de que alguien la observaba era tan intensa en ese momento que Orla miró instintivamente a su izquierda y se quedó sin aliento cuando vio a un hombre en la penumbra. Estaba sentado frente a la barra y la miraba fijamente. Le sorprendió ver que no apartaba la mirada. Y le inquietó aún más darse cuenta de que tampoco ella era capaz de dejar de mirarlo.

No podía creer que se le hubiera pasado por alto, que no lo hubiese visto hasta ese momento. Y tampoco entendía por qué se sentía como si la hubiera hipnotizado con su mirada inquietante y oscura. No comprendía por qué no lo había visto cuando miró a su alrededor, su presencia era poderosa. Era moreno, con el pelo corto, de anchos hombros y rasgos muy masculinos y duros. No sonreía, pero no pudo evitar fijarse en su boca. Tenía labios carnosos y no pudo evitar imaginarse cómo sería sentirlos sobre su boca.

Se dio cuenta de repente de lo que estaba haciendo. No pudo creer que estuviera estudiando la boca de un completo extraño mientras se preguntaba cómo sería besarlo. Se sintió tan avergonzada que se sonrojó. Apartó la mirada y se concentró en su copa. Decidió que no podía quedarse donde estaba, bajo las luces de la barra.

Horrorizada pensando que ese hombre pudiera haber malinterpretado su mirada, recogió su bolso y la copa y se trasladó a una de las mesas del bar. Suspiró aliviada al ver que allí estaba algo más oculta.

El corazón le latía con más fuerza de la habitual y sentía un cosquilleo en la parte baja de su abdomen. Miró de nuevo hacia donde seguía ese hombre. Estaba segura de que ya no estaría observándola.

Pero no tardó en darse cuenta de que seguía mirándola. Se le aceleró aún más el pulso, nunca había experimentado nada parecido. Era una situación nueva para ella y muy sexy.

Pudo sentir cómo se tensaban sus pechos bajo la sedosa tela del vestido y una oleada de calor recorría su cuerpo. Hasta que no deshizo la maleta, no se había dado cuenta de que había olvidado el sujetador que usaba con ese vestido. Pero no le había quedado más remedio que ponérselo, no había querido bajar a tomar una copa con el traje que había reservado para la reunión del día siguiente.

Se había imaginado que el vestido, que era bastante suelto, ocultaría sus pechos. Además, tenía la suerte o la desgracia de tener poco pecho. Pero, en ese instante, se estaba sintiendo casi desnuda y era muy consciente de la abertura que tenía el vestido. Normalmente, solo mostraba un atisbo de su sujetador, pero creía que esa noche estaba enseñando demasiado si alguien la miraba fijamente. Tan fijamente como lo estaba haciendo ese hombre. Sintió un intenso calor concentrándose entre sus piernas que no tardó en convertirse en humedad. Apartó la mirada y se concentró en su copa. No quería dar a nadie una idea equivocada.

Además de todo lo que le estaba haciendo sentir con sus ojos, no entendía que hubiera podido atraer el interés de un hombre como ese. Por lo que había visto, le parecía que hacía mejor pareja con la joven de amplio escote que estaba bebiendo cerca de él.

Pero la miró de nuevo y vio que estaba concentrada en otro cliente. Era tan obvio lo que quería que sintió vergüenza ajena por ella. Supuso que, en cualquier momento, saldrían del bar en dirección a una de las habitaciones de ese hotel. Aunque no entendía ese tipo de conducta, no pudo evitar sentir una punzada de algo muy parecido a la envidia, pero solo durante un segundo.

Llevaba mucho tiempo sin tener relaciones sexuales. De hecho, ya más de un año. La verdad era que nunca había tenido una relación que durara más de unas pocas semanas. Pero, en su defensa, a los

hombres que conocía no les solía gustar el hecho de que ella pareciera sentir más pasión por el negocio de su familia que por ninguna otra cosa.

Se había contentado pensando que su trabajo era su pareja, su compañero de cama. Y hasta entonces, había sido una relación atípica, pero muy satisfactoria. Era cierto también que a veces se sentía algo sola y frustrada cuando veía a parejas enamoradas entrando a su hotel para pasar un romántico fin de semana.

Pero ella había decidido cómo quería que fuera su vida. Por eso no entendía por qué estaba de repente pensando en esas cosas ni por qué sentía esa fuerte sensación de calor e insatisfacción por todo el cuerpo.

Todo por la mirada descarada e interesada de un desconocido. No entendía qué le pasaba. Creía que probablemente fuera el tipo de hombre dispuesto a acostarse con cualquiera que...

–¿Le importaría que me sentara con usted?

Orla levantó tan rápidamente la cabeza que le crujió el cuello. Durante un segundo, se quedó como si alguien acabara de golpearla. Todo se desvaneció de repente. El hombre en el que había estado pensando, el que la había estado observando, estaba allí, de pie frente a ella. Llevaba un traje oscuro y una camisa blanca sin corbata y con el cuello abierto. Era aún más atractivo de cerca y enorme... Muy alto y fuerte. Casi demasiado alto.

Se sentía tan aturdida que no podía hablar. El hombre tomó su silencio como una invitación y se sentó frente a ella.

Seguía sin poder decir nada. Se limitó a mirarlo boquiabierta. Le parecía increíble que hubiera osado acercarse a ella y sentarse sin más. El hombre dejó su copa en la pequeña mesa y ese sonido consiguió sacarla por fin de su ensoñación.

–No le he dado permiso para que se siente –le dijo ella.

Su corazón latía tan rápidamente que estaba sin aliento. Sentía por todo su ser una oleada de algo que se parecía demasiado al deseo. Estaba enfadada consigo misma, no entendía qué le estaba pasando, por qué estaba reaccionando ante ese hombre de una manera tan desenfrenada. Estaba a punto de levantarse cuando él le habló de nuevo.

–Por favor, no se vaya –le susurró con urgencia.

Tenía una voz tan sensual que consiguió despertar todas sus terminaciones nerviosas con un cosquilleo imposible de controlar. Se detuvo y lo miró. Era un tipo tan grande, tenía una presencia abrumadora, poderosa y fuerte. Y, de cerca, tenía un aspecto aún más masculino, con rasgos bien definidos y muy viriles, parecía extranjero, pero su acento no lo era. Frunció el ceño.

–¿Es inglés?

Él asintió con la cabeza.

–Sí. ¿Por qué?
–No lo sé…
Se sonrojó antes de terminar de hablar. Acababa de darse cuenta de que su comentario le daba a entender que había pensado en él, que se había fijado en ese hombre, y se sintió muy avergonzada. Pero ya no había marcha atrás.
–Me pareció… Tiene aspecto de extranjero.
El hombre torció la boca y a Orla se le fueron los ojos a esos labios.
–Soy medio italiano, medio inglés.
Asintió con la cabeza, sin saber qué decir.
–¿Y usted?
Estaba tan abrumada que tardó en contestar.
–Soy irlandesa. Bueno, nací allí, pero siempre he vivido en Inglaterra.
–Supongo que eso explica que sea pelirroja.
Orla lo miró a los ojos y se preguntó de qué color eran. Parecían negros en la penumbra del bar y no pudo evitar estremecerse. No sabía muy bien por qué. Era de pronto consciente de la dureza que emanaba de ese hombre, algo que no había notado hasta ese momento. Tenía un aspecto algo peligroso.
Recordó entonces dónde estaba y se puso rígida de nuevo.
–Bueno, ¿podría irse, por favor? No le he pedido que se siente conmigo –le recordó.
Se hizo un silencio tenso entre ellos y el hombre no se movió. Resoplando, Orla volvió a levantarse.
–Muy bien, si no va a tener la cortesía de hacer lo que le pido, lo haré yo.
Pero él la agarró por la muñeca y Orla sintió una descarga eléctrica y una sensación de intenso calor que se dirigió directamente a su entrepierna.
–Por favor… Me haría un inmenso favor si se queda unos minutos en la mesa conmigo y finge que nos conocemos.
Se quedó mirándolo. Estaba sin palabras. Y no solo porque seguía tocándola.
–¿De qué me está hablando? –le preguntó ella con suspicacia.
–¿Ve a esa mujer de la barra?
Miró hacia donde le había indicado y vio a la provocativa mujer que había estado hasta hacía pocos minutos dedicándole toda su atención a otro cliente del bar. El hombre se había ido y la joven estaba sola otra vez.
–Sí, la veo –respondió ella con reticencia.
–Me temo que voy a ser el siguiente en su lista de objetivos –le dijo el hombre.
Se lo decía fingiendo inocencia, como si de verdad estuviera

atemorizado. Le costaba creerse lo que estaba pasando, que ese hombre estuviera coqueteando con ella de esa manera. Y no pudo evitar que su cuerpo reaccionara aún con más intensidad. Sintió cómo se contraían sus pezones y cruzó los brazos sobre el pecho para evitar que él lo notara.

Lo miró con la expresión más seria de su repertorio, esa expresión con la que siempre conseguía amedrentar a sus empleados.

–¿Está tratando de hacerme creer que no podría defenderse de esa mujer? –le preguntó entonces.

El hombre levantó una ceja y le dedicó media sonrisa. No podía dejar de admirar su atractivo y sexy rostro. Cada vez le parecía más peligroso.

–No ha funcionado, ¿no?

Orla negó con la cabeza y apenas pudo esconder una sonrisa.

Vio entonces algo de movimiento detrás del hombre, junto a la barra.

–Parece que está a salvo. La víctima actual de esa mujer acaba de regresar. Supongo que estaba en el baño.

Él no se dio la vuelta para ver si era verdad lo que le contaba, pero notó que levantaba la vista y se dio cuenta de que podía ver la barra reflejada en el espejo veneciano que ella tenía sobre su asiento.

La miró y sonrió.

–Supongo que me he quedado sin excusa para venir a hablar con usted –reconoció el hombre.

El corazón le dio un vuelco. Podía levantarse y salir de allí, pero no quería hacerlo. No entendía por qué, pero prefería seguir allí. Ese hombre podía ser encantador, pero no del todo, no como otros tipos que había conocido. Había algo duro y áspero en su personalidad, algo que le intrigaba.

Tampoco podía negar cómo su cuerpo estaba reaccionando a su presencia. Había conseguido despertar lo más femenino e íntimo de su ser, sobre todo en la zona de su cuerpo donde parecía estar concentrándose un fuerte calor.

–¿Puedo invitarla a una copa para resarcirla por haber perturbado su paz? –le preguntó él como si hubiera podido sentir que sus fuerzas empezaban a ceder un poco.

Dudó unos segundos.

Tenía la sensación de que ese hombre estaba a punto de perturbar su paz aún más. Creía que, si le presionaba para que se fuera, se iría. Pero, por otro lado, pensó que una copa con él no era mala idea.

Se estaba sintiendo en esos momentos más sensible a todo lo que la rodeaba y más viva de lo que lo había estado en mucho tiempo. Apartó los brazos de su pecho y se encogió de hombros.

–De acuerdo, ¿por qué no?

Como por arte de magia y, antes de que tuviera tiempo de arrepentirse, se les acercó un camarero para tomar nota de lo que querían.

No tardaron en volver a quedarse solos y ella cada vez se sentía más acalorada, era como si hubiera conseguido derretirla por completo.

Sintió una humedad entre sus piernas que ya no podía ignorar. Algo incómoda, cruzó las piernas y notó que el movimiento atraía de inmediato la atención de ese hombre hacia sus muslos. Lamentó haber elegido ese vestido. Colocó las manos sobre la pierna y lo miró a los ojos. Estaba sonriéndole, como si quisiera darle a entender que sabía exactamente lo incómoda que se sentía en esos instantes.

–Dígame, ¿está aquí por trabajo?

Orla asintió con la cabeza, pero no quería hablar de su trabajo ni tener que recordar la realidad a la que tenía que enfrentarse, el fin de su empresa familiar. Así que prefirió no entrar en detalles.

–Sí, trabajo en ventas.

En parte, era cierto. Aunque también se encargaba del marketing, de la administración, de las relaciones públicas, del entretenimiento...

El hombre hizo una mueca al oírlo.

–¿En serio? Yo trabajo en adquisiciones. Muy aburrido, ¿verdad?

Lo miró con suspicacia. Ese hombre no se parecía en nada a los típicos hombres de negocios que vivían atrapados por la rutina diaria y sus grises existencias, pero decidió no llevarle la contraria. Algo le decía que también él había decidido fingir que era otra persona y no darle más detalles.

Estaba a punto de responder cuando se le ocurrió algo bastante desagradable. Miró su mano y no vio ninguna alianza, pero eso no significaba nada.

–¿Está casado?

El hombre negó la cabeza.

–¿Y usted? –le preguntó frunciendo el ceño.

Orla también sacudió la cabeza rápidamente. No pensaba casarse nunca, amaba demasiado su trabajo para eso. Por desgracia, había visto los efectos perjudiciales que el matrimonio podía llegar a tener en una empresa.

–No –le dijo con firmeza.

–Bueno, entonces ya tenemos los dos claro que estamos libres y sin compromiso –comentó él–. ¿Por dónde íbamos?

Se estremeció al escuchar sus palabras. Apenas podía controlar el deseo que ese hombre había despertado en ella, sentía que había perdido por completo el control de lo que estaba sucediendo en esos momentos.

No podía seguir así, tenía que mantener la mente despejada.

–Estábamos hablando de ventas y adquisiciones, creo –murmuró

ella.

Sin saber muy bien por qué, le pareció algo muy sugerente.

–¡Ah! Es verdad.

El camarero apareció con sus bebidas, dos copas de whisky.

Él levantó su bebida hacia ella.

–Por los encuentros casuales.

Orla también levantó su copa.

–Por los hombres lanzados, pero con patéticas excusas a la hora de entablar conversación con las mujeres –repuso ella.

El hombre sonrió.

Y ella también lo hizo. Tomaron un sorbo de sus copas y fue muy agradable sentir la suavidad del alcohol bajando por su garganta, calentando aún más su cuerpo. De repente, se sintió más sensual que nunca, era como si estuviera soñando.

–¿No deberíamos intercambiar nombres? –le sugirió él.

Se quedó sin aliento. Los nombres eran demasiada información, no quería hacer nada que tuviera que ver con su realidad, con quién era ella.

–Creo que las presentaciones están sobrevaloradas. Además, lo más probable es que nunca volvamos a vernos. ¿Qué sentido tiene que nos presentemos?

A pesar de la penumbra que reinaba en el bar, vio que le brillaban los ojos y sonreía.

–No tenemos por qué usar nuestros nombres de verdad –le dijo él–. Pero me gustaría poder llamarte de alguna manera.

Sintió que se estremecía de nuevo. Se preguntó si quería que le diera un nombre para poder usarlo más tarde, durante un momento de pasión. Le bastó con pensar en ello para que su corazón comenzara a latir con más fuerza aún.

Él le tendió una mano con una mirada traviesa en los ojos.

–Hola, soy Marco.

Ella aceptó su mano y, durante un segundo, su mente se quedó en blanco al sentir el calor de su piel. Era una mano tan grande que envolvía por completo la de ella. Tampoco se le pasó por alto la aspereza de los callos que tenía en la piel.

–Y yo soy… Soy Kate.

–Encantado de conocerte, Kate…

No entendía lo que le estaba pasando, por qué ese hombre le estaba afectando tanto. La verdad era que no había conocido nunca a nadie como él. Hacía que fuera muy consciente de su naturaleza sexual, que se sintiera muy viva y llena de energía.

–¿Tiene trabajo en el hotel mañana? ¿Alguna reunión o conferencia? –le preguntó Marco.

Pero ella no quería otro recordatorio de la realidad y negó con la

cabeza.

–No quiero hablar de mañana.

Marco se quedó inmóvil y entrecerró los ojos mientras la observaba. Podía sentir que estaba con los ojos fijos en su boca, ni siquiera se atrevía a respirar.

–Sin nombres y sin mañana –le dijo con su profunda y masculina voz–. Me parece muy bien. El presente es mucho más interesante.

Se inclinó hacia ella con el vaso de whisky en la mano.

–¿Sabes qué? Estaba a punto de irme cuando entraste en el bar.

El corazón de Orla estaba desbocado.

–¿En serio?

Él asintió con la cabeza.

–Sí, pero entonces te vi y me quedé donde estaba.

Estaba completamente hipnotizada por su oscura mirada.

–¿Por qué?

–Porque me cautivaste nada más verte.

Durante un buen rato, no dijo nada. Solo podía mirar la sensual boca de Marco.

–Ahora es cuando tú tienes que decirme que también te habías fijado en mí… –le comentó Marco con media sonrisa.

Orla se sentía casi mareada, como si estuviera perdiendo el sentido común por momentos. Ya no era ella misma, era otra mujer.

–Al principio no te vi… –susurró–. No sé por qué.

–Estaba escondido entre las sombras.

Ella asintió lentamente y algo en sus palabras le afectó especialmente, como si tuvieran un significado mucho más profundo.

–Es verdad… Por eso no te vi. Al principio…

Orla no podía dejar de hablar.

–Cuando lo hice… No pude apartar la mirada –le confesó mientras se ruborizaba y tomaba el vaso de whisky con las dos manos–. Pero no quería que pensaras que estaba tratando de alentarte para…

–No te preocupes por eso –la interrumpió Marco–. Me dejaste bastante claro con tu frialdad que querías que me mantuviera alejado de ti.

Lo miró indignada.

–¿Frialdad? ¡Yo no soy fría!

Marco la miró entonces con los ojos entrecerrados.

–Lo sé… –le susurró.

Se estremeció al oírlo. Nunca había estado tan excitada, no terminaba de creerse cómo podía estar así, cómo habían llegado a esa situación en cuestión de minutos. Nunca había sentido tanta necesidad.

Miró en ese instante a su alrededor y se dio cuenta de que se habían ido ya los jóvenes ejecutivos que habían llenado la mesa del fondo.

Tampoco estaban ya la morena de generoso escote ni su conquista.

Solo había otra pareja y ellos dos. Le parecía increíble no haber sido consciente de nada de lo que había estado pasando a su alrededor. Ese hombre tenía un efecto peligroso y embriagador en ella.

Marco levantó su vaso y se terminó de un trago su whisky. Durante un segundo, temió que estuviera a punto de levantarse e irse. No sabía por qué le preocupaba sentirse rechazada por él. Después de todo, no lo conocía de nada.

Pero vio que dejaba el vaso en la mesa y no se movía. Ella tomó un buen trago del suyo para tratar de reunir valor. No dejaba de mirarla y lo hacía con tanta intensidad que se quedó sin aliento. Deseaba a ese hombre con una urgencia que le parecía increíble, nunca le había pasado nada parecido.

–Te deseé desde que te vi por primera vez, desde que entraste por esa puerta –le dijo con su voz profunda–. Te deseo tanto que me duele… Si quieres que te diga la verdad, no recuerdo la última vez que deseé tanto a una mujer.

Tenía la boca seca. Solo se habían tocado cuando él le agarró la muñeca para impedir que se fuera y cuando se saludaron, pero instintivamente, sabía que le bastaría con sentir esos labios cerca de su boca para arder en llamas.

Su honestidad consiguió conectar completamente con ella. Era mucho más seductor que si él hubiera seguido tratando de conquistarla poco a poco, hablando con ella y haciéndole perder el tiempo cuando los dos sabían que lo que estaba pasando entre ellos era una locura, algo irreal, sin precedentes.

Se echó a temblar al darse cuenta de la idea que ya estaba sopesando en su cabeza.

–Yo… Yo también te deseo –le confesó con voz entrecortada.

Vio cómo le brillaban los ojos al oírlo y el calor entre sus piernas se hizo aún más intenso.

–Pero no vine al bar con la intención de conocer a nadie y tener una aventura de una noche… –agregó.

–Lo sé –repuso Marco con seriedad.

No dejaba de mirarla, estaba completamente hipnotizada.

–Voy a la barra a pagar las copas. Si quieres irte, no voy a tratar de convencerte para que no lo hagas. Pero si te quedas…

No tenía que terminar la frase. Lo entendía muy bien. Si no se iba, si se quedaba, iba a pasar la noche con ese hombre. En su cama. Después de unos segundos en silencio cargados de tensión, Marco se puso en pie, recordándole entonces lo alto y fuerte que era. Nunca había conocido a nadie tan intensamente masculino, nadie había hecho que se sintiera tan delicada y femenina.

Después, se dio la vuelta y se dirigió a la barra con movimientos

fluidos y elegantes. No podía dejar de mirarlo. Mientras tanto, estaba librando una dura batalla en su cabeza. Tenía tanto en lo que pensar… Había planeado releer algunos documentos para la reunión del día siguiente, cuando iba a tener que enfrentarse por fin a la realidad que la esperaba, el fin de su negocio familiar. A pesar de todo lo que tenía en la cabeza, en ese instante, todas esas cosas las veía muy lejanas, no le parecían tan importantes.

Se levantó y agarró su bolso. No sabía qué hacer, quería aferrarse a la cordura, a su sentido común. Pero esa noche le estaba costando hacerlo.

Se sentía nerviosa, excitada y asustada. Pero también emocionada.

Creía que no podía dejar que ese hombre la llevara a su habitación. Era una locura, era ridículo e incluso peligroso.

Decidió de repente que no iba a permitir que sus descontroladas hormonas dirigieran su vida. Pensó en salir del bar antes de que Marco volviera a la mesa.

Avanzó entre las mesas, pero al llegar a las que había cerca de la barra, levantó la vista y se encontró con unos ojos oscuros en el espejo que había sobre la barra del bar. Sintió que se le detenía el corazón y que se quedaba sin aliento.

No podía interpretar la expresión en su rostro. Sus ojos eran tan oscuros que no podía saber qué estaba pensando ese hombre, pero tampoco podía apartar la mirada. Le había pasado lo mismo cuando lo había visto por primera vez esa noche.

Se dio cuenta de que Marco ya había pagado las bebidas y que llevaba unos minutos observándola en el reflejo del espejo, esperando para ver qué hacía, dándole así algo más de espacio y libertad para que tuviera la oportunidad de irse si eso era lo que quería hacer. De repente, algo muy dentro de ella se rebeló. Deseaba tanto a ese hombre que era una sensación casi dolorosa. Se quedó donde estaba, no se movió. Y él entendió lo que quería decirle, no tuvieron siquiera que hablar.

Era un «sí» muy claro.

Marco se dio lentamente la vuelta y toda la fuerza de su físico la golpeó de repente. Sin decir ni una palabra, se acercó a ella, tomó su mano y salieron juntos del bar.

Aturdida, Orla dejó que la llevara así hasta el ascensor. Una vez dentro, estuvieron a solas por primera vez y Marco la sorprendió soltándole la mano y recostándose contra la pared opuesta. Fuera ya de la penumbra del bar y con las brillantes luces del ascensor, su presencia era aún más intimidante. Tenía la piel oliva y vio que sus ojos no eran negros, sino de un marrón muy oscuro. Durante un segundo, sintió que su cordura amenazaba con regresar, pero se quedó sin aliento cuando oyó las palabras de Marco.

–Enséñame un pecho.

Su voz le dejó muy claro quién estaba al mando y se le esfumaron de repente todas las dudas.

Tardó en entender sus palabras, pero vio entonces lo que estaba mirando Marco. Siguió la dirección de sus ojos, que seguían fijos en la discreta abertura del vestido.

Se sentía abrumada por todo tipo de sensaciones, excitada y completamente embriagada por su presencia. Levantó su mano lentamente y apartó la tela de su vestido de seda a un lado, revelando uno de sus pálidos pechos. Sus dedos rozaron el tenso pezón y tuvo que morderse el labio para detener un gemido.

No dejó de mirarlo fijamente y sabía que le ardían las mejillas. Sus ojos parecían aún más oscuros y pensó que nunca la habían mirado con tanto deseo. Sintió cómo se tensaban más aún sus pechos.

El ascensor se estremeció ligeramente y se detuvo. Soltó entonces la tela del vestido y volvió a cubrirse.

Se abrieron las puertas y Marco tomó de nuevo su mano. Esa vez con más fuerza y sin decirle una palabra. La sacó así del ascensor y avanzaron por el pasillo. Casi tenía que correr para mantener el ritmo de Marco, que caminaba dando grandes zancadas.

Se detuvo al final del pasillo y abrió la puerta con una llave electrónica. Entraron y ella apenas fue consciente de lo que la rodeaba, pero se dio cuenta de que era una habitación muy lujosa, con unas vistas magníficas. En cuanto se cerró la puerta tras ellos, Marco soltó la mano para quitarse la chaqueta y tirarla en dirección a una silla.

Ella estaba apoyada en la puerta que se acababa de cerrar. Marco se volvió hacia ella y se miraron a los ojos. No dejaba de sorprenderle lo grande que era, hacía que se sintiera muy pequeña y delicada.

Cada vez se sentía más aturdida y dominada por el deseo.

Marco frunció el ceño y se puso serio.

–¿Estás segura de que quieres esto? –le preguntó.

Orla ya había tomado esa decisión en el bar cuando sus ojos se encontraron en el espejo. Tragó saliva y trató de que su voz no la traicionara. Nunca había estado en una situación como aquella, creía que era lo más valiente que había hecho en su vida.

–Estoy aquí, ¿no?

Capítulo 2

La respuesta de esa mujer había conseguido empujarlo aún más cerca del abismo. Antonio nunca se había sentido así, tan excitado y tan dominado por el deseo con una mujer a la que apenas había llegado a tocar.

Durante un segundo, una parte de él se contrajo cuando se dio cuenta de que estaba perdiendo el control de la situación, pero no podía pensar en eso, no en esos momentos. Todo lo que podía ver era esa mujer y sus labios carnosos y sensuales. No había nada más en el mundo.

Apoyó las manos en la puerta, sobre la cabeza de Kate, enjaulándola entre su cuerpo y sus brazos. Ella lo miraba con los ojos muy abiertos.

–Suéltate el pelo –le dijo.

Quería ver cómo caía sobre sus hombros.

Después de un segundo de vacilación, Kate levantó la mano.

–¿Te han dicho alguna vez que eres bastante mandón?

Sonrió al oírlo, pensando en los pelotones de soldados de élite que había tenido a su mando.

–Muy a menudo –reconoció él.

Kate tiró de algo y su moño se deshizo. El pelo le cayó con suavidad sobre los hombros. Aunque estaban en la penumbra, podía distinguir el brillo y la intensidad de su color.

Bajó una mano y tomó un mechón entre los dedos. Nunca había tocado un cabello tan fino ni tan suave... Su mente le jugó una mala pasada y le vino a la cabeza un distante recuerdo del pasado, pero no quería pensar en ello.

Utilizó los ejercicios que le habían ayudado a evitar la locura y se centró en ella, en su olor. Kate tenía un aroma que era una mezcla de almizcle y rosas, a la vez etéreo y muy terrenal.

Incapaz de resistir esa tortura por más tiempo, dejó que el cabello se deslizara entre sus dedos y acarició la delicada línea de su mandíbula. Vio cómo se aceleraba el pulso en la base de su cuello y sintió que su propio cuerpo temblaba a modo de respuesta.

La miró a los ojos. Eran azules, pero oscuros. Casi violetas, se había dado cuenta en el ascensor.

Levantó suavemente su barbilla, bajó la cabeza y dejó que su boca tocara la de ella. Las sensaciones explotaron por todo su cuerpo. Sin poder ahogar un gemido, cerró los ojos y profundizó en el beso,

sintiendo cómo iba cediendo su exuberante boca, abriéndose a él, invitándolo a compartir con ella un beso más íntimo y apasionado.

Cuando sus lenguas se tocaron sintió algo parecido a una descarga eléctrica. Kate le agarró la camisa con sus pequeñas manos y se estremeció al sentirlas contra su torso. Era incapaz de contenerse. Llevaba toda la noche fantaseando con hacerlo y no podía esperar más...

Bajó una mano hasta su escote y encontró la abertura del vestido que tanto le había tentado en el bar. Deslizó su mano y la colocó sobre uno de sus pechos desnudos, sintiendo contra la palma la firme protuberancia del pezón. Se sentía al borde del abismo, nunca había estado tan excitado, era una necesidad salvaje. No podía dejar de acariciarla, era como una droga, pellizcó su pezón entre los dedos hasta sentir que se endurecía más aún. Y su piel... Su piel era como la seda. Cálida y suave.

Aunque apenas era consciente de lo que pasaba a su alrededor, sintió que Kate acercaba su cuerpo hacia él y podía escuchar también sus gemidos. La agarró con fuerza por la cintura, parecía tan pequeña y frágil que estaba consiguiendo despertar algo profundamente masculino y viril dentro de él, una parte casi primitiva que llevaba mucho tiempo olvidada. La tela de su vestido era resbaladiza. La atrajo con fuerza hacia él, para sentirla contra la parte de su anatomía que no escondía cuánto la deseaba.

Orla se apartó de Marco y lo miró a sus brillantes ojos. Le costaba respirar con normalidad. Estaba completamente aplastada contra él, de puntillas entre Marco y la puerta y podía sentir lo excitado que estaba, tan duro e imponente contra su vientre. Tenía la mente completamente en blanco. Ya se había dado cuenta de que era un hombre muy grande. Pero allí y en ese momento le parecía enorme. Y ella cada vez estaba más excitada y húmeda.

Vio que también a él le costaba respirar, su pecho se movía rápidamente, podía sentir sus latidos bajo la palma de las manos.

Nunca se había sentido como entonces, estaba completamente perdida y dominada por el deseo.

–Quiero verte –le susurró.

Acababa de recordar que ella también sabía cómo dar órdenes.

Marco apartó la mano de su pecho y ella tuvo que morderse el labio para contenerse, para no agarrar su mano y ponerla de nuevo bajo su vestido.

Muy despacio, Marco comenzó a desabotonar su camisa y ella siguió con atención lo que hacía mientras revelaba poco a poco su torso. Abrió mucho los ojos cuando por fin se quitó del todo la camisa y la

tiró al suelo.

Era impresionante, perfecto y fuerte como un guerrero. Su torso era enorme y duro como una piedra. Sus músculos estaban muy definidos y una fina capa de bello cubría sus pectorales y descendía después en una línea que desaparecía por debajo del cinturón de su pantalón. La mirada de Orla siguió bajando y tragó saliva al notar el bulto que luchaba por salir del pantalón.

–Ahora tú –le ordenó Marco.

Orla lo miró de nuevo a los ojos y, con la boca seca, se llevó las manos a la espalda para desabrochar el pequeño botón en la parte superior del vestido. Después de hacerlo, mantuvo el vestido en su lugar por un momento antes de respirar profundamente y dejar que la tela cayera hacia adelante y, después, hacia abajo. Solo lo sujetaba ya el cinturón.

Podía sentir la mirada caliente de Marco sobre su piel. En el pecho que le había estado acariciando aún podía sentir el calor de su mano.

–Eres preciosa... –susurró mientras alargaba hacia ella una mano y trazaba la areola de su otro pecho con un dedo.

Orla reprimió un gemido y cerró los ojos. Apenas sabía qué hacer con tantas sensaciones, todas a la vez. Pero entonces sus ojos se abrieron de golpe y se quedó sin aliento al sentir la boca de Marco donde había estado tocándola con la mano. Era una sensación increíble.

Llevó las manos a la cabeza de ese hombre, hundiendo los dedos en su fuerte y suave cabello. Su boca era una auténtica tortura, deliciosa pero difícil de soportar. Apoyó la cabeza contra la puerta, y sintió que le temblaban las piernas.

–Marco... –susurró entre gemidos–. No puedo continuar de pie.

Lamentaba no ser más fuerte, pero las piernas no aguantaban ya su peso. Marco levantó la cabeza y la tomó en sus brazos como si no pesara nada.

Puso una mano sobre su torso, deleitándose con la sensación de esos duros músculos bajo su palma. Aunque era una mujer que se enorgullecía de ser fuerte y autoritaria, estaba disfrutando mucho entre sus brazos, dejando que ese hombre la hiciera sentirse más femenina que nunca.

Atravesó con ella en brazos la suite hasta llegar a un dormitorio donde había encendida una pequeña lámpara al lado de la cama. Había libros, ropa y otros enseres en la habitación, pero apenas fue consciente de lo que veía. Solo tenía ojos para ese hombre. Era tan fuerte que se le pasó por la cabeza que quizás fuera un deportista profesional.

Marco la dejó en la cama y bajó las manos por sus piernas hasta llegar a los pies y quitarle los zapatos, que cayeron al suelo con un

ruido sordo. Regresaron entonces esas manos a sus piernas y las separó muy despacio, colocándose entre ellas aunque aún seguía de pie, al borde de la cama.

Sintió que se le aceleraba aún más el pulso. Marco tenía sus grandes manos en los muslos e iba subiendo más y más con sus pulgares, acercándose a la zona de su cuerpo que no podía ocultar cuánto lo deseaba. Se sentía avergonzada por lo que su cuerpo estaba a punto de revelar.

–¡No! –exclamó de repente, sin poder evitarlo.

–¿No qué? –le preguntó él deteniéndose.

Orla giró la cabeza a un lado para no mirarlo a los ojos. Seguía dominándola el deseo, pero también se sentía más expuesta de lo que se había sentido nunca. Ningún hombre la había hecho sentirse tan perdida y vulnerable.

–No quiero que veas, no quiero que sepas…

–¿El qué?

Lo miró entonces a los ojos.

No podía decirle que temía que viera cuánto lo deseaba. No podía desnudar también su alma.

–Ni siquiera te conozco…

Las manos de Marco no se movieron. Se limitó a mirarla. Después, contestó como si supiera lo que ella estaba pensando, lo que no le había podido decir con palabras.

–Lo sé… A mí me pasa lo mismo –le aseguró.

Apartó las manos de sus muslos y Orla las echó de menos al instante. Pero vio que Marco comenzaba a quitarse el cinturón y se desnudaba.

Se quedó sin aliento al verlo así y se le fueron los ojos a su imponente erección.

–¿Ves? –susurró él–. ¿Ves cuánto te deseo yo también? Es mutuo.

Se colocó de nuevo entre sus piernas y ella se relajó de nuevo sobre el colchón, soñando con sentir otra vez esas manos sobre los muslos. Así lo hizo Marco, subiéndolas poco a poco hasta llegar a su sexo. Trató entonces de no retorcerse contra ellas, aunque era lo que deseaba hacer, se moría por sentir sus caricias.

Marco, con fuego en sus ojos, apartó a un lado sus braguitas y comenzó a tocarla íntimamente. Susurró algo en otro idioma, uno que no entendía. Le pareció que sonaba gutural, como el francés, pero no se parecía a ningún francés que hubiera oído en su vida.

Cerró los ojos, sintiendo cómo se tensaba todo su cuerpo mientras la acariciaba y se quedó sin aliento cuando deslizó un dedo dentro de ella, de su cálida humedad. No pudo evitar arquear hacia él la espalda mientras gemía y se aferraba a las sábanas.

Marco se tendió entonces a su lado, pudo sentir cómo se hundía la

cama con su peso. Poco después, eran dos en vez de uno los dedos que iban descubriendo su sexo y su boca había encontrado uno de sus pechos. Las sensaciones eran increíbles, quería gritar. Estaba dentro de una vertiginosa espiral, subiendo cada vez más rápidamente hacia la cumbre del placer, no podía dejar de temblar entre sus manos.

Sin previo aviso, sintió que algo se rompía dentro de ella, fue el orgasmo más potente que había tenido en toda su vida. Fue tan increíble que se le pasó por la cabeza que quizás fuera el primero que había experimentado, tan distinto era a todo lo que había vivido hasta ese momento.

La mano de Marco se quedó inmóvil contra su sexo, pero ella no podía dejar de temblar. Poco a poco, sintió que regresaba a la tierra y al presente. Estaba casi desorientada. Abrió los ojos y lo vio tendido a su lado, observándola, parecía una escultura, un poderoso dios griego. Marco llevó las manos entonces a su cintura, le quitó el cinturón y comenzó a bajarle el vestido. Se sentía algo avergonzada, pero no podía evitarlo, todo su cuerpo seguía temblando con la fuerza de lo que acababa de suceder.

Fue tirando del vestido hasta que se quedó solo con las braguitas, pero no durante mucho tiempo. No tardó en quitárselas también.

Vio que se acercaba a la mesita a por algo, supuso que se trataba de un preservativo. Cuando estaba a punto de ponérselo, sintió la necesidad de hacerlo por él.

–Espera... –le susurró.

Marco se detuvo y la miró. Había mucha tensión en su rostro, se dio cuenta entonces de cuánto le había costado controlarse mientras se centraba en su placer.

–Deja que lo haga yo.

Esa noche, ella era Kate. Esa noche, la realidad no existía, todo formaba parte de una fantasía que había tenido en su mente y de la que no había sido consciente hasta ese momento. Esa noche, quería permitirse el lujo de ser otra persona.

Se acercó a él de rodillas, agradecida al ver que sus piernas la sostenían sin temblar demasiado. Tomó el preservativo en sus dedos y se lo colocó muy despacio. Se mordió el labio cuando llegó la base de su pene, pero Marco no tardó en sujetar sus brazos para apartarla y tumbarla suavemente sobre la cama.

–Lo siento, preciosa, pero no puedo dejar que me sigas tocando y mirando de esa manera. O esto terminará antes de que empiece. No puedo aguantar más... –le dijo mientras le separaba las piernas y se colocaba entre ellas.

Conteniendo la respiración, sintió la presión de su erección contra su sexo. Era tan grande, le parecía casi imposible que fuera a ser capaz...

Pero sabía también que nunca había estado tan excitada, tan húmeda, tan lista para aquello. Sintió entonces que aumentaba la presión.

–Pareces tan pequeña y delicada –susurró Marco–. No quiero hacerte daño.

No le extrañaba que lo pensara, era casi doloroso, pero no del todo. Se movía en el umbral entre el dolor y el placer.

–No te preocupes, no me estás haciendo daño –le dijo abriendo más sus piernas.

Le había gustado mucho que se mostrara preocupado, que tuviera la delicadeza de preguntarle si estaba bien. Cuando lo vio por primera vez entre las sombras del bar, con su presencia intimidante y peligrosa, no se había imaginado que pudiera ser un amante tan dulce y generoso.

Marco empujó un poco más y el dolor la inmovilizó durante un segundo, pero desapareció enseguida y el placer que sintió entonces no se parecía a nada que hubiera vivido antes. Poco a poco, Marco empezó a moverse con cuidado, deslizándose hacia dentro y hacia fuera. Era maravilloso sentir el roce de su fuerte torso contra los pechos.

Su respiración no tardó en acelerarse. Subió las piernas para envolver sus caderas y sentirlo aún más profundamente. Podía notar que aún no estaba completamente dentro de ella. Marco deslizó una mano entre los dos y comenzó a acariciar el centro de su placer, el lugar que parecía estar conectado a todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo, rozándolo con su pulgar rítmicamente, haciéndola gemir sin control.

La besó entonces y sintió en ese instante que se deshacía por dentro. Marco la completaba plenamente, era como si llenara todo su cuerpo. Eso era al menos lo que sentía.

Tenía las piernas apretadas con fuerza alrededor de la cintura de ese hombre y su cuerpo no dejaba de contraerse una y otra vez con continuas e intensas oleadas de placer. Eran tantas las sensaciones que estaba teniendo... Le daba la sensación de que sus cuerpos estaban completamente unidos, tocándose en todos los puntos posibles. Le costaba distinguir dónde terminaba su cuerpo y empezaba el de Marco. Por primera vez en su vida, se sentía completa, como si tuviera por fin una parte de ella que le había faltado siempre.

Poco a poco, el ritmo y la intensidad fueron aumentando. Podía sentir cómo se preparaba su cuerpo para sentir otro orgasmo. Y, cuando llegó, fue aún más potente que el anterior. Sus cuerpos, cubiertos de sudor, resbalaban uno contra el otro. Clavó los talones en el musculoso trasero de Marco y él rugió como un animal salvaje cuando se deshizo dentro de ella con una última embestida. Estaban

los dos al borde de un abismo estremecedor y maravilloso.

Se sentía completamente sobrecogida por lo que estaba sintiendo, debilitada por un orgasmo tan intenso. Y, en ese instante, le hizo olvidar cualquier experiencia previa que hubiera podido tener en el pasado. El placer era indescriptible.

Antonio sintió que perdía el conocimiento por un momento. Fueron solo unos segundos, pero le pasó. Le costaba recuperar el aliento y su cuerpo seguía incrustado en el de Kate, atrapado entre sus piernas. Aún podía sentirla temblar y se apartó de ella con una mueca de dolor y placer.

La miró entonces y vio que ella también parecía asombrada por lo que acababan de compartir.

–¿Estás bien? –le preguntó casi sin aliento.

Kate asintió con la cabeza. Tenía las mejillas sonrojadas y el pelo revuelto.

–Ahora vuelvo –añadió levantándose.

Fue al baño con piernas temblorosas. Se deshizo del preservativo y, después, se miró en el espejo. También su rostro estaba enrojecido y le brillaban mucho los ojos. Además de su aspecto, se sentía distinto, pero no sabía cómo definir lo que le pasaba. Creía que era una locura. Había sido sexo, solo sexo. El más intenso que había tenido en su vida, pero solo sexo.

Había tenido muchas veces encuentros fortuitos como ese, sobre todo con mujeres maduras, con experiencia y dispuestas a tener algo sin consecuencias. Trató de convencerse de que lo que acababa de ocurrir no era distinto. De hecho, ni siquiera se habían dicho sus nombres verdaderos. Pero, aunque no entendiera por qué, se sentía diferente. Se frotó distraídamente el torso, donde sintió un dolor que iba en aumento. Frunció el ceño y se echó agua en la cara.

Volvió a la habitación. Kate estaba acostada de lado, acurrucada y de espaldas a él. El dolor que sentía en el pecho se intensificó y no pudo evitar preguntarse si le habría hecho daño. Parecía tan pequeña y frágil...

Se acercó y se dejó caer en la cama. Notó que sus delicados hombros se tensaban y no le gustó.

Necesitaba verla. Puso una mano en su hombro y tiró suavemente hasta tenerla boca arriba. Vio que estaba mucho más pálida y que se mordía el labio inferior.

–¿Te he hecho daño? –le preguntó sin poder ocultar su preocupación.

Kate negó con la cabeza.

–No. Es solo que... Nunca... La verdad es que nunca había vivido

algo así. Ha sido tan intenso…

Le tranquilizó escucharlo, se sintió aliviado y le sonrió mientras acariciaba su suave mejilla.

–A mí me ha pasado lo mismo.

Kate lo miró entrecerrando los ojos.

–¡Vamos! Seguro que eso se lo dices a todas.

–Y tú a todos tus amantes –repuso Antonio.

Ella se encogió de hombros.

–Puede ser… –repuso Kate con picardía.

Se había disipado de repente la seriedad y la tensión que había percibido en el ambiente.

–Vas a pagar por lo que has dicho –le advirtió él con un gruñido.

Pero, a pesar del buen humor, no pudo evitar pensar en lo que Kate acababa de decirle. No quería ni imaginarse a otro hombre tocándola como lo había hecho él. Se echó sobre ella y atrapó su boca con tanta ferocidad como si fuera un salvaje. No quería que Kate pensara en ningún otro hombre. Esa noche, solo quería ser él y necesitaba dejarle una marca indeleble en su memoria.

Sintió cómo iba cediendo la resistencia de Kate. No tardó en sentir que se derretía de nuevo entre sus brazos. Los besos se hicieron más y más ardientes, encendiendo de nuevo el fuego en sus cuerpos.

Giró sobre el colchón sin soltarla hasta tenerla sentada a horcajadas sobre él. Estaba deseando estar de nuevo dentro de ella, pero algo le impidió hacerlo.

–¿Estás dolorida?

Ella tenía las manos apoyadas sobre su torso. No podía dejar de mirar sus pechos, pequeños y perfectos. No iba a soportar estar así mucho tiempo, necesitaba dar rienda suelta a su deseo. Y seguía entender lo que le estaba pasando con ella, no recordaba haberse sentido nunca tan desesperado, tan perdido. Pero no podía pensar en eso, no en esos momentos.

Afortunadamente, Kate sacudió la cabeza y comenzó a moverse sobre él.

Se puso rápidamente un preservativo. Tan rápidamente como podía con unas manos que no dejaban de temblar. Algo que también era nuevo para él.

Después, sujetó las caderas de Kate y se deslizó lentamente en su interior.

Fue increíble estar así de nuevo con ella. Kate lo observaba con una concentración increíble y entonces sus ojos se encontraron.

Kate comenzó a moverse contra él, y él no pudo hacer nada más. Se dejó llevar completamente por ella y por el placer.

Cuando Orla se despertó, ya se colaba por la ventana la luz del amanecer, iluminando la habitación con un suave resplandor rosado. Podía oír el canto de los pájaros y se dio cuenta de que la suite tenía una terraza. Era un dormitorio muy opulento y lujoso. Pero no era su dormitorio, era el de Marco. Y estaba alojada en uno de los lujosos hoteles Chatsfield.

Recordó entonces todo lo que había pasado.

Le dolía todo el cuerpo, sobre todo su zona más íntima. Se sonrojó al pensar en todo lo que habían hecho esa noche y en lo bien dotado que estaba ese hombre.

Había sido maravilloso.

Contuvo el aliento mientras giraba la cabeza. Marco seguía tumbado a su lado. Parecía muy relajado y satisfecho; estaba completamente desnudo. Se apoyó sobre el codo para observarlo mejor.

Habían hecho el amor una y otra vez. Y cada vez que lo hacían, se había sentido como si estuviera en un pozo sin fondo de deseo y necesidad. Incluso en esos momentos, mientras lo observaba, sentía cómo volvía a despertar su cuerpo. Le dolían todos los músculos, pero le tentaba la idea de estar una vez más entre sus brazos.

Aunque estaba dormido, su presencia seguía intimidándola, era igual de feroz y peligroso. Frunció el ceño al distinguir varias cicatrices y marcas en su piel. No lo había notado antes. También le sorprendió ver que tenía un tatuaje en un brazo. Parecía una especie de escudo de armas. Ya le había parecido que tenía el cuerpo de un atleta de élite o de un guerrero. Estudió su cuerpo con más detenimiento y vio que había multitud de marcas, casi todas circulares y pequeñas, desde el cuello hasta las rodillas.

Tenía un corte muy feo en uno de sus muslos. Era como si no hubiera cicatrizado bien.

Por primera vez, se dio cuenta de lo irresponsable que había sido. Pensó que quizás fuera un delincuente o un asesino a sueldo. Le sobresaltó pensar en ello. Recordó la impresión que le había causado al verlo por primera vez, escondido entre las sombras del bar. Ese hombre la había embelesado con mucha facilidad, apenas había opuesto resistencia.

Miró entonces a su alrededor y sintió un escalofrío. Se fijó en los detalles. Había muchas cosas personales. Vio libros, una edición antigua de las *Fábulas de Esopo*, ropa... Era como si viviera allí. No podía dejar de pensar en quién sería ese hombre y la dominó la necesidad de salir de allí. Tenía que irse.

Además, no podía olvidar que estaba en un hotel Chatsfield y las razones por las que estaba allí. Era la primera vez que permitía que un hombre le hiciera olvidar su trabajo.

Avergonzada y enfadada consigo misma por haber sido tan

impetuosa y tan egoísta, se levantó tan silenciosamente como pudo. Fue un alivio ver que Marco ni siquiera se movía. Le aterrorizaba que se despertara. Creía que, si volvía a ver sus ojos oscuros, no tardaría en caer de nuevo en sus redes.

Recogió su vestido del suelo y se lo puso con manos temblorosas. Pero, por mucho que buscó por todas partes, no pudo encontrar sus braguitas. Marco se movió en ese momento y se quedó hipnotizada mirando su cuerpo. No pudo evitarlo, se le fueron los ojos a la parte puramente masculina de su anatomía. Incluso en esos momentos, cuando estaba completamente relajado, seguía siendo impresionante. Se movió de nuevo y se quedó sin aliento. Tenía que irse, no podía seguir buscando y arriesgarse a que se despertara. Fue de puntillas hasta la puerta.

Incapaz de contenerse, lo miró una vez más antes de salir. Sintió entonces algo muy parecido al remordimiento y algo más que prefería no analizar.

No podía permitirse el lujo de quedarse allí pensando en esas cosas. No se dio cuenta hasta llegar al pasillo de que también se había dejado los zapatos y el cinturón en el dormitorio. Además de su ropa interior.

Cuatro horas más tarde, Orla golpeaba impacientemente su pluma sobre la carpeta que tenía frente a ella en la mesa. Tenía las piernas cruzadas bajo la gran mesa de roble de la sala de conferencias. Aunque tratara de controlarse, estaba nerviosa.

La sala no era muy grande, pero no tenía nada que ver con la sala de conferencias de un hotel normal, exudaba lujo por todas partes, igual que el resto del edificio.

Arrugó la nariz. Le había parecido notar allí el mismo aroma que percibió en el gran vestíbulo del hotel el día anterior. Se dio cuenta en ese momento de que los hoteles Chatsfield debían de tener su propio aroma, un perfume que formaba parte de la imagen de la compañía y que debían de distribuir por sus instalaciones.

Le parecía una estrategia muy inteligente. Sabía que el olfato era uno de los sentidos que tenía más poder de evocación y suponía que la clientela relacionaría ese perfume con una experiencia positiva en los hoteles de la cadena. Era algo muy parecido a la publicidad subliminal. Había tenido la idea de usarlo también en sus propios hoteles unos años antes, pero le había parecido demasiado caro.

El abogado que estaba allí con ella para representar al Grupo Kennedy miró de nuevo su reloj.

–Estoy seguro de que el señor Chatsfield no tardará en llegar y, como ya les he comentado, lamenta hacerles esperar –les dijo entonces el otro abogado.

Orla resopló. No creía que el señor Chatsfield estuviera preocupado, estaba segura de que esa espera era parte de su estrategia para hacerles saber lo débiles que eran y quién era el que mandaba en esa operación.

Ella ya sabía quién era el más poderoso de los dos grupos, no necesitaba que se lo recordaran. Para colmo de males, sentía que no estaba tan preparada para esa reunión como le habría gustado estarlo. En vez de pasarse toda la noche estudiando su propuesta, había tenido la mejor experiencia sexual de su vida con un completo extraño que podría ser un asesino o un mercenario. Pero, cuando pensaba en todas esas cicatrices y marcas en su cuerpo, no sentía miedo, sino deseo.

Le angustiaba pensar que a la gente le bastara con mirarla a la cara para adivinar lo que había hecho la noche anterior. Había tenido que pedirle a su secretaria que saliera a comprarle unos zapatos. Le había dicho, a modo de excusa, que los que había llevado no iban con el traje de pantalón azul marino que llevaba esa mañana.

Pero los zapatos nuevos le estaban haciendo daño y eran un recordatorio más de lo que había pasado esa noche.

Dejó la pluma y comenzó a juguetear con los puños de su camisa blanca.

Estaba muy nerviosa y no podía dejar de pensar en Marco. Creía que había sido muy frívola, más de lo que lo había sido en toda su vida.

Y ella no era frívola, nunca lo había sido. Creía que su madre sí lo era. Frívola y egoísta. Ella, en cambio, siempre había sido trabajadora, seria y frugal.

Se había recogido el pelo en una sencilla y elegante cola de caballo y había peinado cuidadosamente su flequillo, casi con la esperanza de poder esconderse detrás de él.

Justo en ese momento, oyó unas voces en el pasillo y, sin saber por qué, se le erizó el pelo.

La puerta se abrió y entró un hombre con otro detrás de él.

Sintió un escalofrío de terror que se extendió por todo su cuerpo y se quedó sin aliento. No podía creer lo que veían sus ojos.

Él se dirigía a grandes zancadas hacia ellos. Llevaba un impecable traje de tres piezas en un tono oscuro que se abrazaba con perfección a su cuerpo. Vio que se había afeitado. Estaba tan guapo… emanaba carisma sexual por los cuatro costados.

Le pareció que incluso su secretaria, a pesar de estar casada y con hijos, se había enderezado en su silla al verlo entrar. Supuso que era algo inconsciente, una reacción puramente femenina ante la presencia de un macho alfa como aquel. Aunque esa mujer era una de sus mejores amigas, no le gustó verla así, le entraron ganas de gruñirle para marcar su territorio.

Vio que el hombre miraba entonces a las personas que lo esperaban a la mesa y que sus ojos se fijaban en una de esas personas, en ella. Se detuvo en seco frente a la mesa, clavándole sus ojos oscuros. Se dio cuenta de que también él estaba consternado, pero ocultó rápidamente su sorpresa.

Le estaba costando recomponerse y calmar su respiración. Miles de sentimientos luchaban en su interior. Se sentía avergonzada, enfadada, abrumada... Pero también había despertado, una vez más, su deseo.

El abogado de los hoteles Chatsfield se levantó para saludarlo y hacer las presentaciones.

–Antonio, me gustaría que conocieras a Orla Kennedy, del Grupo de Kennedy, a su abogado, Tom Barry, y a su secretaria, Susan White –anunció el abogado de los Chatsfield–. Señorita Kennedy, le presento a Antonio Chatsfield y a su secretario, David Markusson.

Vio que todo el mundo estaba de pie saludándose con cortesía. Ella, en cambio, estaba paralizada. Su amante misterioso había resultado ser Antonio Marco Chatsfield, el hijo mayor de la famosa familia Chatsfield. Había leído sobre él antes de ir a esa reunión. Por suerte o por desgracia, era casi el único de los hermanos del que no había visto fotos en las revistas del corazón, al menos no fotos recientes. Sabía que había estado en el Ejército y que después se había dedicado al mundo de la seguridad privada durante años.

Recordó entonces otro dato que había leído sobre él. Se había unido a la famosa y mítica Legión Extranjera Francesa y había servido en ese cuerpo durante siete años. Sabía que sus miembros asumían otra identidad al entrar en la Legión, que era además secreta y cerrada al mundo exterior. De hecho, Antonio Chatsfield había vivido casi como un fantasma durante años. Hacía muy poco tiempo que había regresado al redil familiar.

Pero ya se había dado cuenta esa noche de que no era ningún fantasma. Era un hombre sólido y real. Y, en esos momentos, la estaba mirando con el ceño fruncido, esperando sin duda a que ella hiciera o dijera algo.

Su secretaria le dio una discreta patadita con el pie por debajo de la mesa. Ese contacto físico la devolvió de repente a la realidad. Se puso de pie y le tendió la mano al secretario de Antonio Chatsfield. Después, hizo lo propio con él. Su mano era mucho más grande que la de ella y sintió una descarga eléctrica cuando se tocaron. No pudo evitar pensar en todo lo que habían compartido esa noche.

–Señorita Kennedy –lo saludó él con su voz profunda.

–Señor Chatsfield –repuso ella.

Pero él no soltó su mano.

–Es curioso, tengo la sensación de haberla visto antes –le dijo Antonio.

Orla lo fulminó con la mirada. Estaba tan avergonzada...

–Créame, señor Chatsfield, es la primera vez que lo veo. Si nos hubieran presentado antes, lo recordaría. Su familia es memorable.

Vio que le brillaban los ojos, no se le había pasado por alto la ironía de Orla, y apretó con más fuerza su mano. Se contuvo para no gritar.

Poco después, de manera abrupta, Antonio la soltó. Le entraron ganas de frotarse la mano, pero no lo hizo, no quería mostrarle vulnerabilidad.

Los dos habían fingido ser otras personas la noche anterior y creía que Antonio Chatsfield no tenía derecho a castigarla por ello ni a hacer comentarios de ese tipo delante de esas personas.

–Tiene razón, estaba equivocado –repuso él en un tono de voz que era solo para los oídos de Orla–. Ahora que recuerdo, la mujer en la que estaba pensando se llamaba Kate.

Palideció al sentir que su secretaria la miraba con curiosidad mientras se sentaban de nuevo a la mesa. Kate era su segundo nombre. No podía creerlo, los dos habían utilizado sus segundos nombres.

Capítulo 3

La reunión estaba transcurriendo sin que Orla fuera demasiado consciente de lo que ocurría. Pasaron gran parte del tiempo escuchando cómo los dos abogados presentes se enzarzaban en una discusión sobre complicados aspectos legales.

Antonio se había acomodado en su silla y estaba pasando el tiempo mirándola. Era como si tratara de provocarla para que lo mirara ella. Pero no iba a dejar que la intimidara, creía que no tenía nada de lo que avergonzarse.

Antonio irradiaba tanta hostilidad que también consiguió atraer la atención de Susan, su secretaria.

–¿Qué le pasa a Chatsfield? –le preguntó al oído–. Me habían dicho que era encantador, pero nos mira con tanto desprecio…

Pero Orla sabía que era a ella a la que miraba así. Y, cuanto más la miraba, más enfadada estaba ella.

Hubo una pausa en la discusión y el abogado de los Chatsfield los miró a todos antes de hablar.

–Bueno, parece que todo está en orden para que comencemos las negociaciones sobre una posible adquisición del Grupo Kennedy – anunció.

Le pareció que Antonio Chatsfield estaba controlándose para no sonreír y algo dentro de ella explotó. Se levantó de repente y puso las manos sobre la mesa mientras lo miraba directamente a los ojos.

–Con el debido respeto, no estoy de acuerdo. Y, después de lo que he visto aquí hoy no estoy segura de querer continuar con las negociaciones.

Notó que su secretaria y su abogado abrían la boca al mismo tiempo. Estaba tan furiosa que no podía dejar de temblar. Antonio estaba jugando con ella, la estaba castigando y odiaba esa sensación de vulnerabilidad que tenía.

Antonio también se levantó y se quedó unos segundos mirándola en silencio.

–Si nos disculpan, me gustaría hablar en privado con la señorita Kennedy –les ordenó al resto de los presentes sin dejar de mirarla a ella.

Orla lamentó haber hablado. A veces le costaba controlar su temperamento. Los abogados y los secretarios salieron de la sala deprisa, como si sintieran que la tensión entre Antonio y Orla estaba a

punto de estallar.

La puerta se cerró detrás de ellos.

Estaban solos de nuevo y no pudo evitar estremecerse. Estaba cara a cara con ese misterioso amante al que había pensado que no iba a volver a ver.

Antonio miró a la mujer que había sido su amante esa noche anterior. Le entraron ganas de saltar al otro lado de la mesa para estrangularla. O para besarla.

A pesar de la rabia que había sentido al darse cuenta de quién era ella, su cuerpo se negaba a reaccionar y obedecer los dictados de su mente. La deseaba tanto como lo había hecho desde que la viera por primera vez la noche anterior.

No se parecía en nada a la mujer salvaje y sensual que le había estado dando instrucciones en la cama durante toda la noche, hasta hacía solo unas pocas horas. La misma que le había rogado más rapidez, más intensidad, más...

Su maravilloso cuerpo se había deshecho de placer entre sus brazos y había conseguido llevarlo a lo más alto, haciéndole incluso perder el conocimiento en una ocasión.

Orla Kennedy, o Kate, parecía tan fría y profesional con ese traje pantalón de color oscuro que apenas la reconocía. La camisa blanca era ajustada y femenina, pero la llevaba abotonada hasta el cuello como si fuera una monja. Se había recogido su vibrante melena. Estaba muy elegante, tenía que reconocerlo. Y el flequillo no conseguía esconder su mirada, sino atraer la atención aún más sobre sus ojos azules.

Lo que había hecho que estuviera aún más enfadado con ella durante la reunión había sido el saber que esa mujer había salido de su dormitorio esa mañana sin que él se enterara. Nunca le había pasado, siempre dormía con un ojo abierto. Era el tipo de error que le habría costado la vida en su trabajo. Sin embargo, ella se las había arreglado para levantarse, vestirse y salir de la suite sin que él se despertara.

Y había estado a punto de perderse la reunión si no lo hubiera despertado Lucilla cuando lo llamó. Su hermana no había entendido cómo podía haberse perdido la reunión previa que había acordado tener con ella antes del encuentro formal con el Grupo Kennedy.

Estaba muy irritado, pero se obligó a utilizar sus años de entrenamiento para mantener sus emociones a raya en esos momentos. Se cruzó de brazos y vio que Orla tragaba saliva.

–Supongo que te pareció que sería muy divertido, ¿no? –le preguntó él.

–¿El qué? –repuso ella frunciendo el ceño.

–Seducir al hombre que tiene la intención de hacerse cargo de tu imperio antes de que se desmorone por completo.

Orla Kennedy abrió la boca y vio que se sonrojaba, algo que tuvo un efecto inmediato en su cuerpo, aunque prefiriera no pensar en ello. No entendía lo que le pasaba, pero no podía controlar su deseo cuando veía a esa mujer. Apretó irritado la mandíbula.

Ella lo miraba como si quisiera asesinarlo. Parecía muy ofendida.

–No sabía quién era, no se hagas ilusiones, señor Chatsfield. De haberlo sabido, habría salido corriendo del bar. No necesito acostarme con mis rivales la noche antes de una reunión para divertirme.

–Así que para divertirte te limitas a acostarte con hombres a los que no conoces de nada, ¿no?

–¿Cómo se atreve a juzgarme cuando fue usted el que me sedujo?

–¡No digas tonterías! ¿A quién pretendes engañar? Bajaste a ese bar en busca de algo y no era una copa, sino algo más. Puede que no te pavonearas por allí de manera tan evidente como esa otra mujer, pero tus métodos fueron igual de eficaces.

Orla recordó en ese instante cómo le había mostrado uno de sus pechos en el ascensor. Había sido un momento muy tórrido y sensual. Le costaba creer que hubiera hecho algo así, pero no estaba dispuesta a permitir que la insultara de esa manera y levantó con orgullo la cara.

–Y usted, ¿para qué estaba allí? Le faltó tiempo para acercarse a mi mesa y hacerme una proposición muy poco decente. Y eso que yo no había mostrado ningún interés.

Antonio ignoró sus palabras y la miró de arriba abajo.

–Veo que has decidido no ponerte tu sexy vestido para la reunión. ¿Cómo esperas que te crea cuando entraste en el bar con un vestido diseñado para seducir? ¡Ni siquiera llevabas sujetador!

Orla parecía cada vez más enfadada y él dio la vuelta a la mesa para acercarse más a ella, ni siquiera estaba seguro de lo que pretendía hacer, solo quería provocarla.

Vio que Orla abría mucho los ojos y levantaba una mano para detenerlo.

–No se acerque a mí, lo digo en serio. ¿Cómo se atreve a acusarme de tratar de seducirlo basándose en la forma en que iba vestida? Se parece mucho al tipo de comentarios que hacen los hombres cuando tratan de justificar sus acciones cuando los acusan de...

–¡Ni siquiera lo digas! –la interrumpió Antonio muy indignado.

Pero reconocía que Orla tenía razón. No podía pensar con claridad. Le había confundido tanto verla allí que estaba diciendo lo primero que se le pasaba por la cabeza de manera visceral, sin reflexionar. No le gustaba que le recordara que había sido él el que se había acercado

a ella la noche anterior. Y la idea de que Orla no lo hubiera deseado tanto como él a ella le dolía.

–¡Maldita sea, Orla! –gruñó entre dientes.

Era la primera vez que Antonio decía su nombre y sintió algo extraño al oírlo de sus labios. Estaba tan cerca que su aroma la envolvía. Era misterioso y muy exótico.

–¿Cómo puede hablarme así? Eso no es justo –le dijo enfadada–. Los dos somos culpables de lo que pasó.

No quería que Antonio supiera que no había podido quitárselo de la cabeza desde que saliera de su suite esa mañana. En esos momentos, lamentaba que hubiera pasado nada entre ellos. Sentía que había cometido un gran error.

Después de un momento tenso de silencio, Antonio se acercó a uno de los ventanales de la sala de conferencias y se quedó mirando las vistas de Londres con las manos en los bolsillos del pantalón. No podía dejar de mirarlo.

–¿De verdad no sabías quién era yo? –le preguntó él de repente.

Orla lo miró ofendida.

–Por supuesto que no. ¿Tan poco profesional cree que soy? Y tampoco bajé al bar para ligar –le aseguró con firmeza–. En cuanto al vestido, es perfectamente respetable. Normalmente llevo algo debajo, pero se me olvidó meterlo en la maleta. Se me pasó por la cabeza ponerme este traje, pero me pareció que llamaría demasiado la atención.

–No querías llamar la atención y que alguien adivinara quién eras, ¿no? Así que bajaste al bar para echar un vistazo y conocer mejor a la competencia.

Orla apretó los labios y no dijo nada, pero se dio cuenta de que era mejor admitir la verdad.

–Sí, es verdad. Quería tener una idea mejor de cómo era el hotel. Pero alguien me distrajo. ¿A lo mejor usted sí sabía quién era yo, señor Chatsfield, y trataba de distraerme?

Antonio negó con la cabeza.

–No, no sabía quién eras. De hecho, creía que sería tu padre el que iba a venir a esta reunión, no su hija.

–Y supongo que habría preferido reunirse con él y no con una mujer, ¿no?

–No soy misógino, Orla. No tengo ningún problema en tratar contigo en vez de con tu padre. Siempre y cuando estés a la altura de la circunstancias, claro. Por ahora, la única información que tengo sobre ti tiene poco que ver con los negocios...

No pudo evitar sonrojarse.

–Siento tener que decirle que el sentimiento es mutuo. Nunca había hecho nada como lo de anoche, no soy dada a aventuras de una

noche, y lo único que tengo claro ahora mismo es que fue un error que no pienso repetir.

Tomó su maletín y se volvió para irse, pero Antonio la sujetó por el brazo.

–Ya lo imaginé cuando me desperté esta mañana y vi que la misteriosa Kate se había ido. Pero ni por un segundo vas a hacerme creer que lo de anoche no fue tan placentero para ti como lo fue para mí. Nuestros cuerpos no mienten, preciosa. Y, si te beso ahora mismo, podría tenerte de espaldas sobre la mesa en cuestión de segundos.

Se estremeció al imaginar la escena, no pudo evitarlo, pero no pensaba darle la satisfacción de ver cuánto le había afectado su comentario.

–Es el hombre más arrogante, egoísta y... –farfulló ella mientras liberaba su brazo–. Esta reunión ha terminado, señor Chatsfield. Lo de anoche fue un gran error y no pienso dejar que los hoteles Chatsfield se hagan cargo de nuestra empresa aunque triplicaran su oferta inicial. Y no pienso volver a acostarme con usted aunque me lo rogara de rodillas.

Sabía que esas últimas palabras eran innecesarias e infantiles, pero Orla estaba desesperada. Había arriesgado mucho la noche anterior. Lo había puesto todo en peligro por un momento de placer.

Antonio dio un paso atrás. Era tan grande... Odiaba sentirse tan frágil y pequeña a su lado. Al menos en la sala de conferencias; tenía que reconocer que en su dormitorio le había gustado sentirse frágil y delicada.

–Nunca he tenido que rogar para acostarme con nadie y no tengo la intención de empezar ahora. Y, yo que tú, no me apresuraría tanto a rechazar la oferta, no creo que haya ninguna otra cadena hotelera dispuesta a ayudaros a salir del agujero en el que estáis metidos –le dijo él–. En cuanto a lo de tratarme de usted y llamarme «señor Chatsfield», creo que está de más. Sobra desde el momento en el que te hice llegar al primer orgasmo anoche.

Abrió la boca sorprendida por su crudeza. Estaba perdiendo el control de la situación.

–No nos está haciendo ningún favor, Chatsfield. Está interesado en adquirir nuestra cadena porque responde a un objetivo que se han planteado. Y voy a averiguar cuál es ese objetivo.

–A lo mejor ya lo habrías adivinado si no hubieras perdido tanto tiempo jugando a ser esa otra mujer, la traviesa y sensual mujer de anoche.

Orla levantó la mano y lo abofeteó sin pensar en lo que hacía. Antonio no tuvo tiempo a reaccionar, pero tampoco se inmutó.

Estaba furiosa con él y con ella misma por haber recurrido de esa manera a la violencia física, nunca había hecho nada parecido.

Se dio la vuelta y salió de la sala de juntas tratando de controlar la humillación y la ira que sentía.

Antonio se quedó mirando la puerta.

No podía creerlo. Lamentó haber permitido que una parte de su anatomía que no era su cabeza tomara las decisiones la noche anterior. Por mucha atracción que hubiera entre los dos, sabía que no debería haberse dejado llevar por el deseo. Le ardía la mejilla, pero no le importó que lo hubiera abofeteado. Creía que se lo merecía por su imprudencia y por lo que acababa de decirle a esa mujer. Había arremetido contra ella porque estaba furioso consigo mismo. Y creía que Orla tenía razón, él la había perseguido. Poco le había importado lo que llevara puesto en el bar o ese día. Seguía deseándola tanto como la noche anterior.

Regresó a la ventana. Por culpa de un momento de debilidad, corría el peligro de fallarle a su hermana la primera vez que le pedía un favor.

Cuando se había ido de casa para unirse a la Legión, Cara, su hermana pequeña, solo había tenido entonces diez años. No podía volver atrás en el tiempo y reescribir la historia ni reaparecer de repente en la vida de sus hermanos como si nada hubiera cambiado. Había estado en contacto con ellos durante los últimos años, pero no había estado presente en sus vidas.

Eso iba a cambiar. Estaba allí y su prioridad era apoyar a su hermana Lucilla en todo lo que pudiera. Y, de esa manera, ayudar también al resto de su familia. Si para ello tenía que comprar el negocio hotelero de Patrick Kennedy, eso era lo que pensaba hacer. Creía que sería fácil en comparación con todo por lo que había pasado.

No iba a permitir que una noche de pasión con una mujer se interpusiera en su camino. No quería pensar en quién era ni en lo mucho que la deseaba. Era solo física y química y podía controlar su deseo, tenía que hacerlo.

Porque sabía que iba a tener que verla de nuevo, que Orla Kennedy iba a volver con el rabo entre las piernas para pedirle que mantuviera en pie la oferta de adquisición. Sabía que no tenía otra alternativa.

–¿Estás seguro de que esta es nuestra única alternativa? –le preguntó Orla a su abogado sin poder ocultar el pánico que sentía.

–Puedes preguntármelo tantas veces como quieras, Orla, pero la respuesta sigue siendo la misma. Sí, estoy seguro. Venderle la cadena a los Chatsfield es la única opción para evitar la bancarrota ahora

mismo.

–Ahora mismo –repitió ella agarrándose a un rayo de esperanza–. El peligro de bancarrota lo tenemos ahora, pero si somos capaces de aguantar un poco más…

Tom la interrumpió.

–Entonces podríais perderlo todo. Es importante actuar deprisa. Si no aceptamos pronto su oferta, podrían retirarla de la mesa y nadie más tiene los recursos con los que cuentan ellos.

Orla no podía dejar de dar vueltas por su despacho. Había pasado una semana desde aquella terrible noche y la reunión con Antonio Chatsfield.

Y durante toda esa semana, había estado tratando de encontrar la manera de no tener que volver a verlo. Sabía que estaba siendo egoísta y, para colmo de males, estaban en esa situación por su culpa, por su comportamiento imprudente.

–Sabes que, cuanto más retrases esto, más probable es que tu padre se entere, ¿no? Cree que las negociaciones ya están en curso –le recordó Tom.

Orla se frotó las manos con nerviosismo y dejó de caminar para mirar a su abogado.

–Volverá en cuanto termine con la venta de activos en el sudeste asiático y está esperando oír buenas noticias. Ya sabes lo importante que es para él que la adquisición se produzca de forma integrada y que el contrato estipule que los hoteles de Inglaterra e Irlanda mantengan su nombre. Por no mencionar el último hotel Kennedy de Nueva York que aún os pertenece, claro.

Orla asintió con la cabeza. Lo sabía de sobra, Tom no tenía que explicárselo. Estaba poniendo en peligro todo por lo que tanto había trabajado. Su padre ya se sentía bastante culpable por las malas decisiones que había tomado, muchas de ella en contra de los consejos de su hija.

Siempre había hecho lo posible para apoyar a su padre, quizás para resarcirlo por no haber podido contar con el apoyo de su madre. Recordó la conversación de su padre con un amigo, la que había oído a los nueve o diez años sin que él se diera cuenta.

–Marianne no puede tener más hijos. Si hubiéramos tenido un hijo al que dejárselo todo, es posible que pudiera irle bien a la empresa, pero solo con Orla… No podemos esperar que ella cumpla ese papel.

Siempre había sabido que su padre era muy anticuado, pero ese día decidió que iba a trabajar muy duro para demostrarle que podía asumir la carga de dirigir la empresa familiar. Y lo había conseguido. Había trabajado en los hoteles de la familia desde muy joven, durante las vacaciones del colegio, los fines de semana, en la universidad… Había asistido con su padre a todas las reuniones. Nadie se fijaba en

ella, pero había escuchado y aprendido mucho de esa manera. A los veintitrés años, ya se había licenciado y hecho un máster de gestión y administración de hoteles.

Al final, no había importado que fuera hombre o mujer y su preparación y su trabajo no habían ayudado. Su padre solo tenía en mente una cosa, hacer feliz a su caprichosa esposa.

Habían vivido por encima de sus posibilidades durante tanto tiempo que la oferta de los Chatsfield era su única opción para no perderlo todo. No podía creerlo, pero sabía que era verdad. Era su única opción.

–Muy bien. Volveré, iré a verlo, pero esta vez quiero ir sola –le dijo a su abogado.

Sabía que iba a tener que humillarse ante Antonio Chatsfield y no quería testigos.

–La señorita Orla Kennedy ha venido a verlo.

A Antonio no le gustó notar que el anuncio de su secretaria conseguía acelerarle el pulso.

–Dile que pase –contestó secamente.

Habría preferido quedarse sentado donde estaba, pero no había olvidado aún sus buenos modales. Se levantó y se acercó a la ventana. Esperó allí mientras trataba de calmarse un poco. Pero era imposible, sentía que le ardía la sangre en las venas.

No tardó en abrirse la puerta.

–La señorita Kennedy, señor.

Armándose de valor, se dio la vuelta. A pesar de que estaba tratando de controlarse, su cuerpo reaccionó como si estuviera relleno de hierro y alguien acabara de meter un potente imán en la habitación.

–Gracias, Maggie –le dijo Antonio a su secretaria.

Miró entonces a la recién llegada.

Orla Kennedy estaba pálida y tenía ojeras. Se había recogido su melena en un moño. Le recordó al peinado que lucía cuando la vio por primera vez.

Llevaba un vestido verde oscuro, una chaqueta a juego y zapatos negros de tacón. El verde hacía que resaltara aún más su pigmentación típicamente irlandesa.

Le irritó notar cómo despertaba su deseo al verla, endureciendo su entrepierna. Se imaginó abrazándola, quitándole esa chaqueta y bajándole poco a poco la cremallera de su vestido...

Antes de que su traicionero cuerpo le jugara una mala pasada regresó a su sillón y señaló la silla que había al otro lado.

–Por favor, siéntate –le sugirió.

Orla entró y fue despacio hasta la silla, sentándose con mucho recato mientras dejaba el maletín en el suelo. Vio que apretaba los labios. Era evidente que le hacía tan poca gracia como a él tener que verse de nuevo.

Justo en ese momento, alguien llamó a la puerta y Maggie reapareció con una bandeja.

–Ya me encargo yo, gracias –le dijo Antonio–. Por favor, que no nos moleste nadie.

Miró a Orla en cuanto volvieron a quedarse solos. Vio que había un poco más de color en sus mejillas. Y, muy a su pesar, el deseo que sentía iba en aumento.

–¿Té o café?

–Té, por favor –repuso Orla.

Tenía una voz un poco ronca, le parecía tan sensual... Le bastó con escucharla para recordar los sueños eróticos que había tenido todas las noches durante esa última semana. Eran casi pesadillas de las que se despertaba excitado e insatisfecho.

Sirvió el té y le entregó una taza a Orla, que tomó rápidamente. La dejó frente a ella en la mesa y vio que le temblaban las manos. Parecía muy tensa.

–Mire, señor Chatsfield, lamento lo que pasó entre nosotros esa noche y estoy segura de que a usted le pasa lo mismo. Si hubiéramos sabido quién era la otra persona, seguro que no habría pasado nada. Me gustaría poder olvidarlo y comenzar de nuevo. Fingir que no sucedió –le dijo Orla de repente y sin respirar.

Estaba tan seria y asustada que casi sintió lástima por ella, pero le irritaba tanto que insistiera en tratarlo con formalidad después de lo que habían compartido que no pudo pasarlo por alto. También le dolía que Orla lamentara lo que había pasado, aunque él había estado tratando de convencerse de lo mismo durante toda la semana.

Pero, al volver a tenerla frente a él y con solo una mesa separándolos, sintió que tenía que ser sincero. Se echó hacia atrás y la miró fijamente.

–Me temo que no estoy de acuerdo. Y, ¿tengo que recordarte otra vez por qué no puedes seguir llamándome «señor Chatsfield»?

Orla se quedó en blanco mientras miraba a ese hombre. Parecía tan relajado y tan seguro de sí mismo que tuvo que controlarse para no perder los papeles. Sobre todo cuando pensaba en las noches de insomnio que había tenido que soportar durante toda esa semana. Cada vez que cerraba los ojos, pensaba en él y recordaba cómo había sido estar en su cama. No podía evitarlo.

–Supongo que habrás recibido ya tus pertenencias, ¿no?

Su pregunta la irritó aún más.

–Sí, gracias –repuso con firmeza.

Le había enviado por mensajería el cinturón y los zapatos, pero no sus braguitas. Sabía que se había sonrojado y prefirió no decir nada más.

–Encontré otra prenda más –le dijo Antonio para torturarla–. Pero pensé que preferirías que me deshiciera de ella en vez de devolvértela.

Le entraron ganas de darle otra bofetada. Se sentía muy humillada.

–Un caballero ni siquiera mencionaría algo así –le recordó ella.

Antonio sonrió y no pudo evitar estremecerse.

–Bueno, yo nunca dije que lo fuera. De hecho, no me pareció que te interesara que me comportara como un caballero esa noche. Tú tampoco te comportaste como una dama.

Orla lo fulminó con la mirada. Estaba indignada y ofendida.

–Vine con la esperanza de que fuera un profesional, pero está claro que me he equivocado.

–Has venido porque no tienes otra opción si deseas mantener la marca familiar y una fracción de tu fortuna –le recordó Antonio.

Sintió que se le encogían las entrañas al escuchar sus palabras.

–Soy consciente de ello –le dijo con amargura–. No estoy aquí para hablar de los errores que hayamos podido cometer, sino para concentrarnos en el asunto que nos atañe.

Estaba decidida a mantener una relación estrictamente profesional con él y no pensaba hacer ninguna referencia más a lo que había pasado. Se agachó para abrir su maletín y sacó una carpeta que colocó sobre la mesa tratando de evitar mirar a Antonio a los ojos.

–Algunos términos han cambiado un poco –le explicó–. He añadido un requisito más. Antes de firmar nada, quiero que usted o alguien de su personal visite un hotel Kennedy para cómo funciona nuestro modelo de negocio. El nombre de nuestros hoteles pervivirá después de la adquisición y queremos asegurarnos de que se mantengan nuestros estándares de excelencia en el servicio a los clientes y también nuestra reputación.

Como Antonio no decía nada, decidió mirarlo. Su rostro era duro, inescrutable.

–Eso podría evitarse fácilmente quitando tu nombre a los hoteles y sustituyéndolo por el nuestro –le dijo él.

Trató de mantener la compostura y no reaccionar. Sabía que solo estaba tratando de desestabilizarla. Ese punto no era debatible, lo había estipulado su padre antes incluso de considerar la adquisición.

–Sabe muy bien que esa es una de las condiciones principales del acuerdo, que nuestros hoteles mantengan su nombre. Por eso tenemos que asegurarnos de que se mantenga la excelencia y el prestigio.

Antonio se levantó. Era tan alto que tuvo que levantar la cabeza

para mirarlo a los ojos. Vio que daba la vuelta a la mesa y el corazón le dio un vuelco. No quería tenerlo demasiado cerca.

Pero fue hasta la ventana y se quedó allí, contemplando la vista con las manos en los bolsillos.

No pudo evitar admirarlo desde su silla. Recorrió con la vista su ancha espalda, su firme trasero y unas largas y poderosas piernas. Recordó entonces las cicatrices que salpicaban todo su cuerpo, suponía que las habría adquirido durante sus años en el Ejército, aunque prefería no pensar demasiado en ello. No sabía por qué le afectaba tanto, pero no podía evitarlo.

Durante esa última semana y en un momento de debilidad, había investigado un poco más. Había descubierto que había sido condecorado como héroe de guerra y que, durante mucho tiempo, no se había sabido nada de él. Por lo visto, había trabajado en una misión encubierta con la Legión.

Antonio se volvió bruscamente hacia ella y se quedó sin aliento.

–Si tanto le preocupa a tu padre el prestigio de su negocio, ¿por qué dejó que se hundiera? Era una de las pocas cadenas de hoteles de lujo que estaba resistiendo la recesión.

Se le encogió el estómago, no quería contarle los sórdidos detalles ni cómo la debilidad de su padre hacia su esposa los había llevado a esa situación.

Se puso de pie, no le gustaba cómo estaba haciendo que se sintiera.

–Tomamos algunas decisiones que no fueron las adecuadas. Al principio, pudimos resistir el golpe de la crisis, pero, desgraciadamente, las cosas han cambiado.

Antonio, que la miraba con gesto serio, se cruzó de brazos.

–Estás simplificando lo que ha pasado –le dijo él–. Hemos inspeccionado las cuentas y, durante años, ha sufrido una pérdida continua de dinero por decisiones absurdas. ¿Cómo pensó tu padre que sería buena idea expandirse por el Sudeste Asiático con una marca que se dirige principalmente al mercado interno y a Estados Unidos?

Orla apartó la mirada. Esa decisión había sido la culpable de todo, la que los había empujado al abismo. Le había suplicado a su padre que lo reconsiderara, pero su madre había insistido, diciéndoles que tenían que estar presentes allí. Ella, en cambio, había sabido que era un error.

–Mi padre decidió... Decidimos que era lo mejor que podíamos hacer en ese momento. Después de estudiar el tema, pensamos que era una buena idea.

–No tengo tanta experiencia como tú, pero cualquier persona con dos dedos de frente habría previsto el desastre.

Le dolía oírlo, pero estaba de acuerdo con él. Creía que cualquiera, menos un tonto enamorado como su padre, lo habría previsto. Le

desesperaba la capacidad que tenía su madre para anular el sentido común de su progenitor. Crecer viendo esa relación le había hecho decidir que debía mantenerse alejada de algo así, nunca iba a dejar que el corazón la cegara en los negocios. Por eso prefería no pensar en lo que había pasado con Antonio. Se convenció de que había sido solo lujuria, nada más.

–Sea como sea, esta discusión no nos va a llevar a ninguna parte. Quiero centrarme en hablar del futuro –le dijo ella.

Le alivió ver que Antonio se encogía de hombros y volvía a la mesa. Tomó los papeles que ella le había entregado y empezó a hojearlos con sus largos dedos.

Ella también se sentó y trató de calmar su corazón. Al menos todo lo que podía calmarlo cuando estaba cerca de ese hombre, que no era mucho decir.

Antonio levantó la vista después de un rato, parecía casi aburrido.

–No hay nada nuevo aquí –anunció mirándola a los ojos.

Tragó saliva, creía que era su oportunidad para recuperar parte del control de la situación.

–Sé por qué es tan importante para ti hacerte con el Grupo Kennedy.

Inmediatamente, vio que Antonio entrecerraba los ojos y la miraba con un gesto que le hizo parecer aún más peligroso de lo habitual.

–¿En serio?

–Nos quieres porque somos vulnerables, pero también porque estáis tratando de demostrarle a Giatrakos que no necesitáis ayuda externa para restaurar la confianza de la marca Chatsfield.

–¿Y cómo lo has averiguado? –le preguntó Antonio con una voz letal y peligrosa.

Capítulo 4

Orla estaba muerta de calor, quería quitarse la chaqueta, pero no se atrevía.

–Las revistas del corazón siguen a tu familia por todo el mundo. Se rumorea que el nuevo director general ha encargado tareas a cada uno de tus hermanos para contener la mala imagen que tienen los Chatsfield –le dijo ella tratando de transmitir seguridad.

–¿Te parezco el tipo de persona que se pliegue a las órdenes de otra?

Se estremeció al recordar cómo sí se había plegado en el dormitorio a sus órdenes y ruegos, pero era peligroso dejar que sus pensamientos fueran por ese camino.

–No –admitió a regañadientes.

Creía que su teoría parecía encajar bien con los otros hermanos, pero no con Antonio. Era un hombre que había conseguido hacer una fortuna por sus propios medios.

–Pero creo que estás en esta posición por lealtad familiar o algo así –añadió ella–. Lo cierto, Antonio, es que nos necesitamos el uno al otro.

En su mirada oscura desapareció el hielo y vio algo mucho más peligroso, un calor que le recordó de nuevo lo vivido en su suite. Lamentó las palabras que había elegido para explicarse.

–No podría estar más de acuerdo... –dijo él con voz suave y sugerente.

–Lo que quiero decir es que me necesitas para conseguir esta adquisición. Igual que te necesito yo, que necesito a los Chatsfield, para lograr la supervivencia de nuestra marca.

Se cruzó de brazos cuando terminó su alegato. No iba a dejar que Antonio la intimidara.

–No pienso firmar nada hasta que te comprometas a ver cómo trabajamos. También quiero que mi padre esté en el consejo de administración para proteger nuestra reputación.

–No ha habido ninguna mención de ese punto en el acuerdo –replicó él.

Orla se puso de pie. Estaba disfrutando, se sintió poderosa al ver que había conseguido hacer mella en la insufrible arrogancia de ese hombre.

–Ahora sí –repuso ella.

Antonio también se levantó. Avanzó rodeando la mesa y ella sintió que desaparecía rápidamente esa breve sensación de triunfo que había tenido.

Se detuvo a pocos centímetros de ella. Cuando lo tenía tan cerca, le costaba tanto respirar como pensar. Olvidó lo que acababa de decir. Solo podía pensar en ese formidable cuerpo y en su atractivo rostro. Y esa boca... No podía evitarlo, sentía que su cuerpo estaba en llamas.

–Como parece que estamos negociando nuevos puntos del contrato, a lo mejor puedes decirme cómo vamos a negociar esto...

Antonio agarró su cintura y llevó la otra mano a su nuca. Antes de que pudiera reaccionar, la aplastó contra su musculoso cuerpo y la besó apasionadamente. La sujetaba con tanta firmeza que podía sentir contra el vientre lo excitado que estaba. Y su propio cuerpo no tardó en reaccionar de la misma forma, derritiéndose por él.

La frustración sexual que había tenido que soportar durante esa última semana la dejó sin defensas contra ese ataque, no puso reprimir su deseo y sintió que estallaba en llamas. Rodeó su cuello con los brazos, necesitaba estar aún más cerca de Antonio, y dejó que sus dedos se perdieran entre su fuerte cabello.

Era como si alguien hubiera acercado una cerilla a un montón de paja seca. El beso se hizo cada vez más íntimo y sexual, separó los labios ante los avances de Antonio, disfrutando al ver cómo también el cuerpo de él temblaba de deseo. En eso al menos eran iguales.

Sus pechos estaban más hinchados y sensibles, reclamando la atención de ese hombre.

Antonio apartó los brazos de Orla de su cuello para poder quitarle la chaqueta. Ella no pudo evitar estremecerse al sentirlo contra la piel caliente de sus brazos, pero los dos parecían necesitar más. Había algo de desesperación en el deseo que compartían.

Sin dejar de besarse, ella comenzó a explorar con las manos sus anchos hombros, bajando después por sus bíceps, duros como piedras.

Sintió de repente que la parte de arriba de su vestido estaba más suelta, ya no presionaban sus pechos contra la tela. Fue entonces cuando se dio cuenta de que Antonio se lo estaba quitando y que se había apartado de ella.

Abrió de mala gana los ojos, se sentía mareada y confundida. Él la miraba con tanto deseo que se quedó sin aliento. Tenía la vista perdida en el encaje de su sostén. No tardó en subir una mano para tocarla y apretar suavemente uno de sus pechos. Estuvo a punto de gemir, pero se contuvo. Antonio apartó la delicada tela, liberando el pecho. Cuando sintió su mano sobre el excitado pezón ya no pudo contenerse durante más tiempo, no pudo ahogar un gemido de intenso placer.

La besó de nuevo, de manera aún más desesperada y empujándola

con fuerza contra su pelvis. Quería rodearlo con sus piernas, pero el vestido se lo impedía. Él debió de percibir su frustración porque tomó la parte baja del mismo y se lo subió hasta las caderas. Con un movimiento ágil y eficaz, la sentó sobre el borde de la mesa y se colocó entre sus piernas. Podía sentir esa grandiosa erección contra su sexo, húmedo y caliente. La sensación era increíble.

Antonio se separó unos centímetros para mirarla a los ojos.

–Necesito estar dentro de ti –murmuró con desesperación.

El corazón de Orla latía a mil por hora. Abrió la boca para decirle que ella también lo deseaba, que lo necesitaba... Pero algo interrumpió sus pensamientos, era un timbre.

Su móvil estaba sonando.

Los dos se quedaron inmóviles, ese sonido había conseguido perforar la nube de deseo y lujuria en la que habían estado sumergidos. Un timbre que le devolvió el sentido común de repente. No podía creerlo. Había estado a punto de hacerlo con él sobre la mesa de su despacho.

Acababa de perder la oportunidad que había tenido de recuperar parte de la dignidad perdida la semana anterior. Empujó el torso de Antonio para apartarlo. Se colocó bien el sujetador y se subió el vestido con manos temblorosas.

Antonio maldijo entre dientes y dio un paso atrás.

Ella no fue consciente hasta ese instante de que tenía el pelo suelto.

Todo su cuerpo estaba en llamas y le temblaban las piernas. Le estaba costando recuperarse.

–Orla... –susurró Antonio mientras ella trataba de subirse la cremallera.

–No –lo interrumpió ella–. No digas nada.

–Deja al menos que te ayude.

Se dio la vuelta de mala gana, sabía que no podía subirse sola la cremallera. Antonio le apartó el pelo con cuidado y se estremeció al sentir de nuevo sus manos. Contuvo el aliento mientras le subía la cremallera.

En cuanto terminó, Orla se agachó para recoger su chaqueta y ponérsela.

Iba a tener que salir de allí con el pelo suelto, eso no podía arreglarlo.

Antonio volvió al otro lado de la gran mesa de escritorio. Mientras tanto, ella tomó su bolso y su maletín. Cuando lo miró de nuevo, vio que estaba muy serio y eso hizo que se despertara algo muy parecido a la ternura en su interior. No entendía por qué y no quería analizarlo.

–No me mires así –le dijo Antonio suavemente.

–¿Cómo?

–Como si lo que acaba de suceder no fuera mutuo.

Orla bajó un instante la mirada. Su objetivo había sido mantener su relación en un plano estrictamente profesional, pero no lo había conseguido. Todo lo contrario.

–Tengo que irme –le dijo de repente.

Antonio sonrió entonces, pero era una sonrisa que no llegaba a sus ojos. De nuevo, volvió a sentir esa extraña sensación en su corazón.

–¿Huyes, Orla?

–No, no es eso. Ya te he dicho lo que vine a decirte. Dejaré que te lo pienses, pero los dos sabemos que no tienes mucha elección si lo que deseas es llevar esta operación a buen puerto –le recordó ella.

Antonio se inclinó hacia adelante y puso las manos sobre la mesa.

–Hay un aspecto de esta operación que me encantaría poder explorar más a fondo ahora mismo –le sugirió Antonio dejando que su mirada bajara al escote de Orla.

Estaba furiosa, ya no podía controlarse.

–¡Eres repugnante! –exclamó con poca convicción.

Antonio se mantuvo donde estaba, no reaccionó ante el insulto.

–Corre de vuelta a tu hotel, Orla. Cuando estés lista, estaré esperándote.

Antonio vio cómo el bello rostro de Orla se sonrojaba al oír sus palabras condescendientes y descaradas. Le sorprendió ver que controlaba su temperamento y se limitaba a darse la vuelta y salir del despacho.

Se quedó mirando su vibrante melena pelirroja mientras cerraba la puerta.

No pudo relajarse cuando se quedó solo, no podía dejar de pensar en ella.

No la había visto nunca con un aspecto tan vulnerable como el que había tenido al tener que salir de allí con la ropa arrugada, el cabello suelto, los ojos brillantes y la boca hinchada por sus besos. No había sido fácil burlarse de ella al verla así, pero había necesitado enfadarla, conseguir que lo fulminara con la mirada.

Lo había hecho para controlar sus impulsos porque lo que de verdad había querido hacer era ir hacia ella, cerrar la puerta y tumbarla en la mesa para terminar lo que habían comenzado.

Si no los hubiera interrumpido el teléfono de Orla, en ese momento estaría dentro de ella, disfrutando de esa indescriptible sensación. Y sabía que también ella lo había deseado. Aunque le había dicho el otro día que creía que había sido un error en el que no pensaba volver a caer, Orla acababa de demostrarle con sus actos que no era verdad.

Se acercó a la ventana. Durante la última década, su vida la había regido un estricto código que había necesitado para mantenerse a

salvo y mantener también a salvo a sus compañeros.

Pero le bastaba con tener cerca a esa mujer de cabellos rojos para que olvidara ese código y se convirtiera en un ser primitivo, dominado por el deseo y capaz de insultar a una mujer para tratar de protegerse.

Tenía que reconocer que no había sido un caballero, se merecía esa acusación. La Legión lo había endurecido, lo había roto por completo para reconstruirlo después, pero había perdido muchas cosas por el camino. Por ejemplo, los modales y la educación con los que había crecido. Creía que era algo que aún podía fingir cuando los necesitaba. Pero no con ella.

Y darse cuenta de ello le preocupaba, no le gustaba perder el control de esa manera. Sabía que aún tenía que recuperarse. Había vivido cosas de las que ni siquiera podía hablar con nadie, cosas que se iba a llevar a la tumba. Sabía que, después de lo que había visto, ya no esperaba tener una vida normal, se limitaba a sobrevivir como podía. Se había hecho a la idea de que así iba a ser el resto de su vida, que no podía esperar nada más.

Al menos hasta que apareció Orla Kennedy en el bar del hotel y, de alguna forma, consiguió llenar de luz y vida la oscuridad en la que había vivido.

Suspirando, se apartó de la ventana y se sentó de nuevo. Resistió el impulso de llamar a su psicólogo, el que le había ayudado a no perder del todo la cabeza. Sabía que podía ayudarle a desenredar los nudos que tenía en su mente, pero solo una persona podía ayudarle a desenredar los nudos que había en su cuerpo.

Antonio le había sugerido que volviera corriendo a su hotel y a Orla le bastaba con recordar esas palabras y su tono condescendiente para echar chispas. Le parecía increíble que le hubiera hablado de ese modo. Tan increíble como lo que había pasado unos minutos antes, cuando estuvo a punto de acostarse de nuevo con él.

Llevaba tres días echando humo. Estaba tan enfadada que sus empleados la evitaban para no cruzarse con ella. Incluso Tom, su abogado, había preferido dejarla sola después de que ella le dijera que iba a conseguir el acuerdo y que no quería hablar más del tema.

Creía que Antonio Chatsfield les daría lo que querían. Estaba segura de que había adivinado sus motivos para querer comprar el Grupo Kennedy. No se le había pasado por alto lo poco que le había gustado ver que ella lo sabía.

Su teléfono le anunció que había recibido un mensaje de texto y se apartó de la ventana de su despacho para ir a verlo. Frunció el ceño al ver que era un número desconocido. Se quedó sin aliento al leer el mensaje.

Estoy en tu hotel. A.

El corazón comenzó a latirle con fuerza, pero recordó que estaba allí porque ella se lo había pedido. Era una de las condiciones que había estipulado.

Aun así, le molestaba la rapidez y la intensidad con la que su cuerpo reaccionaba. No entendía lo que le pasaba con él. Escribió una pregunta.

¿Dónde?

Dos segundos más tarde, llegó la contestación.

Ven a buscarme.

Frunció el ceño de nuevo, no le gustaban los juegos.

Llegó al gran vestíbulo del hotel y miró a su alrededor. Había mucha gente esperando para inscribirse en recepción, pero no tenía ánimo para alegrarse por ello, estaba demasiado nerviosa.

Lo vio un par de minutos después. Estaba sentado en uno de los antiguos sillones que había frente a la chimenea y leía el *Financial Times*. Se acercó y se detuvo frente a él con los brazos cruzados. Dio golpecitos con el zapato sobre el suelo de mármol, cada vez con más impaciencia. Cuando vio que seguía sin mirarla, carraspeó sonoramente.

Con bastante indiferencia, Antonio se dignó a bajar su periódico mientras ella mantenía los ojos fijos en su cara, resistiendo la tentación de mirarlo de arriba abajo. Aun así, no se le pasó por alto que llevaba un elegante traje de tres piezas y que tenía un aspecto muy civilizado. Pero a ella no la engañaba, sabía lo despiadado que podía llegar a ser.

Antonio dobló el periódico y se puso en pie, haciendo que se sintiera diminuta en cuestión de segundos y a pesar de los altos tacones que llevaba.

–Me temo que ahora mismo estoy muy ocupada, pero puedo avisar a alguien para que te enseñe el hotel –le dijo ella con frialdad.

Justo en ese momento, se acercó deprisa una recepcionista con una gran sonrisa y una llave electrónica en la mano.

–Ya tengo su llave, señor Chatsfield. Siento la espera. Sus maletas ya han sido subidas a la suite. Si lo desea, puedo acompañarlo a la habitación personalmente –le dijo la joven.

Orla no pudo evitar quedarse con la boca abierta mirando a Kelly y después a Antonio, que le estaba dedicando su mejor sonrisa a la joven.

–Gracias, Kelly, pero la encantadora dueña del hotel, la señorita Kennedy, acaba de ofrecerse a hacerlo ella misma –le dijo Antonio a la recepcionista.

Vio que la joven le entregaba de mala gana la llave y decidió que tendría que hablar más tarde con ella para recordarle cómo debía

comportarse con los clientes, por muy atractivos o seductores que fueran.

Orla se dio la vuelta y fue directa a los ascensores, taconeando con fuerza sobre el suelo de mármol y sin echar la vista atrás para ver si él la estaba siguiendo.

Presionó el botón del ascensor cuando llegó y se quedó sin aliento cuando sintió la imponente presencia de Antonio cerca de su espalda. Notó cómo se erizaba su piel y, muy a su pesar, también reaccionaron sus pezones.

Las puertas del ascensor se abrieron y ella entró, seguida muy de cerca por Antonio. Cuando se cerraron las puertas, se cruzó de brazos y se volvió hacia él.

–¿Qué demonios crees que estás haciendo? –le preguntó enfadada.

Antonio se recostó contra la pared del ascensor y trató de frenar la oleada de deseo que lo dominaba cada vez que la veía. Orla llevaba una camisa azul de seda que hacía que sus ojos parecieran aún más oscuros y una falda lápiz de color negro. Zapatos de tacón alto y el pelo suelto y liso.

Tenía el mismo aspecto de miles de mujeres en esa ciudad. Parecía una ejecutiva de éxito y segura de sí misma.

Pero había algo en ella que la distinguía del resto. Debajo de esa ropa seria e impecable, escondía una intensa sensualidad. Era algo que le había atraído desde que la viera por primera vez. Y también era vulnerable, aunque tratara de ocultarlo bajo una capa de ejecutiva dura y eficiente.

Pero no sabía por qué pensaba en esas cosas. Sabía que debía concentrarse en que Orla no era más que un obstáculo que saltar para hacer feliz a su hermana. Eso era todo.

Pero estaban de nuevo en un ascensor y no pudo evitar pensar en lo que había pasado la última vez, cuando él le pidió que le mostrara un pecho y ella accedió. No podía quitarse esa imagen de la cabeza.

Le enfadaba ver el poco autocontrol que parecía tener cuando estaba a su lado. Durante la última década de su vida, se había destacado por todo lo contrario y en condiciones mucho más adversas.

–A la planta octava, por favor –le dijo a Orla–. Me alojo en el ático.

Lamentó en ese momento haber decidido alojarse en el hotel Kennedy. Vio que Orla apretaba con fuerza los labios. Estaba claro que a ella tampoco le gustaba tenerlo allí.

–Los botones están a tu lado –repuso ella–. No soy la ascensorista del hotel.

Hizo una mueca al oírla y presionó el botón correspondiente. No entendía qué le pasaba con esa mujer, pero hacía que se comportara

como un cavernícola.

–¿No vas a contestarme? –le preguntó Orla con impaciencia.

Hizo un esfuerzo inmenso para ser profesional con ella.

–Me pediste que viniera al hotel para ver cómo hacéis aquí las cosas, ¿no?

El ascensor se detuvo y las puertas se abrieron. Vio cómo Orla cerraba la boca y forzaba una sonrisa al ver que había clientes esperando para usar el ascensor.

Salió después al pasillo y él la siguió hasta que se detuvo frente a una puerta. Mientras andaban, se había fijado en los detalles de la decoración, elegante y clásica. Pero tenía que reconocer que había estaba mucho más interesado en ver cómo se movían las caderas de Orla mientras caminaba con la estrecha falda.

Ella abrió la puerta de la suite y la sostuvo para que pasara él. A juzgar por su expresión, odiaba tener que estar allí.

Antonio entró y lo envolvió el aroma de Orla al pasar a su lado. Era fresco, pero con un toque a almizcle. Creía que era igual que ella. Profesional y elegante en el exterior, pero con una tigresa escondida en su interior.

Era una suite lujosa y amplia. Como era además un ático, tenía una fabulosa terraza. No era tan ostentoso como el Chatsfield pero le atrajo su clásica simplicidad.

–Cuando te dije que quería que vinieras al hotel, no era una invitación para que te alojaras aquí y lo sabes –le dijo Orla con frialdad.

Se volvió hacia ella. Estaba de nuevo con los brazos cruzados sobre el pecho. Aun así, podía atisbar su escote y tuvo que apretar los dientes para tratar de controlarse.

–Si es así como tratas a los invitados, no me extraña que el negocio se esté hundiendo –repuso.

Orla se sonrojó y tuvo el impulso de pedirle disculpas. Vio que además parecía cansada. Sabía que estaba a cargo de todo mientras su padre estuviera en Asia.

–No te preocupes por eso, te garantizo que recibirás un estupendo trato. Si me dices cuánto tiempo vas a quedarte, me aseguraré de que tu visita sea lo más agradable posible.

Frunció el ceño al oír unas palabras tan falsas como impersonales. Sabía que se estaba burlando de él, pero prefirió no morder el anzuelo.

–La verdad es que no lo sé. Lo decidiré sobre la marcha.

Orla se sonrojó de nuevo.

–Bueno, si me disculpas, tengo asuntos que atender. Le diré a uno de los encargados que suba para enseñarte el hotel –le dijo mientras iba hacia la puerta.

No estaba dispuesto a que lo dejara con otras personas y tratara de librarse de él de esa manera.

–Orla… –le dijo a modo de advertencia.

Ella se volvió desde donde estaba, ya cerca de la puerta.

–No tientes a la suerte, Chatsfield –contraatacó ella.

Salió sin decir nada más de la suite y él tuvo que admitir a regañadientes que se estaba ganando su respeto. No estaba acostumbrado a que la gente le parara los pies.

Fue a las puertas de la terraza y salió, necesitaba que le diera el aire. Era algo que le pasaba a menudo, se sentía encerrado. No se había acostumbrado aún a estar de vuelta en una ciudad tan bulliciosa.

Y eso que, algún tiempo atrás, había sido un joven urbano, encantador y mujeriego. Había trabajado mucho y vivido a tope. Entonces, había tenido el objetivo de mantener unida a su familia, pero sus esfuerzos habían resultado inútiles. Lo que no podía haber imaginado era hasta qué punto sus experiencias posteriores iban a marcarlo para siempre, convirtiéndolo en un hombre retorcido y amargado.

Agarró la barandilla de piedra con fuerza. Pensaba que quizás aún hubiera algo de ese hombre dentro de él. Después de todo, había sido capaz de seducir a una hermosa desconocida en un bar. Pensó que iba a tener que cambiar de táctica con Orla.

Orla estaba muy cansada. El día anterior había sido muy intenso, la habían dominado los nervios al saber que Antonio Chatsfield se había instalado en el hotel y le había aterrorizado encontrárselo a la vuelta de cada esquina.

Pero, después de acompañarlo a la suite, no lo había vuelto a ver. Uno de los encargados le había dicho que había subido para ayudarle a organizar una pequeña zona de despacho en la suite, así que suponía que estaría trabajando.

Y acababa de conseguir pasar otro día sin verlo. Pero, aunque no le gustara admitirlo, no era alivio todo lo que sentía, sino algo mucho más ambiguo.

Ya estaba soñando con quitarse los zapatos y darse un baño caliente de burbujas, cuando entró en su despacho y se quedó inmóvil. Antonio Chatsfield estaba detrás de su escritorio, sentado en su sillón y leyendo el informe semanal que ella aún no había tenido tiempo de leer. Frunció el ceño al ver que además tenía los pies apoyados en su mesa.

Antonio le habló sin ni siquiera levantar la vista.

–Las cifras no son tan malas para un negocio que se está hundiendo

–le dijo.

Entró, se acercó a él y le quitó el informe. Él no reaccionó. Llevaba una camisa sin corbata y pantalones oscuros.

Un minuto antes, había estado agotada. En ese momento, en cambio, estaba llena de energía. Y no era una energía positiva. Pero apretó los dientes y trató de mantener la calma.

–¿Puedo ayudarte en algo? –le preguntó–. Espero que tu estancia esté siendo agradable.

Antonio bajó las piernas y se sentó con la espalda recta.

–Sí, tus empleados están siendo de lo más solícitos. Supongo que así se lo habrás instruido tú.

Contó hasta diez para tratar de seguir tranquila.

–Tratamos a todo el mundo igual, Antonio. Desde los que se alojan en la habitación más barata a los de la suite del ático.

Antonio se puso de pie y ella se quedó sin aliento.

–Me parece estupendo –le dijo con aparente sinceridad.

Su presencia era tan imponente que se sintió fuera de lugar y eso que ella también iba bien vestida. Llevaba un vestido camisero de color crema, ceñido con un cinturón de cuero ancho y zapatos beige.

Antonio se metió las manos en los bolsillos y se quedó mirándola.

–¿Qué pasa? ¿Tengo algo en la cara? –le preguntó algo molesta.

Él negó con la cabeza antes de contestar.

–No aparentas más de veinte años... –le susurró Antonio.

Su tono de voz y esa mirada... No pudo evitar sentir una oleada de calor por todo el cuerpo.

–Pues me temo que hace mucho que dejé atrás esa edad. Nada menos que una década –repuso ella con firmeza–. Ahora, si no te importa, ha sido un día largo y aún tengo trabajo.

Era mentira, pero ese hombre era demasiado grande, demasiado masculino, demasiado... Necesitaba que saliera de allí para poder respirar. Hacía que se sintiera muy frágil.

Pero Antonio no pareció darse por aludido. Rodeó la mesa y consiguió que ella se sintiera aún más incómoda. Estaba demasiado cerca.

–Me gustaría invitarte a cenar esta noche.

Durante un segundo, no entendió sus palabras.

–¿Cena? ¿Esta noche? –repitió sin poder esconder su confusión.

Antonio cruzó los brazos sobre su musculoso torso y se le fueron los ojos a sus bíceps.

–Sí, ya sé que es un concepto extraño. Se trata de un tipo de evento social bastante común. Lo hace la gente cuando quiere pasar tiempo con otras personas mientras comen –respondió Antonio burlándose de ella.

Lo miró y se dio cuenta de que estaba controlándose para no reír. Al

verlo así, pensó en aquella noche, en ese desconocido que tan fácilmente la había seducido.

Abrió la boca para decir algo mordaz, pero Antonio la interrumpió.

–No gastes saliva, Orla. He revisado tu agenda y esta noche no tienes nada –le dijo él–. He reservado mesa en el restaurante Kilkenny de la planta baja. A las ocho, no te retrases.

Sin esperar a que le contestara, salió del despacho, dejándola envuelta en una nube de su exótico y masculino aroma. Apretó furiosa los puños.

Ese hombre había puesto en peligro su equilibrio desde que lo viera por primera vez. Ya entonces le había parecido peligroso, pero lo había ignorado y se había acostado con él.

Era su adversario y la había visto en su peor momento, cuando se había comportado como si fuera otra persona. Era la primera vez que hacía algo así y creía que ni siquiera lo había hecho bien. Se había dado cuenta de que no era capaz de acostarse con alguien y dejar las emociones de lado. Eso era lo peor, recordaba demasiado bien lo que había significado para ella la unión de sus cuerpos y también cómo se había sentido a la mañana siguiente.

Aunque le costara admitirlo, nunca había tenido una conexión tan íntima con nadie, pero le había pasado con un desconocido. Recordó cómo le había dolido alejarse de él, aunque sabía que ni siquiera le había dado su nombre de verdad.

Apretó los labios y fue a sentarse en su sillón.

Creía que el destino se había reído en su cara, solo le había dado cuatro horas para creer que aún llevaba las riendas de su vida. Después, lo había vuelto a ver en la reunión y todo había cambiado desde entonces.

Ya había supuesto que iba a tener que enfrentarse a una dura negociación con los Chatsfield. Después de todo, estaban en una posición de ventaja sobre ellos y temía que cambiaran de opinión en cualquier momento y retiraran la oferta de la mesa. Sabía que no estaba haciendo nada evitar que eso sucediera.

Lo peor de todo era saber que Antonio Chatsfield, el hombre que la había visto en el momento más salvaje y desinhibido de su vida, era el que controlaba una negociación que había pasado de difícil a inalcanzable. Por eso Antonio hacía que se sintiera tan amenazada. Sabía que no tenía más alternativa que aceptar su invitación.

Suspiró con desesperación. Tendría que olvidarse de su relajante baño. Mientras estuviera Antonio Chatsfield en su vida, creía que no iba a poder relajarse.

–Buenas Noches, señorita Kennedy. Su invitado la está esperando.

–Gracias, Brendan –contestó Orla al reconocer al maître.

No había visto a Antonio y ya estaba sin aliento. Avanzó entre las mesas del prestigioso restaurante Kilkenny, uno de los mejores de Londres. Sabía que ese local era uno de los atractivos que su hotel tenía para los Chatsfield.

La iluminación era tenue en el comedor. Las paredes forradas de madera producían la sensación de estar en una antigua biblioteca. Tenía varios comedores más pequeños y discretas mesas que atraían por igual a políticos, escritores y músicos. Estaba muy orgullosa de ese restaurante, era fruto del trabajo y dedicación de su padre.

Se sintió de repente muy afectada al darse cuenta de que todo estaba a punto de cambiar de manos, pero no era el momento para dejarse llevar por las emociones. Trató de calmarse mientras se acercaba a la mesa del fondo, donde pudo distinguir una silueta que le resultaba familiar. Lamentó que Antonio hubiera escogido una mesa tan apartada.

Instintivamente, se alisó el recatado vestido de seda que se había puesto. Era azul marino, le llegaba hasta la rodilla, con manga larga y nada de escote.

Llevaba zapatos a juego y un pequeño bolso de mano plateado. Se había recogido el pelo en un moño. Había tratado de dejarle muy claro con su formal atuendo que esa cena no era un evento social, sino profesional.

Pero era un manojo de nervios y tenía que reconocer que se sentía como si aquella fuera su primera cita.

Capítulo 5

Antonio observó a Orla mientras se acercaba a él deslizándose entre las mesas con esa gracia innata que ya había notado cuando la vio por primera vez. Se fijó también en su gesto, parecía nerviosa y muy tensa. Había elegido un vestido más propio de una catequista de edad avanzada que de una mujer de su edad, pero no conseguía ocultar su atractivo. Todo lo contrario.

Supuso que había elegido esa ropa para dejarle muy claro que estaba allí por trabajo y nada más. Cuando llegó a la mesa, se levantó para saludarla.

Ella se sentó justo frente a él, lo más lejos posible y vio que no lo miraba a los ojos. El camarero apareció enseguida y ella tomó la carta que le ofrecía. Imaginó que estaría encantada de tener algo que hacer para ocultar su incomodidad.

–Gracias, Thomas –le dijo Orla al camarero con una dulce sonrisa–. ¿Cómo está tu madre?

El joven se ruborizó.

–Muy bien, señorita Kennedy. Le dan el alta la semana que viene y, si Dios quiere, este habrá sido el último tratamiento que necesite. Gracias a su padre y a usted.

–¡Cuánto me alegro! Sé que ha sido muy duro –repuso Orla.

El hombre murmuró algo y los dejó para que pudieran leer la carta tranquilamente. Antonio no entendía lo que le estaba pasando, le había molestado ver que sonreía al camarero. Una sonrisa que había desaparecido en cuanto volvieron a quedarse solos. Era como si sintiera celos y no lo entendía. También le molestaba que Orla ni siquiera lo hubiera saludado.

–Yo también me alegro de verte –le dijo él con ironía.

Vio que se tensaban las manos que sujetaban la carta. Le gustó ver que Orla no era tan indiferente a esa situación como quería aparentar.

–Hola –repuso ella levantando los ojos de la carta.

–¿Conoces bien al camarero? –le preguntó él.

Orla asintió con la cabeza.

–Sí, su madre es de la misma zona de Irlanda de donde es mi familia. Ha trabajado para nosotros durante años como contable y, desde hace meses, está luchando contra un cáncer. Afortunadamente, parece que el tratamiento está funcionando.

–¿Le habéis pagado vosotros el tratamiento?

Orla se sonrojó a escuchar su pregunta.

–La mayor parte lo cubre su seguro. Nosotros nos hemos limitado a ayudar un poco –le explicó ella sin querer dar demasiadas explicaciones.

Algo se contrajo dentro de él al ver cómo cuidaban a sus empleados. Pero podía haber muchos casos como ese, drenando poco a pocos los recursos financieros de la empresa.

–Se trata de un caso especial, son amigos personales de mi padre –se apresuró a añadir Orla como si le hubiera leído el pensamiento.

Antonio dejó la carta en la mesa y enarcó una ceja.

–¿Y el conserje de ochenta años también es un caso especial? Es tan mayor que tiene que ayudarle en todo momento un conserje más joven.

Orla se sonrojó.

–Ese segundo conserje está en prácticas, por eso va con él todo el tiempo. Y el hombre del que hablas lleva en el hotel desde su inauguración. Es toda una institución. Hay clientes de toda la vida que vienen solo para ver a Lawrence. Se jubiló hace años, pero le encanta su trabajo. Así que, mientras esté en condiciones de trabajar y quiera hacerlo, no vamos a dejar que se vaya.

Tenía que admitir que le había encantado conversar con el anciano esa mañana. Estaba bastante bien para la edad que tenía, pero no le parecían las mejores prácticas empresariales.

Orla también dejó la carta en la mesa y lo miró con el ceño fruncido.

–No pienso quedarme aquí sentada escuchando cómo enumeras todo…

La interrumpió agarrando su muñeca. Podía sentir su rápido pulso contra la palma.

–Lo siento, ¿de acuerdo? –se disculpó–. Firmemos una tregua. No hablaremos más de trabajo, al menos durante la cena.

Orla se quedó sin aliento al sentir que Antonio la tocaba. No quería que viera lo mucho que le afectaba el contacto y se apartó rápidamente. Tampoco le gustaba la idea de firmar una tregua con él. Le parecía casi tan aterradora como la de la adquisición de sus hoteles, pero no tenía otra opción.

–De acuerdo –le dijo tomando de nuevo su carta.

Fingió que leía, pero no podía ver nada. Tenía el corazón desbocado y sentía que le ardía la piel. Odiaba la facilidad que tenía Antonio para hacerla reaccionar de esa manera tan intensa.

El camarero regresó y los dos le dijeron lo que querían.

–¿Vino? –le preguntó después Antonio.

Negó rápidamente con la cabeza, le parecía demasiado peligroso beber con él.

–No, para mí no, gracias –le dijo mientras sonreía al camarero.

Después, cuando miró a Antonio, vio que tenía el ceño fruncido y los ojos fijos en su boca. Pero solo duró unos segundos. Llegó incluso a pensar que lo había imaginado.

No tardó en llegar otro camarero con vino para Antonio y agua para ella.

Él se tomó su tiempo en degustar la copa que le sirvieron. Había algo tan sensual en la forma en que lo hacía que sintió que se derretía por dentro. Unos segundos después, Antonio le dio el visto bueno al sumiller.

–¿Estás segura de que no quieres un poco? Es muy bueno –le dijo Antonio cuando se quedaron solos.

Ella ya lo sabía, había ayudado a elegir los vinos de la bodega. Abrió la boca para responderle con frialdad, pero se lo pensó mejor. Después de todo, habían firmado una tregua.

–De acuerdo, pero solo un poco.

Le pareció que Antonio estaba reprimiendo una sonrisa, pero consiguió controlarse.

–Conozco al dueño de este viñedo –le dijo él señalando la botella.

–¿Del viñedo de Piacenza? Pensaba que nadie conocía la identidad del dueño.

–Es un hombre al que le gusta mantenerse en el anonimato, pero en su viñedo tienen unas variedades fantásticas de uvas. Sobre todo malvasía y barbera, pero también merlot y pinot noir.

–¿Cómo sabes tanto de vino? –preguntó intrigada.

–Hice un máster en Enología cuando tenía veinte años. Fue entonces cuando encontré ese viñedo cerca de Milán.

–¿En serio? –preguntó incrédula–. Es todo un logro, hay muy pocos expertos en vino.

–No sigas por ahí, Orla, o voy a pensar que apruebas algo de lo que hago –se burló Antonio.

Orla hizo girar la copa de vino entre sus manos y después lo miró. Ella también podía reírse de él.

–Pensé que eras solo un soldado descerebrado –le dijo–. ¿Cómo acabó un experto en vinos en la Legión Extranjera?

Antonio la miró con los ojos entrecerrados.

–Veo que has estado investigando a tu oponente...

Ella se encogió de hombros.

–Todo el mundo sabe lo de la Legión –insistió ella para defenderse–. ¿Qué pasa? ¿No habíamos firmado una especie de tregua? Solo trataba de entablar conversación, nada más.

Antonio se quedó un momento en silencio antes de contestar.

–Me uní a la Legión a los veinticinco años.

–¿Por qué no antes? Es una edad relativamente tardía para unirse a

un cuerpo del Ejército, ¿no?

–No pude hacerlo antes, tenía que pensar en mi familia –contestó Antonio con gesto serio y pensativo.

Le tentaba la idea de preguntarle qué había querido decir con eso, pero no lo hizo.

–La verdad es que apenas sé nada de la Legión, solo que todo es bastante secreto y que el entrenamiento es brutal. También he oído que sus miembros tienen que renunciar a sus nombres y a sus pasaportes.

Antonio tomó un sorbo de vino y levantó la cara hacia el techo. Ella se distrajo mirando la fuerte columna de su cuello. Tuvo la tentación de pasar la lengua por esa piel y saborearlo.

–Eso es todo lo que sabía yo antes de entrar en la Legión –admitió Antonio–. Llegué al fuerte Nogent en París, les entregué mi pasaporte y no me lo devolvieron hasta siete años después.

No pudo contener un escalofrío.

–No puedo siquiera imaginar cómo es entregarse uno de esa manera a una organización...

La expresión de Antonio le pareció muy enigmática.

–Y, sin embargo, ¿no lo hacemos todos cada día? ¿No has entregado tú la vida a tu carrera, a tu negocio familiar?

Se puso inmediatamente a la defensiva.

–¡Eso es distinto!

–¿Por qué? –le preguntó Antonio–. ¿Porque sigues viviendo en tu casa y no cambias de identidad?

–¿Tuviste tú que cambiar de identidad?

Antonio apretó los labios, era como si le molestara esa conversación. Después, asintió con la cabeza.

–Sí. Pero, después de un período de tiempo, puedes recuperarla. No es tan estricto como antes.

–¿Y lo hiciste tú?

Antonio negó con la cabeza después de un rato en silencio. Su mirada se había llenado de sombras.

–¿Por qué no? ¿Quién eras?

–Otra persona –respondió Antonio con frialdad.

Justo en ese momento, los interrumpió el camarero con su comida. Se sintió algo desorientada, como si hubiera olvidado dónde estaban. Le estaba fascinando la experiencia de Antonio en la Legión. Pero, antes de que pudiera preguntarle nada más, Antonio se le adelantó.

–¿Y tú? ¿Ya naciste con uno de esos trajes que tanto te gusta llevar y con la melena bien peinada?

Orla frunció el ceño y Antonio sonrió. No pudo evitar sentir un escalofrío. No necesitaba mucho más para despertar su deseo. Se dio cuenta de que esa cena no era una cita, pero tampoco una reunión de

negocios. La línea que separaba ambos mundos estaba algo borrosa. Tomó un bocado de su plato de espárragos y trató de calmarse.

Al final, respondió impulsivamente, solo quería que Antonio dejara de mirarla como lo estaba haciendo.

–La verdad es que crecí odiando los vestidos. Hasta los nueve años, me vestía como un niño. No soportaba estar metida en casa y tenía más rasguños y moretones que cualquier niño de mi edad. A mi madre no le hacía ninguna gracia…

Antonio dejó el tenedor sobre la mesa.

–¿Qué sucedió cuando cumpliste los nueve?

Orla lo miró y se dio cuenta de lo que acababa de decir. Se quedó helada. A esa edad fue cuando oyó la conversación entre su padre y uno de sus socios. Una conversación que la hizo cambiar por completo. Pero no podía hablar de ello y apartó la mirada.

–Nada, supongo que me convertí de repente en una niña de verdad.

–Algo pasó –insistió Antonio con un tono de voz que era como una caricia–. Nadie cambia tanto de la noche a la mañana.

Ella lo miró entonces a los ojos y decidió admitir la verdad.

–Ocurrió de la noche a la mañana –insistió ella–. Pero sí, oí algo que me hizo cambiar.

De mala gana, le describió lo que le había oído decir a su padre y cómo decidió entonces que iba a hacer todo lo posible por apoyarlo y asumir la responsabilidad de ser su única heredera.

–Y la verdad es que me encantó hacerlo. Iba a todas las reuniones y tomaba notas, fingiendo ser su secretaria. Según fui creciendo, empecé a tomar notas de verdad.

Antonio se inclinó un poco hacia delante, interesado en lo que le estaba contando.

–¿Y tu madre?

No le gustó su pregunta y apartó la mirada.

–A mi madre no le interesan los negocios. Antes sí, cuando yo era pequeña. Recuerdo verlos trabajando hasta tarde, repasando la contabilidad, decidiendo la decoración o en qué hotel invertir, pero después…

Se encogió de hombros y no dijo nada más. No quería contarle cómo a su madre había terminado por seducirle la riqueza. Tanto que ya no le importaba nada más.

Fue un alivio que se les acercara en ese momento un camarero para retirarles los platos. Creía que así ya no tendrían que seguir hablando de su familia.

–¿Tienes casa en Londres? –le preguntó cuando volvieron a quedarse solos

–No, vivo aquí en el hotel –contestó con algo de tristeza–. Siempre hemos vivido en los hoteles. En este de Londres llevamos ya veinte

años, desde su inauguración.

–¿Siempre habéis vivido en vuestros hoteles? –le preguntó sorprendido.

–Sí. ¿Vosotros no?

–No, la casa familiar está en el campo, en las afueras de Londres. Allí crecimos. A mis padres no les gustaba que visitáramos los hoteles, formábamos unos líos terribles corriendo por ellos y haciendo travesuras –le dijo sonriendo.

–Me habría encantado tener hermanos –le confesó ella con algo de melancolía.

–Yo tengo demasiados y tú, ninguno –le dijo Antonio con una expresión enigmática–. Nunca estamos contentos con lo que tenemos, ¿verdad?

Apareció un eficiente camarero con los platos principales y Orla sonrió agradecida. El comentario de Antonio seguía resonando en su interior.

Probó el cordero. Estaba delicioso, pero había perdido el apetito. La conversación con Antonio era demasiado fácil y agradable, pero seguía habiendo tensión entre los dos.

Se concentraron en la comida durante unos minutos y se sintió muy orgullosa cuando él comentó que la carne que había pedido era una de las mejores que había probado en su vida.

Después de la breve tregua, fue ella la que volvió a hablar.

–La verdad es que siempre quise tener una casa, un hogar de verdad. Sentía mucha envidia de mis amigas, que tenían una casa, un sitio donde solo estaba su familia, sin clientes ni empleados –le confesó ella.

No sabía por qué se lo había contado. No pudo evitar sonrojarse.

–No me malinterpretes, sé que tenía mucha suerte, pero a veces me habría gustado tener mi propio espacio. No me gustaba volver a mi habitación después del colegio y encontrarme siempre la cama hecha, un bombón en la almohada y todo recogido.

Antonio se quedó callado unos segundos.

–Nosotros teníamos un hogar, pero estábamos aislados del mundo exterior. Íbamos en coches con chófer a los colegios más exclusivos y volvíamos después a una casa enorme con las niñeras, la cocinera y las criadas. Nuestros padres nunca estaban allí. Se puede decir que casi crecimos solos. Y nuestra madre se fue de casa cuando yo tenía quince años.

Orla sintió que se le encogía el corazón. Todo el mundo conocía la historia de Liliana Chatsfield. Se había ido de casa dejando atrás a un bebé y a sus seis hijos mayores. Había sido entonces cuando había comenzado a desmoronarse el imperio Chatsfield. Aunque ella tenía problemas con su madre, al menos la había tenido a su lado.

–Supongo que sería muy duro. ¿Nunca la volvisteis a ver?

Antonio se limpió la boca con la servilleta de lino y sacudió la cabeza. Le dio la sensación de que no iba a contarle más detalles sobre esa parte de su vida. Recordó entonces que había visto a los dieciocho o diecinueve años unas fotos de Antonio en una revista del corazón, salía de una discoteca con un grupo de bellas modelos.

Ya entonces le había parecido muy guapo, pero mucho más joven e inocente que el hombre que tenía delante de ella en esos momentos. Creía que por eso no lo había reconocido cuando lo vio por primera vez. Poco después de que viera esas fotos, Antonio Chatsfield desapareció de la escena social por completo para ser sustituido en las páginas de las revistas por el resto de sus hermanos.

Recordaba haber visto en la prensa hacía poco a la más pequeña, Cara, protagonizando otro escándalo. No podía imaginarse lo duro que habría sido para Antonio sentir que tenía que acarrear el peso de la responsabilidad a una edad tan temprana. A ella le había pasado algo parecido y le incomodaba ver que tenía algo en común con él.

–Supongo que no verías apenas a tus hermanos después de que te fueras de casa, ¿no?

Antonio no movió ni un músculo, pero pudo sentir que estaba muy tenso.

–No, la verdad es que no –respondió después de un rato–. Todos eran ya bastante mayores cuando me fui. Menos los gemelos, Orsino y Lucca, y la pequeña Cara, que tenía diez años. Pero, tal y como mi padre me dijo, no eran mis hijos. Tuve una pelea terrible con él ese día...

Se quedó callado de nuevo. Vio que le costaba hablar de ello, pero quería saber más.

–¿Por qué os peleasteis?

–Por mi hermano Nicolo. Sufrió muchas heridas a los trece años por culpa de un grave incendio y yo estaba muy preocupado por él. Había pasado de ser un adolescente travieso y extrovertido a vivir como un recluso. Sabía que no había aceptado lo que le pasó, pero mi padre no me hizo caso.

Se le encogió de nuevo el corazón al darse cuenta de cuánto había sufrido tratando de ser un padre para sus hermanos. Quería preguntarle más, pero llegó el camarero para llevarse los platos y se dio cuenta entonces de que se habían terminado la botella de vino entre los dos.

Y tenía que reconocer que le había abrumado esa última conversación, se habían desviado hacia temas muy personales, nada que ver con lo que se había planteado para esa cena. Mientras Antonio le hablaba, había estado atenta a cada palabra como una adolescente enamorada, no entendía lo que le pasaba con ese hombre.

Pidió café con la esperanza de despejar un poco su cabeza. Antonio Chatsfield estaba resultando ser mucho más interesante de lo que se habría podido imaginar, pero decidió que tenía que reconducir la conversación hacia un plano más profesional.

–Entonces, ¿por qué decidiste volver para participar en esta operación?

–Pensé que íbamos a tratar de evitar los temas polémicos –contestó Antonio.

Ella se quedó en silencio.

–Ha sido una tregua agradable, pero supongo que no podía durar –añadió él–. Volví a casa para encargarme de esta adquisición porque me lo pidió mi hermana Lucilla. Cuando me fui de casa, ella cargó con la responsabilidad de cuidar de nuestros hermanos y también de la empresa. Me pidió que hiciera esto y aquí estoy.

La miró entonces a los ojos con intensidad.

–Si lo que estás haciendo es tratar de averiguar si voy a volver a irme, no pierdas el tiempo. Tienes toda mi atención hasta que nos convirtamos en los nuevos propietarios del Grupo Kennedy. Y eso va a pasar tarde o temprano.

Orla apretó con tanta fuerza su taza de café que podría haberla roto. Había acero en el tono y en la mirada de Antonio.

Le había sorprendido la profunda lealtad que tenía a su hermana. Tras el abandono de su madre, los dos hermanos parecían haber forjado un estrecho vínculo. Se dio cuenta de que iba a tener que luchar contra lazos de sangre y lealtades familiares. Antonio lo estaba haciendo por su familia y ella, por la suya.

A pesar del vino bebido, esa conversación hizo que se sintiera completamente sobria de repente. Terminó su café y se limpió la boca con la servilleta.

–Bueno, ya es tarde –le dijo con un tono ligero y despreocupado–. Ha sido un día largo y mañana tenemos una reunión importante.

Antonio sonrió y le pareció un gesto amenazante. No pudo evitar estremecerse.

–Te acompaño a tu habitación.

Orla abrió la boca para protestar, pero se dio cuenta de que era inútil discutir con él.

–De acuerdo –respondió ella con firmeza–. Como quieras.

Se pusieron de pie y Antonio le hizo un caballeroso gesto a Orla para que lo precediera. Vio que tenía las mejillas sonrojadas y se preguntó si sería por el vino. O quizás fuera por la tensión tan

palpable que había entre los dos o porque se había dado cuenta de que estaba librando una batalla perdida para mantener el control de su negocio familiar.

Él fue el primer sorprendido al ver que le dolía verla así y lo que le estaba pasando. Sabía que trabajaba muy duro. La había observado durante esos dos días. Era incansable.

No paraba hasta bien entrada la noche. Era cortés y cálida tanto con los huéspedes como con el personal. De hecho, tenía una actitud de dedicación y servicio que faltaba en los hoteles Chatsfield, principalmente debido al tamaño y éxito de la cadena.

El Grupo Kennedy, en cambio, aún tenía ese toque personal. Tenía que admitir que también parecía tener mucho que ver con el encanto irlandés, había visto cómo lo usaba Orla cuando quería, como había hecho con el camarero. Era algo que les encantaba a los clientes del hotel.

No podía dejar de mirarla mientras caminaba tras ella para salir del restaurante, balanceando las caderas bajo el vestido de seda. Se fijó entonces en su delicado cuello. El moño que llevaba esa noche lo dejaba al descubierto y tuvo que contenerse para no acercarse a ella y soltarle el pelo como lo había hecho aquella noche. Le daba la impresión de que habían pasado años desde entonces. Esa noche, habían sido otras personas. Dos desconocidos, dos amantes.

La zona del vestíbulo estaba muy tranquila. Orla se acercó a recepción para hablar con el personal y darles las buenas noches. Él la esperaba al lado de los ascensores, apoyado contra la pared y con las manos en los bolsillos.

Notó que se ponía más tensa cuanto más cerca estaba de él. Entraron en el ascensor y él la miró esperando sus instrucciones. Después de un momento tenso, por fin le dijo.

–A la planta quinta, por favor.

Orla parecía más pequeña y frágil dentro de ese cubículo y no pudo evitar recordar lo que había pasado esa primera noche en el ascensor, cuando le pidió que le mostrara un pecho y ella lo hizo. Entonces, lo había dominado por completo el deseo y en esos momentos empezaba a pasarle lo mismo.

–No tienes por qué acompañarme hasta la puerta. Esto es un hotel, no un barrio peligroso –le dijo Orla como si estuviera luchando contra los mismos recuerdos.

Antonio se quedó mirándola unos segundos, no podía controlar el intenso calor que se concentraba en su entrepierna. Se fijó en su pelo brillante, esa piel tan pálida y sus bellos ojos azules. La deseaba con un hambre que nunca había experimentado. Ni siquiera después de meses de celibato en el Ejército. Siempre le había enorgullecido su capacidad para mantener el control, pero con Orla lo perdía por

completo.

–Tengo que insistir, quiero demostrarte que puedo ser un caballero –repuso él.

–Te creo, de verdad.

Se abrieron las puertas y Antonio le hizo un gesto para que saliera. Su habitación estaba al final del pasillo. Orla sacó su tarjeta electrónica y abrió la puerta. Se dio la vuelta hacia él, vio que estaba muy nerviosa.

–Bueno, gracias –murmuró con nerviosismo.

Sabía que estaba tratando de fingir despreocupación, pero a él no lo engañaba.

–¿No vas a invitarme a entrar?

–No, claro que no –replicó ella con firmeza.

No pudo evitar sonreír ante su tono.

–¿Tengo que recordarte que no tienes que fingir conmigo como si fueras una virgen escandalizada por mi proposición?

Orla abrió la boca y se sonrojó.

–Sabemos de sobra que ninguno de los dos es virgen –repuso ella.

Estaba de acuerdo con Orla. Pero, a pesar de lo que había pasado esa noche, algo le decía que no tenía tanta experiencia en ese terreno como podría parecer. Estaba a punto de admitir su derrota y dar un paso atrás cuando ella abrió más la puerta.

–De acuerdo, si te empeñas, puedes pasar, comprobar que no hay intrusos e irte –le dijo irritada.

Orla dio un paso atrás y él entró. Lo rodeó de repente un olor ligeramente exótico, era el aroma de esa mujer. Miró a su alrededor, había decorado la habitación para adaptarse a sus gustos, para tratar de crear ese hogar que tanto parecía añorar. Se le encogió el corazón.

Dominaban los tonos claros y relajantes. Había un cómodo sofá en el salón y una mesa de centro con dos sillones. Tenía un moderno televisor y un equipo de música fabuloso. Se fijó entonces en las bellas acuarelas que adornaban las paredes. Se quedó sin aliento al verlas, despertaron en su interior un eco profundo que le recordó un deseo que ya casi tenía olvidado, el deseo de encontrar la paz y su lugar en el mundo.

Todo estaba impecable, limpio y ordenado. Siguió observando la decoración, pero volvió a sentirse atraído por las acuarelas, sobre todo por una en concreto. Era un bello paisaje de un verde lugar junto al mar. Sintió entonces la presencia de Orla junto a él.

–Ese sitio se llama Slea Head y está en Kerry, cerca de donde es mi familia, al oeste de Irlanda.

No le gustaba admitirlo, pero había algo en el cuadro que consiguió conectar con él, con cómo se había sentido durante mucho tiempo. Notó que algo estaba cambiando.

Sí, quería seducir a esa mujer, a la que deseaba como no había deseado a nadie, y también quería convencerla para que firmara el acuerdo de compra y beneficiar así a su hermana. Pero algo había cambiado, era como si de repente pudiera ver dentro de su alma. Algo que lo tenía completamente confundido y desorientado.

A Orla le entraron ganas de gritar al ver cómo Antonio seguía mirando sus cuadros como si estuviera en una galería. Y seguía sin decir nada. Normalmente era un poco fanática cuando se trataba de su habitación y de su privacidad, pero algo se había derretido dentro de ella al verlo apoyado en la puerta de su suite.

Ni siquiera permitía que el personal del hotel entrara en su suite, la ordenaba y limpiaba ella misma. No quería ni pensar en que alguien pudiera tocar sus cosas cuando ella no estaba allí.

Pero la conversación que acababan de tener durante la cena había cambiado algo dentro de ella. Notaba que empezaba a aflojar sus férreas defensas con él, aunque sabía que ese hombre era peligroso para ella de muchas maneras distintas.

Se sentía completamente expuesta y vulnerable en esos momentos.

–Bueno, ya has visto que no había nadie acechando y que estoy a salvo –le dijo con firmeza.

Antonio se volvió lentamente hacia ella y la miró. Ella había dejado de respirar y sintió que la recorría una oleada de calor.

No pudo reaccionar al ver que se acercaba a ella. Levantó las manos y, sin que pudiera reaccionar o evitarlo, le deshizo el moño, dejando que pelo cayera sobre los hombros.

–¿Qué... qué estás haciendo? –le preguntó con voz temblorosa.

La mirada de Antonio era más oscura e intensa. Tenía un brillo peligroso en sus ojos.

–Estoy haciendo lo que quiero hacer –repuso con su voz profunda–. Hacerte el amor. Me has estado torturando durante días, no puedo salir de aquí sin volver a tocarte y... –añadió con emoción–. Pero, si no quieres que ocurra, dilo ahora, Orla. Es tu única oportunidad.

Orla tragó saliva. Le temblaba todo el cuerpo, pero le costaba dar su brazo a torcer. Sabía que, si dejaba que aquello pasara, todo iba a cambiar. No tenía nada que ver con la locura de la primera noche, sino que sería la consecuencia de una decisión tomada en plenas facultades y sabiendo quién era él. No quería ni pensar en ello y sacudió la cabeza.

–No –susurró con poca convicción–. No quiero esto, no...

Antonio apretó los labios y frunció el ceño, notó cómo se separaba emocionalmente de ella, cómo se apartaba. Ya podía imaginar lo dura que iba a ser la reunión del día siguiente porque sabía que la esperaba

una noche de insomnio por culpa de esa decisión.

Sin decir nada, Antonio dio un paso atrás. Después se dio la vuelta y Orla sintió que algo dentro de ella despertaba, algo salvaje y visceral. Lamentaba haberle contestado como lo había hecho, sabía que era una equivocación, pero no podía ignorar lo que sentía. Él estaba casi en la puerta cuando por fin pudo hablar.

–¡Espera!

Capítulo 6

Antonio se detuvo y ella sintió un gran alivio. No se volvió para mirarla y se quedó inmóvil un segundo. Sabía que era un momento trascendental, en el que estaba dando un paso importantísimo, un momento que lo iba a cambiar todo. Pero no podía evitarlo, necesitaba a ese hombre como el respirar.

–Espera –le dijo con más firmeza–. No quiero que te vayas. Quédate.

Antonio se volvió entonces y se quedó sin aliento, pero sabía que había hecho lo correcto.

La miraba con un deseo y un hambre salvajes y ella se estremeció.

–Ven aquí –le ordenó él.

No se paró a pensar, se limitó a hacer lo que su cuerpo quería, lo que ella deseaba a ciegas.

Fue hacia él y se fundieron en un abrazo. Antes de que pudiera entender lo que pasaba, rodeaba el cuello de ese hombre con los brazos.

Se besaron de manera tan desesperada como apasionada, separó los labios para profundizar más en el beso, para que sus lenguas también pudieran participar de tanta pasión. Era como si los dos lo necesitaran para vivir, como si les fuera la vida en ese beso.

Un par de minutos después, Antonio se separó de ella para mirarla a los ojos.

–Dormitorio... –susurró.

–Allí, la puerta de la izquierda –le dijo mientras señalaba con la mano.

En cuanto las palabras salieron de sus labios, Antonio la levantó en sus brazos y la llevó al dormitorio. Como le había pasado la primera vez, le excitaba ese alarde de masculinidad que parecía más propio de un hombre de las cavernas que de un caballero. Iba en contra de sus valores feministas, pero creía que en esas circunstancias todo valía.

Antonio se detuvo junto a la cama y, lentamente, dejó que Orla plantara de nuevo los pies en el suelo. Sin apartar los ojos de él, se quitó los zapatos y los dejó caer. Vio que trataba de desabrocharle los pequeños botones de la parte delantera del vestido con bastante torpeza y decidió ayudarlo.

–Deja que lo haga yo –le dijo.

También a ella le temblaban las manos, pero tuvo un poco más de suerte.

Antonio la miró y tomó su cara entre las manos, murmuró algo en francés que no entendió y le levantó levemente la cabeza hacia él para besarla nuevo. Lo hacía como si no pudiera evitarlo, como si el deseo pudiera más que él.

Ella deslizó las manos entre los dos y comenzó a desabrochar los botones de su camisa. Cuando por fin la abrió, se estremeció al acariciar de nuevo su poderoso torso. Podía sentir lo excitada que estaba, la cálida humedad que se acumulaba en su sexo. Antonio también estaba tratando de desnudarla, tirando hacia arriba del vestido. No tardó en sentir su mano en la ropa interior y se quedó sin aliento cuando la deslizó bajo la tela de sus braguitas. Comenzó a acariciar sus nalgas como si no pudiera contenerse, presionando su cuerpo contra el de él. No pudo evitar gemir de placer y fue más difícil aún contenerse cuando él comenzó a explorar esa zona de su anatomía, buscando sus secretos más profundos, el centro de su placer.

Seguían besándose y le faltaba el aliento, pero no podía dejar de gemir. Era maravilloso sentir sus íntimas caricias y el placer que le estaba dando con sus hábiles dedos.

Después de unos minutos así, tuvo que apartarse de él y se miró en sus ojos oscuros. No terminaba de entender la fuerza de su deseo.

–Te necesito. Ahora –le susurró Antonio.

Su cuerpo respondió a esas palabras como si acabara de prenderle fuego a su interior. Con la camisa entreabierta, Antonio se quitó rápidamente los pantalones y su ropa interior con un solo movimiento. No pudo evitar bajar la mirada y se quedó sin aliento al ver lo excitado que estaba. Ya le había parecido enorme en todos los sentidos la otra noche, pero le dio la impresión en ese instante de que sus recuerdos no le habían hecho justicia.

No perdió el tiempo. Antonio terminó de subirle el vestido para quitarle las braguitas. A ella le temblaban tanto las piernas que se dejó caer en la cama.

Se quedó inmóvil al ver que se apartaba de la cama e iba a sentarse en el sillón que tenía en su dormitorio. Se apoyó sobre los codos para observar a ese hombre con aspecto de poderoso guerrero. Vio que se estaba poniendo un preservativo. No podía dejar de temblar.

–Ven aquí, Orla –le pidió cuando terminó.

Aunque seguía temblando, se las arregló para levantarse. Seguía con el vestido, Antonio no había sido capaz de desabrocharle los botones de la parte delantera y ella tampoco había podido terminar de hacerlo.

Se acercó a él y Antonio la agarró por la cintura, acercándola a su cuerpo hasta sentarla a horcajadas sobre él. Se quedó sin aliento al sentir su imponente erección entre los dos.

Trató de desabotonarle de nuevo el vestido, pero no pudo. Con un

gruñido de frustración, agarró la tela y abrió el escote tirando de ella, los pequeños botones volaron por los aires.

Le sorprendió ver que no estaba enfadada, su impaciencia estaba consiguiendo excitarla más aún.

–Te compraré otro, te lo prometo –le susurró Antonio mientras le bajaba el vestido y llevaba las manos a su espalda para desabrocharle el sujetador.

Sus brazos seguían ligeramente constreñidos por las mangas del vestido y eso no hacía sino intensificar las sensaciones en el resto de su cuerpo.

Antonio le bajo el sujetador, liberando sus pechos, y le faltó tiempo para tomarlos en sus manos, acariciando con los pulgares sus erectos pezones.

Orla echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Era una sensación deliciosa. Sin casi darse cuenta de lo que hacía, había empezado a moverse contra él, arriba y abajo, buscando una conexión más profunda entre sus cuerpos. Pudo sentir su erección deslizándose de manera muy tentadora contra ella.

Se movió un poco, lo necesario para tenerlo justo a la entrada de su sexo. Se quedó entonces muy quieta, suspendida sobre él. Le dolían los músculos de los muslos con la tensión.

Levantó la cabeza y lo miró a los ojos. Antonio dejó de acariciar sus pechos para sujetarla por la cintura, manteniéndola así inmóvil, lista para que él se hundiera en su interior.

Se moría de ganas, todo su cuerpo esperaba ese momento con ansia.

No la hizo esperar mucho. Mientras la atraía contra sus caderas para hundir su firme erección dentro de ella, se inclinó hacia adelante y atrapó uno de sus pechos entre los labios, succionando con fuerza.

Orla llevó las manos a la cabeza de Antonio y apenas pudo ahogar un grito al sentir cómo la llenaba por completo.

No podía creer que estuviera de nuevo con él. Ese momento era mucho más intenso y perfecto que cualquiera de las muchas fantasías que había tenido desde la primera vez.

Con la boca de él en su pecho y su cuerpo incrustado dentro de ella, sintió que el placer iba en aumento, que comenzaba a deshacerse por dentro, pero Antonio tenía otros planes para ella. Dejó de besar su pecho para mirarla a los ojos y marcar un nuevo ritmo mientras la sujetaba por la cintura. Consiguió que los temblores que había comenzado a sentir remitieran un poco.

Ella necesitaba moverse, dar rienda suelta a los impulsos de su cuerpo. Era una intensa batalla de voluntades entre los dos. Tenían las caras sonrojadas y la respiración muy acelerada. Apoyó una mano en el alto respaldo del sillón, detrás de la cabeza de él, tenía que aferrarse a algo.

Se movía en perfecta sincronía con Antonio y la sensación era increíble, no había vivido nada más exquisito.

Antonio se inclinó de nuevo hacia delante y atrapó entre los labios su otro pecho, mordiendo suavemente su pezón. Tenía ganas de gritar, sus movimientos se hicieron cada vez más desesperados y frenéticos. Se agarró con más fuerza al respaldo del sillón.

Él echó la cabeza hacia atrás y la penetró con más fuerza aún, estaba tan dentro de ella, en un lugar tan profundo que se sentía llena por completo.

No podía ver ni pensar. Todo giraba en una espiral a su alrededor. No podía aguantar más. Ya sentía una serie de pequeños orgasmos que la sacudían sin piedad. Estaba casi llorando.

Antonio agarró con más fuerza su pecho, pellizcando su pezón.

–Déjate llevar –le susurró él.

Orla no podía dejar de jadear y permitió por fin que el exquisito placer que estaba sintiendo la llevara de manera vertiginosa a lo más alto. Su cuerpo se convulsionó con fuerza y gritó desesperada al mismo tiempo que él llegaba a su clímax.

Tardó tiempo en recobrar el aliento. Se sentía aturdida. Su cuerpo aún temblaba. Era increíble. Una parte de ella se preguntó cómo sería sentir a Antonio derramando su semilla dentro de ella, sin barreras que los separaran. Pero no podía pensar en eso en esos momentos, no podía pensar en nada. Era como si se le hubiera derretido el cerebro.

No tardó en desplomarse por fin, apoyando la cabeza en el torso de Antonio, que la abrazó con ternura. Era increíble estar así con él, relajada contra su piel húmeda y caliente. Sus cuerpos aún estaban íntimamente unidos y Orla, que habría rechazado compartir tanta intimidad con otra persona, disfrutó de ese momento más de lo que habría creído posible. Nunca se había sentido tan segura ni tan satisfecha como en ese instante.

Unos minutos después, notó que Antonio se movía, pero estaba demasiado adormecida para ayudarlo. Notó que se ponía en pie y la llevaba en brazos hasta la cama.

La tumbó allí y terminó de quitarle el vestido, que estaba medio roto, y el sujetador.

Ella abrió los ojos soñolientos y, al verlo sobre ella, sintió que su cuerpo volvía a estremecerse de deseo. Nunca habría podido imaginar que era posible, pero le estaba pasando.

Antonio se tumbó a su lado y apoyó una mano en su estómago.

Fue subiéndola después hasta tocar su pecho. Las caricias estaban consiguiendo despertarla una vez más. Le parecía increíble que pudiera conseguir tanto con tan poco.

Cuando se inclinó hacia ella para besarla, Orla rodeó su cuello con los brazos y apretó su cuerpo contra el de él, que también estaba muy

excitado. Ninguno de los dos podía esconder cuánto seguían deseándose.

–¿Qué es lo que estás haciendo conmigo? –le preguntó Antonio separándose unos centímetros de ella para mirarla a los ojos.

La verdad era que no lo sabía. Ella podría haberle hecho la misma pregunta. Y no estaba lista para tratar de analizar lo que le pasaba con ese hombre, por eso prefirió esconderse tras el humor.

–¡Menos palabras y más acción, Chatsfield! –exclamó sonriendo.

Volvieron a besarse y ella trató de no pensar y limitarse a sentir.

Horas más tarde, Orla se despertó y se encontró acurrucada contra el fuerte torso de Antonio y con los brazos envueltos a su alrededor. Avergonzada, trató de apartarse pero sintió que él, que tenía un brazo sobre su cintura, la agarraba con más fuerza.

–¿Adónde crees que vas? –le susurró Antonio.

El corazón comenzó a latirle con fuerza.

–A ninguna parte –respondió ella tratando de relajarse.

Pero no podía hacerlo, no cuando sus cuerpos estaban desnudos y tan cerca. Mil sensaciones recorrían su piel.

Colocó la mejilla en su torso y tuvo que cerrar los ojos un segundo para tratar de controlar la emoción que la recorrió en ese instante. Una tenue luz comenzaba a filtrarse entre las cortinas. Ya empezaba a amanecer. Notaba que algo estaba cambiando en su interior y no podía detenerlo. Era un cambio que había empezado durante la cena y seguido después.

–Pensé que estabas durmiendo –le dijo ella.

No lo vio, pero le pareció que Antonio negaba con la cabeza.

–Llevo años sin dormir bien –susurró él.

–¿Desde la Legión? –le preguntó.

Una vez más, le pareció sentir que movía la cabeza, esa vez para asentir.

–¿Cómo fue formar parte de ese cuerpo?

Se quedó en silencio y lamentó haberle preguntado.

–No pasa nada si no quieres...

Pero Antonio la interrumpió.

–Fue lo más difícil que he hecho nunca, pero también muy intenso, emocionante y liberador.

–¿Por qué fue liberador?

Antonio suspiró.

–Porque, por primera vez en mi vida, no era un Chatsfield. No tenía que enfrentarme a los prejuicios ni a la idea que la gente tiene de mí antes de conocerme. Era simplemente Marco Rossi.

Levantó la cabeza para mirarlo a los ojos y apoyó la barbilla en las

manos.

–¿Rossi?

–Sí, era el apellido de soltera de mi madre.

–Sería muy difícil alejarte y dejar a tu familia, ¿no? Sobre todo a tu hermana…

Antonio tardó un minuto en contestar. Se le hizo tan largo su silencio que llegó a pensar que no iba a responderle.

–Lo fue –reconoció Antonio–. Pero fue Lucilla la que me dijo que me fuera. Sabía que necesitaba escapar o acabaría ahogándome aquí. Y, tal y como mi progenitor ya me había recordado, yo no era el padre de mis hermanos.

Se le encogió el corazón ante la amargura que distinguió en su voz.

–Tu hermana y tú no deberíais haber tenido que haceros cargo de los pequeños, erais muy jóvenes… –le susurró ella.

–Sí, pero no teníamos otra opción. Teníamos una hermanita recién nacida, había que mantener la calma y tratar de ser una familia normal, estable. Al menos mis hermanos estaban casi todo el tiempo en el colegio y no nos faltaba dinero.

A Antonio le costaba creer que pudiera estar hablando de todo eso con Orla. No lo hacía nunca. Pero tenía que reconocer que ella era distinta, que había algo diferente en las preguntas que ella le hacía. Otras mujeres le habían pedido que les hablara de su pasado en la Legión porque les gustaba oír historias llenas de glamour y peligro. Pero sabía que ella solo quería saber la verdad. Sintió que acariciaba una de las marcas circulares que tenía en el torso y se puso tenso. Sabía que le iba a preguntar sobre ellas.

Pero no lo hizo.

–Ese tatuaje del brazo, ¿es un escudo de armas?

Antonio se relajó de nuevo.

–Sí, es el escudo de la Legión –le contestó sonriendo–. Me lo hice durante mi primer permiso en un estudio de tatuajes en Marsella. No me preguntes por qué, estaba muy borracho esa noche.

Era increíble estar así con ella. Aunque estaba tumbado, tenía la extraña sensación de estar perdiendo el equilibrio. Abrazó a Orla y se giró hasta que quedó completamente tumbada sobre él, con los pechos aplastados contra su torso.

Sintió que cambiaba el ritmo de su respiración y comenzó a acariciarle la sedosa espalda, desde los hombros hasta las nalgas. Su deseo no había tardado en despertar y sabía que Orla ya se había dado cuenta. No necesitó que le dijera nada.

Orla lo besó con tanta dulzura que sintió que se le encogía el corazón, pero, pocos segundos después, se convirtió en algo mucho

más apasionado y carnal.

Sus cuerpos comenzaron a moverse al unísono, buscando más y más. Ya no pudo pensar en nada, se limitó a dejarse llevar por el deseo y tratar de aliviar la urgencia que sentía. Prefería no hacerse preguntas de difícil respuesta y no tratar de analizar por qué le daba la impresión de que empezaban a tener una conexión especial.

Al día siguiente, Orla se sintió física y emocionalmente agotada después de lo que había sucedido la noche anterior y también esa madrugada. Aún le temblaban las piernas y algunas zonas de su cuerpo estaban especialmente sensibles, pero no era un dolor desagradable, todo lo contrario.

Con esas sensaciones podía vivir, lo más complicado era tratar de analizar qué era lo que había cambiado entre los dos porque sabía que su relación era distinta, de eso estaba segura.

No podía concentrarse en el trabajo. Quería tomarse el día libre y dedicarse a pensar en él, en lo que Antonio le había contado sobre su vida y su pasado. Tenía que reconocer que estaba olvidando quién era y por qué estaba allí. Sabía que era peligroso, pero no podía evitarlo.

Se le pasó por la cabeza que pudiera estar jugando con ella, tratando de distraerla y seducirla para neutralizarla en la sala de conferencias...

Notó en ese instante una gran actividad a las puertas del hotel que distrajo su atención mientras cruzaba el vestíbulo. Vio entonces a su madre que iba desde el mostrador de recepción a la puerta para saludar a lo que parecía un ejército de glamurosas damas. Sintió que se le caía el alma a los pies.

«No, Mamá, por favor, hoy no...», suspiró en silencio.

Antonio observó la interacción entre Orla y su madre. Al parecer, había regresado a Londres un día antes que su marido, que aún estaba finalizando su viaje de negocios en el Sudeste Asiático. Le bastó con mirarla para ver de quién había heredado Orla su belleza. Su madre era elegante, alta, delgada. También era pelirroja, pero el tono de su cabello se había decolorado ligeramente con la edad. No vio más similitudes. Parecía una mujer soberbia y vanidosa.

Miró entonces a Orla, parecía estar muy tensa. Desde donde estaba sentado en el vestíbulo, podía oír parte de la conversación que estaban teniendo.

–Mamá, no puedes invitar a veinte de amigas a tomar el té. Vais a llenar la zona de recepción y ya sabes cómo se ponen después de unas copas...

–Tonterías, cariño –repuso su madre–. Es el cumpleaños de Tilly y, si tu padre estuviera aquí, nunca me diría que no. De todos modos, ya es demasiado tarde. Están aquí y no puedo decirles que se vayan.

Antonio miró entonces a Orla. No le costó entender la dinámica que parecía haber en su familia. Un grupo de elegantes mujeres abarrotaban el vestíbulo, saludándose entre ellas, charlando y riendo. Orla parecía muy frustrada. Tal y como había temido, esas mujeres estaban formando un gran jaleo en el vestíbulo.

Vio que algunos huéspedes del hotel, molestos con el ruido, se empezaban a levantar de sus sillones para irse mientras fulminaban al grupo de mujeres con la mirada. Después de ver lo mucho que trabajaba Orla por el bien de sus hoteles y por mantener su prestigio, no le extrañó que estuviera enfadada.

Orla se dio cuenta entonces de que Antonio la observaba y vio que palidecía aún más. Pero, poco después, apareció el color en sus mejillas. No la había visto desde esa mañana, cuando habían hecho de nuevo el amor mientras amanecía. Había salido de su suite sin despedirse, aprovechando que ella se había estado duchando. Después de desnudar su alma como no lo había hecho con nadie, solo con su psicólogo, se había sentido muy confuso.

Le hizo un gesto para que se le acercara. No entendía lo que le estaba pasando, pero le bastaba con verla para que su cuerpo despertara. Era como si hubiera vuelto a la adolescencia.

Orla caminó hacia él. Se había puesto una blusa de seda de color crema y una falda lápiz en un tono un poco más oscuro. Se había vuelto a recoger su maravillosa melena en un moño.

No le gustaba verla así, vestida de una manera tan sobria y formal. Deseaba verla fuera de ese entorno y poder tenerla en su cama, desnuda y a su lado durante horas. O incluso durante días. Se le ocurrió de repente una idea.

Orla llegó a su lado y se sentó junto a él.

Se les acercó casi de inmediato un empleado para ver si necesitaban algo. Ella pidió una taza té y él, un café. Desde donde estaban, podían oír los gritos y risas del grupo de amigas de su madre y vio que Orla hacia una mueca.

–No estaría tan mal si pudiera convencerla para que se las lleve a una sala privada, pero no quiere ni oír hablar de ello. Le encanta presumir de hotel con sus amigas –le explicó Orla.

Trató de que no le afectara ver lo mucho que esa situación le dolía a esa mujer y lamentó entonces haberse vuelto a acostar con ella. Pero, por otro lado, sentía que no había tenido ningún control sobre lo que había pasado, creía que no habría podido evitarlo.

Tomó de repente una decisión, le dijo a Orla que la disculpara unos minutos y se alejó de donde estaba mientras sacaba su teléfono para

hacer una llamada. Después, fue directamente hacia donde estaba sentada la madre de Orla.

Orla se quedó mirando a Antonio y contuvo la respiración al ver que se acercaba a su madre y se inclinaba para hablar con ella. Sabía que Marianne Kennedy lo conocía y vio que lo saludaba con frialdad. Pero, pocos segundos después, su expresión fue suavizándose y le sonrió. No pudo evitar sentir un nudo en el estómago, casi como si estuviera celosa de su propia madre.

Estaba tan nerviosa que se puso de pie. Antonio no tardó en ir hacia donde estaba Orla con una expresión muy enigmática en su cara. Y se quedó aún más perpleja al ver que pasaba de lado e iba a la entrada del hotel, a donde estaba llegando en esos momentos un autocar de lujo.

Se le acercó deprisa su madre con una gran sonrisa.

–¡Orla, querida, el señor Chatsfield nos ha invitado a una merienda con champán en su hotel para celebrar el cumpleaños de Tilly! Es lo menos que puede hacer, la verdad, dadas las circunstancias... –exclamó con entusiasmo antes de alejarse para volver con sus amigas.

Se quedó boquiabierta. Estaba demasiado aturdida para reaccionar y tuvo que volver a sentarse. Vio cómo salían todas del hotel Kennedy y se subían en el autocar.

Y la paz se hizo de nuevo en el vestíbulo.

Antonio regresó y sentó. Se puso a beber su café como si nada hubiera sucedido. Ella lo miró con el ceño fruncido.

–¿Por qué me miras así? Tu madre te estaba causando estrés, así que me he librado de ella.

Abrió la boca, pero volvió a cerrarla. No sabía qué decirle. Era la primera vez que alguien hacía algo así por ella.

–Y tómate el té antes de que se te enfríe.

Orla sacudió la cabeza lentamente.

–No me puedo creer lo que acabas de hacer.

–¿Cuándo vuelve tu padre?

–La semana que viene. La venta del hotel de Bangkok está complicándose más de lo que esperaba, pero no pienso acudir en su ayuda.

–Tú le aconsejaste que no invirtiera en esa zona, ¿verdad?

Orla palideció al oírlo.

–¿Por qué lo hizo? ¿Fue un antojo de tu madre para impresionar a sus amigas con sus hoteles en el Lejano Oriente?

–No es asunto tuyo por qué tomamos las decisiones que tomamos –repuso apartando la vista.

–Pero en realidad tú no participaste en esa decisión, ¿no? La tomó tu padre influenciado por su mujer. Acabo de hablar con ella, Orla. Lo único que tiene en la cabeza es...

–Mi madre no es superficial –lo interrumpió ella con fuerza–. Bueno… Supongo que eso es lo que ibas a decir. Los comienzos fueron muy duros, ayudó a mi padre a construir todo esto. Pero ella venía de una familia acomodada y no estaba acostumbrada a vivir con estrecheces –le explicó–. Quiere mucho a mi padre y él la adora.

Se detuvo un segundo. Se dio cuenta de que tenía que explicarse mejor porque le había contado más de lo que debía y no quería que Antonio se hiciera una idea equivocada.

–Mi padre sabía de sobra a lo que estaba acostumbrada mi madre y, cuando nos empezó a ir bien, le dijo que ya no tenía que seguir trabajando –le contó ella–. Él es en parte culpable de la clase de persona en la que se ha convertido mi madre, que se dejó seducir por la riqueza, todo lo que podía comprar y la influencia que ha tenido siempre sobre él. Pero sé que está muy asustada viendo lo que está a punto de pasar, aunque nunca lo admitiría. Por eso se comporta como si no pasara nada.

–Y tú has tenido que ocupar el vacío que dejó ella –repuso Antonio con gesto pensativo–. Quieres salvar los hoteles, ¿no? ¿Encontrar la manera de hacerlo?

–Por supuesto, estos hoteles son el legado de nuestra familia. Mi padre trabajó muy duro para conseguir llegar donde llegó y me duele ver que lo va a perder todo. El hecho de que sobreviva el nombre de los hoteles es poco consuelo porque sabemos que no van a seguir siendo nuestros.

Apretó los labios, molesta consigo misma por estar contándole tanto, mostrándose tan vulnerable y expuesta. Le había pasado lo mismo en la cama.

–Pero para tu padre es suficiente, ¿no? ¿Has hablado con él acerca de otras maneras de tratar de salvar el negocio?

Le estaba costando mantener a raya sus emociones. Tomó otro sorbo de té antes de hablar.

–Sí, pero ya no quiere oír hablar del asunto. Piensa que, si al menos podemos salvar el nombre de tantos hoteles como sea posible, sentirá que no ha fracasado por completo –le explicó ella con voz temblorosa–. Pero sé que podríamos continuar con este hotel y los de Dublín y Nueva York si consintiera en vender todos los demás.

–Un plan muy ambicioso –comentó Antonio.

–Sí, pero podríamos hacerlo si mi padre quisiera. Solo tendríamos que encontrar un socio interesado en invertir en el negocio, pero es tan terco… Quiere conservar tantos hoteles como pueda o ninguno.

No podía mirarlo a los ojos. Creía que ya había ido demasiado lejos admitiendo ante él su derrota. Era muy duro. Sobre todo después de la noche anterior, cuando todavía se sentía abrumada por lo que habían compartido y las emociones que luchaban en su interior.

Lo miró un par de minutos más tarde, consciente de lo mucho que le había revelado.

–¿Por qué me haces todas estas preguntas, Antonio? No eres nuestro aliado, no te importa lo que nos pase. Solo quieres conseguir el acuerdo para que tu hermana esté contenta.

Vio que sus palabras le habían afectado.

–Nunca he pretendido ser un aliado, pero no puedes negar que las cosas han cambiado. Al menos entre nosotros.

–No, no puedo negarlo. Pero no deberíamos haber dejado que ocurriera. Es muy mala idea.

–Pero era inevitable. Si no hubiera sucedido esa primera noche, habría ocurrido después, Orla.

Se quedó unos segundos sin aliento. Y se sintió aún más abrumada cuando Antonio se inclinó hacia ella. Tuvo que contenerse para no apartarse instintivamente de él.

–Tengo una propuesta que hacerte –le dijo de repente Antonio.

Sintió que se le detenía el corazón. No podía creer que él fuera a... No iba a ofrecerle...

–Vente conmigo.

Capítulo 7

Orla lo miró con el ceño fruncido. Durante un segundo de locura, se le pasó por la cabeza que Antonio podría estar a punto de ofrecerse como inversor para tratar de salvar los hoteles más importantes del Grupo Kennedy.

No entendía por qué se hacía ilusiones. Antonio tenía el único objetivo de conseguir el acuerdo, lo que le había pedido su hermana. Sabía que ella no significaba nada para él.

–¿Que me vaya contigo a dónde? –le preguntó cuando recordó lo que le había dicho.

–Tengo una casa en el sur de Francia, cerca de Saint-Raphaël. La compré cuando estaba en la Legión. Era donde me alojaba cuando estaba de permiso.

–Pero, ¿por qué quieres que vaya contigo? –le preguntó con el corazón a mil por hora.

–Porque te deseo y tú a mí. Puede que todo lo que necesitemos sea pasar unos cuantos días juntos y solos para poder librarnos por fin de ese deseo.

Le pareció un razonamiento bastante frío y, aunque no sabía muy bien por qué, no le gustó tampoco que quisiera deshacerse de ese deseo que los consumía. Frunció el ceño y se puso de pie. Sentía que tenía que protegerse y pensar en sí misma.

–Gracias, pero no. Tengo mucho trabajo. Por si no lo sabías, estamos en pleno proceso de venta de la empresa. Lo de anoche fue un error que no pienso repetir.

Estaba a punto de alejarse de él cuando Antonio agarró su mano. Lo miró de mala gana, consciente de que estaban en el vestíbulo, rodeados de su personal y de algunos huéspedes.

–El caso es que no podemos estar en la misma sala sin que el deseo nos domine a los dos –le dijo Antonio con firmeza–. Negar eso es negar lo evidente.

Orla lo miró fijamente durante unos segundos. Se sentía atrapada y algo mareada.

Le costó, pero consiguió soltarse y apartarse de él.

Fue deprisa hacia los ascensores. Al pasar al lado del mostrador de recepción, se cruzó con un camarero que llevaba una bandeja llena de copas y botellas vacías de champán. Era lo que habían dejado atrás las amigas de su madre antes de irse al hotel Chatsfield.

Recordó cómo Antonio se había hecho cargo de esa situación. Lo había hecho por ella, para tratar de quitarle una preocupación de encima. Odiaba admitirlo, pero le había encantado que lo hiciera, no estaba acostumbrada a ese tipo de atención.

Se había dedicado por entero a su trabajo y para ello había tenido que sacrificar casi todos sus sueños. Las relaciones habían quedado relegadas a un segundo plano. Trabajaba durante los fines de semanas, durante las fiestas... Nunca se tomaba vacaciones.

Algo se rebeló dentro de ella en ese momento. Estaba furiosa, como si todo lo que hubiera sacrificado no hubiera servido para nada, como si no se sintiera valorada.

Se dio la vuelta y vio que Antonio estaba detrás de ella, a pocos metros de distancia, y la miraba con esos ojos cargados de deseo. No pudo evitar estremecerse.

Él le había recordado lo que ya sabía, que no podían estar cerca el uno del otro sin que el deseo los dominara por completo. Era evidente. Le estaba pasando en ese preciso instante.

Era como si Antonio tuviera la capacidad de inundar sus sentidos y, lo que era aún más peligroso, estaba empezando a afectarle emocionalmente y a derrumbar las paredes que había construido alrededor de sí misma, las que había necesitado levantar para poder concentrarse solo en el trabajo y en nada más. Ese hombre hacía que olvidara lo demás, le hacía desear más de lo que podía tener, como esa casa con la que siempre había soñado.

La idea de dejar todo aquello atrás y hacer algo solo para ella, por primera vez en su vida, era tan embriagadora que se sentía casi mareada. Se estaba planteando huir con el que era en esos momentos su enemigo número uno, creía que no podía hacer nada más rebelde.

Se acercó a Antonio con piernas temblorosas. Él no dejaba de mirarla, dándole seguridad a cada paso. Sabía que la deseaba y era una sensación increíble, hacía que se sintiera poderosa. Y tenía que reconocer que también ella lo deseaba.

Se detuvo frente a él y lo miró a los ojos.

–He cambiado de opinión –le anunció con más seguridad–. ¿Cuándo podemos irnos?

Se estremeció al ver cómo le brillaban los ojos. Le dedicó una sonrisa misteriosa y embriagadora. No era un gesto triunfalista y eso le gustó.

–En cuanto hagas las maletas.

Salieron de camino a un aeropuerto privado antes de que Orla tuviera tiempo para entender la temeridad de sus acciones. En cuanto tomó la decisión, Antonio se había encargado de que diera todos los

pasos necesarios antes de irse y de que no tuviera tiempo para cambiar de opinión. Había estado con ella mientras hablaba con uno de los directivos del hotel, el que iba a tener las riendas durante su ausencia.

Después, la había acompañado hasta su suite y la había besado apasionadamente, como si quisiera asegurarse de que Orla no olvidara por qué estaban a punto de irse de allí.

Habían quedado en reunirse ya en el aeropuerto. Antonio tenía que hacer también su maleta y pasarse por el hotel Chatsfield antes de salir de viaje. Supuso que también él tenía que encargarse de algunos asuntos antes de poder ausentarse durante unos días.

Había sido excitante volver a su dormitorio, donde habían compartido una noche de tanta pasión, y hacer la maleta, metiendo apresuradamente en ella solo lo más esencial y la ropa más cómoda que tenía. El tipo de ropa que se había comprado para los fines de semana, pero que casi nunca se ponía porque siempre terminaba trabajando también sábados y domingos.

Apenas podía controlar la emoción que sentía mientras cruzaba Londres en el coche que Antonio había enviado para recogerla. Esa aventura era lo más temerario que había hecho en su vida. Aparte de aquel primer encuentro sexual con él.

Recordó cómo la había mirado su abogado cuando le contó sus planes.

–Estaré unos días fuera, Tom. El señor Chatsfield ya ha visto todo lo que necesitaba ver –le había dicho ella–. Y yo necesito un poco de tiempo para reflexionar sobre nuestra estrategia.

No había podido evitar sonrojarse al decírselo, sabiendo que ese análisis estratégico iba a tener lugar en la cama de Antonio.

–Bueno, esto me parece muy poco ortodoxo, Orla. ¿Qué voy a decirle a tu padre? –le había preguntado su abogado.

–Dile que las negociaciones van bien, exactamente como él quería.

Sabía que, por mucho que se empeñara, su padre no iba a cambiar de opinión y que los Chatsfield terminarían comprando el Grupo Kennedy tal y como estaba estipulado en el contrato. Pero no quería pensar en eso.

Se sentía muy aliviada en esos momentos, como si le hubieran quitado un peso de los hombros. Se dio cuenta de que llevaba demasiado tiempo sintiéndose atada al negocio familiar.

Por primera vez en su vida, estaba dejando de lado su estricto código de conducta y no pensaba dudar de sus decisiones. Sobre todo cuando se acercaron por fin al avión privado y vio que la esperaba junto a la escalerilla Antonio Chatsfield. Entonces ya no pudo pensar en nada más.

Antonio observó cómo un coche se acercaba por el hangar y distinguió la silueta de Orla en la parte de atrás. Su pulso se aceleró al instante y sintió una oleada de deseo recorriendo su cuerpo y centrándose en su entrepierna. Una vez más, su cuerpo lo traicionaba.

Le había dicho que quería que se fueran juntos unos días para dar rienda suelta al deseo que sentían y con la esperanza de que acabaran agotándolo. Sabía que a Orla no le había gustado su excusa para invitarla, no había sido una proposición demasiado romántica. Pero la verdad era que sus motivos para pedirle que se fuera con él eran mucho más complejos.

Era la primera vez que iba a su casa de Francia con alguien. Ni siquiera su familia sabía que tenía esa propiedad. Era el lugar donde había ido a refugiarse para combatir los demonios que se habían instalado en su mente después de su paso por la Legión y el sitio donde por fin había conseguido recuperarse. Si no del todo, al menos había logrado comenzar el proceso de curación.

No se arrepentía de haberla invitado, la necesitaba. No tenía miedo de que Orla se hiciera una idea equivocada de lo que significaba ese viaje porque nunca había conocido a una mujer más centrada en su carrera profesional que ella. Aparte de su hermana.

Pensó entonces en Lucilla, no había querido darle muchos detalles, se había limitado a mandarle un correo electrónico en el que le decía que iba a estar ausente unos días para encargarse de algunos asuntos personales. Y era la verdad. Se trataba de un asunto muy personal.

Frunció el ceño mientras observaba cómo se detenía el coche de Orla. Su hermana no había tardado en responderle, pero le había parecido que estaba algo distraída. No había mostrado apenas interés en saber cómo iban las negociaciones con el Grupo Kennedy. Recordó entonces que ella había mencionado algo sobre un viaje que iba a hacer ella también. Había estado tan concentrado en no contarle demasiado que había olvidado ese detalle hasta ese momento.

Pero entonces se abrió la puerta del coche y se olvidó de todo.

Había sido increíble cuando Orla se había detenido en medio del vestíbulo para volverse hacia él. Le habían entrado ganas de celebrar su victoria, pero afortunadamente, había logrado mantener la compostura.

Cuando salió del coche y vio que llevaba suelta su roja melena, se quedó sin aliento. No era una sensación triunfalista, era algo mucho más profundo e inquietante que no quería analizar. Recordó entonces lo vulnerable que le había parecido Orla cuando le admitió cuánto le dolía perder los hoteles y sus intentos por convencer a su padre para que tuviera en cuenta su plan.

También le había conmovido oírla defender a su madre y recordó

cómo se sentía él cuando veía en las revistas del corazón titulares escandalosos sobre sus propios hermanos.

Pero dejó de pensar en lo complejas que eran sus familias cuando Orla se le acercó y le dio la mano. La apretó con fuerza.

Sonrió mientras la miraba de arriba abajo. Llevaba pantalones vaqueros, una blusa sin mangas de color lila y unas zapatillas de loneta.

–¡Pero bueno, señorita Kennedy! Pensaba que a lo mejor tenía alergia a los pantalones vaqueros.

Orla frunció el ceño y le soltó la mano libre, pero no estaba enfadada, le brillaban los ojos. Unos ojos que conseguían hipnotizarlo.

–Un comentario jocoso más, señor Chatsfield, y tendrá que entretenerse solo en su casa de Francia –repuso ella fingiendo estar muy ofendida.

Antonio tomó de nuevo su mano y la miró a los ojos.

–De eso nada –le dijo con seriedad–. No voy a dejar que te escapes.

Tiró de ella y fueron hacia el avión, donde los esperaban un par de funcionarios para comprobar sus pasaportes. Después, le hizo un gesto para que subiera la escalerilla delante de él y tuvo que contener sus manos para mantenerlas lejos de su trasero redondo y respingón. Sabía que tendrían tiempo para eso más tarde. Todo el tiempo del mundo. Y, después, cuando se libraran de esa intensa atracción que sentían el uno por el otro, podrían seguir adelante con sus vidas.

–Vaya...

Fue todo lo que pudo murmurar Orla cuando salió del todoterreno de Antonio y vio la propiedad que se extendía delante ella. Era un lugar idílico.

Habían hecho un largo viaje en coche, la última parte ya dentro de un bosque. El mar estaba muy cerca y hacía un día maravilloso.

Y la casa consiguió despertar algo dentro de ella, ese deseo que siempre había tenido de vivir en un hogar. Era una villa casi palaciega, con tres plantas, un montón de ventanas y una enorme doble puerta de entrada con escalones de piedra. La fachada era de piedra y la cubierta, de tejas de barro cocido. Todo en un estilo típicamente rural francés.

–Vamos, voy a enseñártelo todo –le dijo Antonio mientras tomaba su mano.

Le pareció que había algo de emoción en su voz, pero no se atrevía a mirarlo. Temía que él pudiera ver en ella algo que no estaba dispuesta a revelar. Fue durante el vuelo cuando entendió de verdad la magnitud de lo que estaba haciendo, pero no le asustó, sino que se sintió más emocionada aún. Sobre todo cuando había tenido a su lado

al hombre más atractivo que había conocido nunca. Ese día llevaba unos vaqueros desgastados y un polo que se abrazaba a su amplio torso como un guante. Había tenido que controlarse para no saltar sobre él en el avión. Sus miradas le habían dejado muy claro que a él le estaba pasando lo mismo y ella no había querido revelarle lo excitada que estaba, pero, en esos momentos, paseando por su propiedad de la mano… Sentía que estaba en otro mundo, y que sus defensas comenzaban a desaparecer.

Antonio abrió la puerta de entrada y le mostró la planta baja. Era una gran zona abierta de la que salían varias habitaciones. Las paredes eran de ladrillo visto y los suelos, de piedra. Se quedó con la boca abierta cuando le enseñó un impresionante comedor con puertas de cristal que daban a un maravilloso jardín. La decoración era clara y sencilla. Le encantaba.

–No está mal para ser la casa de un soldado descerebrado, ¿verdad? –comentó Antonio.

Orla se sonrojó al oírlo utilizando sus propias palabras. Tenía que reconocer que no lo era, no lo era en absoluto. Pero no quería reconocer que se había equivocado. Ni tampoco el hecho de que, si aquella hubiera sido su casa, la habría decorado de manera muy similar.

Se limitó a encogerse de hombros.

–Supongo que no está mal… Las paredes de ladrillo visto le dan un aspecto rústico que va muy bien con la zona.

Vio que a Antonio le brillaban peligrosamente los ojos al escuchar la fingida indiferencia en su tono, pero no dijo nada, se limitó a llevarla hasta una sala de estar muy acogedora con lo último en tecnología para el entretenimiento. Había un gran televisor y un reproductor de música de última generación. Las estanterías estaban llenas de libros. La casa era perfecta y cada vez se sentía más vulnerable.

–Supongo que los libros son solo parte de la decoración, ¿verdad? –bromeó ella para tratar de olvidar lo que estaba sintiendo.

Antonio se echó a reír y apretó su mano. Estaba a punto de darse la vuelta para mirarlo cuando oyó un agudo chillido y apareció un niño de pelo oscuro por la otra puerta de la salita. Lo seguía una niña más pequeña, que también estaba gritando.

Por un segundo, se quedó inmóvil, sintiéndose muy confundida. Era como si hubiera creído que lo que estaba viendo era solo fruto de su imaginación.

–Son los hijos de Marie-Ange –le dijo Antonio entonces como si quisiera tranquilizarla.

No se había dado cuenta, pero notó que había apretado con más fuerza la mano de Antonio al ver a los niños. Tardó un segundo en entender sus palabras y comprender que lo que acababa de ver no

había sido una proyección de sus fantasías más íntimas.

Apareció en la sala una joven y atractiva mujer. Iba quitándose un delantal mientras caminaba. Antonio soltó su mano para ir a saludar a la otra mujer con cariño, dándole un par de besos en las mejillas.

–Te presento a Marie-Ange, mi ama de llaves. Ella y su marido, Dominic, cuidan la casa cuando no estoy. Viven en el pueblo –le explicó Antonio.

La mujer la miró con una sonrisa tan grande que, a pesar de la conmoción, no pudo dejar de responder con el mismo gesto. Se saludaron y los dos niños entraron de nuevo en la sala. Antonio agarró a uno y lo levantó en sus brazos.

–Por favor, disculpad las molestias –les dijo la mujer luchando para hacerse entender en su idioma sin poder librarse de su encantador acento francés–. Pensé que a estas horas ya habría terminado, pero Dominic tuvo un problema con su coche esta mañana y necesitaba el mío así que he tenido que venir más tarde y con los niños... –les explicó algo abrumada.

Orla susurró algo para tratar de tranquilizarla, pero no podía dejar de mirar a Antonio. Seguía con el niño en sus brazos y le estaba hablando en francés. La niña, que no podía tener más de dos o tres años, estaba agarrada a la pierna de Antonio y lo miraba con sus enormes ojos marrones para que le prestara atención. Verlo tan cómodo y feliz con esos niños estaba haciendo que algo temblara en su interior.

Pero entonces Marie-Ange tomó en brazos a su hija y le pidió al niño que dejara en paz al señor Chatsfield y a su invitada.

Los niños terminaron por hacerle caso y Antonio se despidió de ellos. Le sorprendió ver ese lado de su personalidad, su calidez y ternura

Orla nunca había contemplado la posibilidad de tener hijos, se había hecho a la idea de que nunca iba a tener tiempo para formar una familia. Pero no podía ignorar lo que había sentido al ver aparecer casi de la nada a esos dos pequeños. Era como si su reloj biológico se hubiera puesto en funcionamiento de repente.

Cuando se quedaron de nuevo solos, Antonio se giró para mirarla.

–Te has asustado al verlos, ¿no? Debería haberte dicho que iban a...

–No te preocupes, solo ha sido la sorpresa. No esperaba que fuera a haber nadie aquí –contestó rápidamente como si temiera que Antonio pudiera adivinar lo que había estado pensando.

Se fijó entonces en la expresión en sus ojos, una que no le costaba reconocer. Era deseo.

–Nadie va a volver a molestarnos... –susurró él tomando de nuevo su mano y llevándola hacia la escalera–. Terminaré de enseñarte la planta baja después. Ahora me interesa más que veas dónde vamos a

dormir.

El deseo la dominó por completo. Fue un alivio dejarse llevar por esa sensación para no pensar en nada más. Antonio la llevó hasta la segunda planta y caminaron por un pasillo cubierto con alfombras. Abrió entonces una puerta y se quedó sin habla al ver un majestuoso dormitorio. Tenía impresionantes vistas sobre el resto de la propiedad y, un poco más allá, el mar. Ya estaba atardeciendo.

Pero nada atrajo su atención como la enorme cama en el centro de la habitación, cubierta con una colcha y almohadones blancos. Antonio soltó su mano y la miró a los ojos. Tenía un aspecto salvaje y peligroso.

–Gracias por venir conmigo –le dijo él.

Algo tembló dentro de ella al oír sus palabras. No entendía lo que le pasaba con ese hombre.

–Bueno, si de verdad quieres demostrarme lo agradecido que te sientes... –repuso con picardía para no tener que pensar en nada más.

Antonio le dedicó media sonrisa y se quedó sin aliento cuando la atrajo contra su cuerpo.

–Me parece una idea estupenda.

La besó entonces y los dos se dejaron llevar por el deseo que los dominaba. Era mucho más fácil así, prefería ignorar todas esas cosas que Antonio le estaba haciendo sentir y que tanto miedo le daban. Decidió en ese instante, antes de perder por completo la cabeza con lo que ese hombre le estaba haciendo con la boca y las manos, que iba a evitar apartarse de ese camino de lujuria mientras estuvieran allí. Sabía que al menos ese terreno era seguro.

También esperaba que ese deseo que ardía entre ellos terminara por consumirse y pudiera así seguir adelante con su vida, libre de deseos que le parecían demasiado perturbadores. Sobre todo porque eran deseos inalcanzables.

La luz del amanecer iluminó la piel pálida y suave Orla, dándole un resplandor rosado.

Antonio se apoyó sobre el codo para observarla mejor. Estaba tumbada de lado, con un brazo doblado cerca de su pecho, una pierna estirada y la otra, no. Tenía un trasero bastante redondo para alguien tan delgado como ella.

Las sábanas estaban en el suelo. Le sorprendió que siguieran intactas y no las hubieran consumido las llamas. Había sido increíble.

Su sonrisa se desvaneció cuando volvió de nuevo la mirada hacia su amante. Su amante. Nunca había tenido una amante como ella.

Se fijó en sus pestañas largas y oscuras, contrastaban con su pálida tez. Tenía la boca hinchada por sus besos y su cabello, esparcido sobre

la almohada, le daba un toque de vibrante color a la blanca cama. Le bastaba con mirarla para que su cuerpo despertara, incluso después de haber hecho el amor con ella durante horas. Toda la noche.

Nunca había permitido que una mujer pasara más de una noche o dos en su cama. Había sido así por su trabajo, pero también había evitado ese tipo de relaciones antes de entrar en la Legión.

Aún podía recordar los primeros años de su infancia, cuando el matrimonio de sus padres aún había sido relativamente feliz y sólido. Pero no se le había olvidado lo rápidamente que se había desmoronado todo poco después. Ya entonces había sospechado que su padre le era infiel a su madre. Pensaba que lo había sabido antes incluso que ella. Cuando lo descubrió, no tardó en abandonarlos a todos.

Pensó entonces en cómo había reaccionado Orla al ver a los niños de Marie-Ange el día anterior y cómo se había sentido él. Sabía que era una mujer completamente centrada en su carrera que quizás no llegara nunca a casarse. No podía imaginársela haciendo galletas para sus hijos ni...

Pero era esa una fantasía que se coló en su mente con sorprendente facilidad. No entendía lo que le estaba pasando, pero podía verlo con toda claridad. Prefería no analizar sus pensamientos.

No le gustaba hacia dónde le estaba llevando su mente. Hacía mucho tiempo que no pensaba en el matrimonio fracasado de sus padres y no entendía por qué estaba pensando en si ella querría tener hijos o no. No comprendía por qué demonios estaba pensando en esas cosas en ese momento cuando hacía mucho tiempo que había decidido que ese tipo de vida no era para él.

Le costaba creer que estuviera reflexionando sobre todas esas cosas solo porque tenía una mujer dormida y desnuda en su cama.

«Pero no se trata de cualquier mujer», se dijo entonces.

Sacudió desesperado y frustrado la cabeza.

Trató de convencerse de que lo único que quería hacer era despertarla y hacer de nuevo el amor con ella. De mala gana, se levantó y decidió salir a correr para tratar de despejar su mente un poco.

Orla se despertó poco a poco, muy consciente de los leves dolores musculares que sentía por todo el cuerpo.

Antonio...

Abrió los ojos, pero tuvo que entrecerrarlos para que no la cegara la luz del sol que entraba por la ventana abierta. Vio entonces que estaba sola en la cama. No le gustó que no estuviera a su lado, pero creía que era mejor así. No podía pensar con claridad cuando Antonio estaba

cerca de ella.

Se dio cuenta de que estaba completamente desnuda y que la colcha y la sábana estaban en el suelo. Sonrió y se estiró con pereza. Se sentía feliz y completamente satisfecha. Con el nuevo día, se sintió un poco más segura. Sabía que había sido una tontería dejarse llevar por un sueño como lo había hecho cuando aparecieron de repente a los hijos de Marie-Ange.

Se levantó y vio que el equipaje de los dos estaba en la habitación. Supuso que Antonio habría sacado las maletas de su coche. Se sonrojó al recordar que habían ido directos a la cama, sin pararse siquiera a cenar o refrescarse un poco tras el largo viaje.

Tomó su neceser y fue al enorme cuarto de baño. Mientras se duchaba, no pudo evitar fantasear con cómo sería hacer el amor con él allí, dejando que la levantara en volandas contra esa pared mientras el agua caía por sus cuerpos.

No entendía qué le pasaba con Antonio. Su deseo por él no parecía disminuir, todo lo contrario. Terminó de ducharse rápidamente y salió para secarse. Se puso unos pantalones cortos y una camiseta sin mangas. Se sintió de repente mucho más joven. Hacía demasiado tiempo que no se ponía ese tipo de ropa.

Salió del dormitorio y se detuvo antes de bajar las escaleras. Se puso una mano en el pecho durante un segundo. El corazón le latía con rapidez y entendió de repente lo peligroso que era ese hombre para ella, con qué facilidad estaba permitiéndole que viera una parte de ella que no mostraba nunca a nadie. Sintió miedo, no pudo evitarlo. Decidió entonces que no podía permitirse pasar más de un par de días con él en ese lugar.

Y esperaba que un par de días no fuera demasiado tiempo…

Bajó las escaleras mordiéndose el labio. Fue descalza hasta la cocina y se quedó sin aliento al encontrarse con la deliciosa espalda desnuda de Antonio. Solo llevaba unos pantalones cortos y una toalla colgada del cuello. Tenía el pelo mojado y estaba silbando una canción mientras vigilaba algo que tenía en la sartén y olía fenomenal.

Lo único que estropeaba esa perfecta imagen eran las múltiples cicatrices que cruzaban su espalda. Algunas eran pálidas y apenas visibles, otras eran más feas y rojas. Se le encogió el corazón al verlas y, sin querer, debió de hacer algún sonido porque Antonio se dio la vuelta. Su mirada la recorrió de arriba abajo con tanta hambre que se sonrojó, sintiendo de repente timidez.

–Estabas tan dormida esta mañana que no quise despertarte –le dijo Antonio.

Se acercó a él y la abrazó. Se estremeció al sentir de nuevo el calor de su cuerpo.

–¿Cuánto tiempo llevas levantado?

Antonio miró hacia sus pantalones y le guiñó un ojo con picardía.

–Contigo siempre estoy levantado, preciosa.

Le dio un cariñoso cachete en el brazo para reprobar sus palabras y trató de apartarse de él. Ese Antonio burlón era demasiado seductor e inquietante. Le recordaba a su lado más áspero y oscuro. Un lado que, después de conocerlo mejor, era menos evidente, pero seguía allí.

–No sabía que supieras cocinar –comentó ella para tratar de distraer su mente con otras cosas.

Antonio se volvió hacia la sartén. Vio que estaba cocinando huevos, cebollas y setas.

–Aprendí en el Ejército. Hacíamos turnos para cocinar. La comida allí no era demasiado buena y, cuando me fui, me di cuenta de que quería aprender a cocinar bien.

Vio que su rostro se había endurecido y que había tensión en sus hombros. Pero no quiso preguntarle nada, no quería que se sintiera presionado.

Cuando terminó de preparar el desayuno, lo sirvió en dos platos y le pidió a ella que llevara la cafetera a la mesa. Se sentaron a comer y, cuando probó los huevos revueltos, le sorprendió lo rico que estaba.

–Me encanta, está buenísimo –le dijo ella.

Antonio se encogió de hombros.

–Sería un cocinero bastante malo si no pudiera hacer algo tan básico como esto.

No pudo evitar sonrojarse. Agachó la cabeza, pero a Antonio no se le había pasado por alto.

–¿No sabes cocinar?

–No. Nunca he tenido la oportunidad de aprender –repuso ella–. Ya te conté que siempre hemos vivido en los hoteles.

Antonio, que ya había devorado su comida, se acomodó en el respaldo de su silla con la taza de café en la mano. Parecía muy relajado y estaba guapísimo.

–Esa casa tuya con la que siempre has soñado, ¿sabes dónde está? –le preguntó entonces.

Orla tomó un sorbo de su café para tratar de calmarse, pero se sentía tan avergonzada... Y Antonio no dejaba de observarla, esperando que le contestara.

–Pues sí –confesó al final–. Está en Notting Hill, mi barrio favorito de Londres.

Antonio levantó interesado una ceja.

–A veces, cuando tengo el día libre...

–Pero, ¿tienes días libres? –la interrumpió Antonio con incredulidad.

Orla sonrió y le sacó la lengua antes de continuar.

–Como te iba diciendo, a veces en mis días libres me acerco a ese

barrio y visito las casas que están en venta. Me siento mal engañando a los de las inmobiliarias, pero... –le dijo encogiéndose de hombros y sintiéndose algo estúpida.

–Y ¿qué haces? –le preguntó interesado.

Temía que se estuviera riendo de ella, pero parecía muy serio.

–Voy, echo un vistazo, decoro mentalmente las casas, pienso en qué haría con cada habitación, qué muebles podría usar...

Estaba incómoda, prefería que no siguieran hablando de ella.

–¿Y tú? ¿No quieres volver a tu casa, a la casa de tu familia? –le preguntó ella.

–No. Salí de esa casa hace mucho tiempo. Además, mi hermano Nicolo, el que resultó herido en un incendio, vive ahora allí.

–¿Y qué hay de tus hermanos? ¿No vas a ir a verlos?

Antonio miró Orla sin comprender cómo podía tener tanta facilidad para hacerle las preguntas que más le dolían, parecía ver dentro de su alma y eso le asustaba.

Le había enternecido saber que Orla visitaba casas durante su tiempo libre, soñando con una vida que ansiaba.

–He estado en contacto con todos durante estos años. Pero solo he visto a Lucilla y a Cara. Bueno, también vi a Orsino cuando estaba en Afganistán. Me visitó cuando fue a ese país para hacer paracaidismo. Es un gran aventurero, le encantan los deportes de riesgo.

–No te sientas culpable por haberte ido –le dijo Orla entonces.

–No lo hago –espetó rápidamente–. Lo siento... –añadió arrepentido por su brusquedad–. Bueno, puede que tengas razón y me sienta algo culpable.

–Tu padre aún vive. Es él quien debería haber estado más presente en la vida de tus hermanos. No tenía derecho a hablarte como lo hizo cuando solo estabas intentando hacer su trabajo.

Sonrió al oír la vehemencia y fuerza de sus palabras. Le gustaba que lo defendiera de esa manera y pensó en cómo reaccionaría su padre si llegara a conocerla.

Frunció el ceño. No entendía por qué estaba pensando en esas cosas, como si fuera a seguir viéndola en un futuro. Algo contrariado con su subconsciente, se levantó para recoger los platos.

–Yo he cocinado, así que tú friegas los platos –le dijo desde el fregadero.

–Sí, señor –repuso ella levantándose de su silla.

Se dio la vuelta y vio que estaba firme y saludándolo como un soldado, con la mano derecha a un lado de su frente. Tuvo que controlarse para no sonreír.

–¿Por qué te estás comportando de manera tan descarada? ¿Quieres que te castigue?

Orla se ruborizó y se acercó al fregadero.

–Sí, por favor. Sí, señor.

Tomó la barbilla entre el pulgar y el índice y tuvo que tratar de controlarse para no besarla. Creía que podía controlar el deseo. Tenía que aprender a hacerlo.

–Muy bien, soldado Kennedy. En cuanto termine de fregar los platos, iremos a nadar cinco kilómetros en el mar.

–Muy bien, señor. En cuanto termine con esto, me pondré el biquini y...

Antonio sacudió la cabeza, interrumpiéndola, y sonrió con picardía.

–No necesitará biquini, soldado Kennedy. Tendrá que nadar desnuda.

Capítulo 8

Orla sintió que le caía el sudor sobre los ojos y lo secó con el dorso de la mano. Le dolía el pecho, le costaba respirar y tenía el corazón a mil por hora. Pero mantuvo los ojos fijos en las piernas delante de ella y siguió sus pasos.

–¿Te han dicho alguna vez que eres un sádico? –le preguntó casi sin aliento.

Le oyó reír.

–Demasiadas veces –repuso Antonio.

Vio entonces su mano y se agarró para dejar que Antonio tirara de ella hasta la cumbre de la colina.

La impresionante vista hizo que se le olvidara el dolor en sus piernas mientras trataba de recuperar el aliento. Se limpió más sudor de la frente. Estaba muerta de calor y soñaba con una ducha. Y eso que era Antonio el que estaba cargando con la mochila. Sentía que tenía las piernas de goma.

Pero fue increíble estar allí. Tenían una vista maravillosa de la Costa Azul y del mar.

La casa de Antonio estaba entre los árboles y muy por debajo de donde estaban ellos. Apenas podía ver siquiera la piscina desde lo alto de la colina.

–Toma, tienes que beber mucha agua –le aconsejó Antonio entregándole una botella.

No tuvo que decírselo dos veces. Bebió con ansiedad. Después, miró a Antonio. Parecía estar completamente relajado, ni siquiera estaba sudando.

–Esto es demasiado para mí. ¡Como tú estás acostumbrado a correr treinta kilómetros con una mochila llena de piedras a la espalda, crees que todos podemos hacerlo!

–En realidad eran casi cincuenta kilómetros con mochilas de quince o veinte kilos de peso.

Lo miró con incredulidad.

–¿En serio? Eso es suicida.

Notó que se quedaba muy serio y se alejó de ella.

–No es más que una forma de determinar quién tiene lo que se necesita para estar allí.

Lo miró de reojo. Tenía muchas preguntas que quería hacerle, pero Antonio siempre se encerraba en sí mismo cuando le preguntaba sobre

los años que había estado en la Legión. Habían pasado ya tres días desde aquella primera mañana en la cocina. Había decidido entonces que no iba a estar allí más de dos días, pero no había podido cumplir su promesa.

Como había temido, Antonio había conseguido atraparla en esa burbuja de placer y sensualidad. Se sentía allí más libre de lo que lo había estado nunca. Se despertaban tarde, hacían el amor, comían cuando querían, nadaban desnudos en el mar... Era una vida irreal, increíble.

En parte, se sentía como la niña que había sido, poco femenina y siempre dispuesta a saltar, correr y meterse en líos. Entonces, había vivido al límite. Antes de que todo cambiara para siempre, antes de que sacrificara sus deseos más profundos por su carrera profesional y olvidara lo que realmente quería.

Debió de estremecerse sin darse cuenta porque Antonio la miró con el ceño fruncido.

–Ya te dije que tenías que ponerte un sombrero –le dijo él.

Se quitó la mochila y se agachó para abrirla. Sacó el sombrero que no había querido ponerse y se lo colocó en la cabeza con ímpetu.

–Y no te lo quites o te dará una insolación –le advirtió con gesto serio–. Ahora, date la vuelta –añadió sacando la crema solar de la mochila.

Le puso un poco en sus hombros desnudos, el cuello y los brazos. A pesar del calor y el cansancio, su cuerpo no tardó en reaccionar. El deseo que sentía por él no parecía ir amainando.

Después, se puso de cuclillas delante de ella para ponerle crema en las piernas y se le aceleró el pulso cuando fue subiendo por sus muslos, acercándose peligrosamente a la parte de su cuerpo donde tanto lo deseaba.

–Si sigues así, acabaremos haciendo el amor aquí mismo. Entonces sí que me daría una insolación –le susurró ella.

Antonio le sonrió con picardía.

–La culpa la tiene este maldito sol y tu delicado cutis irlandés –contestó mientras se ponía en pie y recogía su mochila–. Hay una zona con sombra cerca de aquí donde podemos pararnos a comer. Vamos para allá.

Volvió a estremecerse al pensar en estar bajo la sombra de un árbol con él y la posibilidad de que volvieran a...

–Sí, señor –respondió ella con entusiasmo.

Reanudaron el camino. Empezaba a preocuparle lo feliz que estaba con ese hombre, en la cama y fuera de ella.

Marie-Ange, su marido y los niños los habían visitado el día anterior. Orla había estado con ella en la playa, viendo cómo jugaban los niños en el mar mientras Antonio y Dominic asaban carne en la

parrilla para la cena.

Después, ya al atardecer, habían charlado sentados alrededor de la piscina. Lily, la niña, se había quedado dormida en brazos de su padre y el niño, Pierre, en los de Antonio. Había sentido entonces cómo se despertaba de nuevo en sus entrañas ese anhelo de ser madre que siempre había tenido, pero en el que nunca se había parado a pensar.

Tenía que admitirlo, algo estaba cambiando en su interior. Su vida y su carrera profesional le parecía que habían quedado muy lejos. Se sentía como si ya no fuera a encajar en ese mundo cuando volviera a Londres.

Llegaron a un claro que estaba sombreado y donde había rocas para sentarse.

Le faltó tiempo para hacerlo y quitarse el sombrero, que usó para abanicarse. Antonio sacó de la mochila jamón, queso y pan. También tenían agua y una botella de vino espumoso. Le hizo un bocadillo de jamón y queso y se sentó a su lado en la roca. Le enternecía ver cómo la cuidaba.

–No es el tipo de comida al que estás acostumbrada, pero espero que no te importe –le dijo él poco después.

Apartó la vista para que no pudiera ver lo que estaba sintiendo. La verdad era que prefería ese día de campo y ese simple bocadillo a una cena en un restaurante de lujo.

Se dio cuenta entonces de que nunca le iba a pasar lo que le había pasado a su madre y se sintió muy aliviada.

–Al final he podido comprobar que este tipo de ropa no te da alergia, que no echas en falta tus elegantes vestidos ni tus profesionales trajes de chaqueta.

No le gustó que le recordara su realidad. No quería pensar en eso. Lo miró de reojo. Tenía un aspecto increíble. El sol lo había bronceado un poco más esos días y estaba aún más guapo.

–Creo que te prefiero así –añadió Antonio tocando su mejilla y acariciando sus labios con el pulgar–. Sudorosa y un poco sucia. Sin maquillaje...

Se quedó sin aliento. Ella también lo prefería tal y como lo había visto esos días, con un aspecto tan natural y salvaje.

Antonio la atrajo hacia él y se dejó llevar. La levantó hasta que se sentó a horcajadas sobre él y no tardó en sentir lo excitado que estaba. Se besaron y sintió que se perdía en esas sensaciones.

Más tarde, Antonio extendió una mano para ayudar a Orla a levantarse de la peña donde habían estado tumbados. Se le encogió el corazón al verla. El sol había hecho que su pelo estuviera más rojizo y dorado y tenía pecas en la cara. Le costaba creer que hubiera podido

convencerla para que lo acompañara durante la larga caminata de ese día.

Era la criatura más hermosa que había visto en su vida.

Acababan de hacer el amor en medio del campo, como dos animales incapaces de controlar sus instintos. Para bien o para mal, no se cansaba de ella.

Orla se puso de pie y le dedicó su mirada más beligerante, parecía haberle molestado que quisiera seguir el camino cuando ella había estado tratando de descansar un poco después de hacer el amor.

No pudo evitar sonreír. Pensó entonces que no había sonreído tanto desde que... Quizás no lo hubiera hecho nunca como lo hacía con ella.

Sintió de repente un impulso y decidió hacerlo antes de pensárselo demasiado.

–Quiero mostrarte algo –le dijo.

–De acuerdo.

Una vez más, consiguió emocionarlo. Era tan fácil estar con ella. Le propusiera lo que le propusiera, siempre estaba de buen humor y dispuesta a todo. Creía que cualquier otra mujer estaría quejándose después de la larga excursión de ese día.

Le dio la mano y la llevó a través de unos arbustos hasta que salieron a otro claro.

Se acercaron al acantilado. Desde allí tenían una vista igualmente impresionante de todo Saint-Raphaël. Orla le agarró la mano con fuerza.

–Es precioso.

Podía haber fingido entonces que solo quería mostrarle esas vistas, pero no lo hizo. Quería decirle la verdad.

–¿Ves ese edificio largo y bajo que hay allí? –le preguntó señalándolo con la mano.

Orla se puso una mano a modo de visera para protegerse del sol.

–¿Ese que parece un monasterio o un convento? –contestó ella.

–Sí, ese –repuso él–. Lo compré hace aproximadamente un año.

–¡Oh! –exclamó sorprendida–. ¿Por qué?

No quería mirarla, sabía que lo estaba observando.

–Quiero arreglarlo y abrir allí un centro de rehabilitación para soldados que han estado en zonas de conflicto. Me gustaría que fuera un centro médico con fisioterapia y también terapia psicológica. No podré ponerlo en funcionamiento hasta dentro de un par de años.

Orla se quedó callada y él se lo agradeció. La había visto mirando a menudo sus cicatrices, pero no le había preguntado nada.

También en eso era distinta a las demás, que siempre querían saber los detalles más escabrosos de su pasado.

–Es un sitio precioso para ese tipo de centro –le dijo ella al final.

La miró entonces fijamente y estuvo a punto de perder el equilibrio.

Sus ojos eran como zafiros.
–Sí lo es –asintió él.
Fue un alivio que no le preguntara nada más. Aunque no sabía muy bien por qué, había sido un momento muy intenso y se sentía algo abrumado.
Había comprado esa edificación de manera impulsiva. Siempre había querido ayudar a los que, como él, habían tenido que luchar en la guerra y enfrentarse después a los demonios que se quedaban a vivir en sus cabezas tras un tiempo viendo lo peor del ser humano.
–Vamos –susurró él–. Tenemos que regresar antes de que oscurezca.
Orla le apretó la mano de nuevo.
–Gracias... Gracias por enseñármelo.
Antonio tiró de ella y comenzaron a bajar la colina mientras él trataba de entender lo que le estaba pasando.

Esa noche, después de regresar a casa, ducharse juntos y hacer el amor de nuevo, esa vez bajo el agua de la ducha, fueron a sentarse cerca de la piscina.
Mientras disfrutaban de una copa de vino, Orla se quedó mirando a Antonio, que tenía la vista perdida en el horizonte. Tenía un perfil fuerte y orgulloso.
El deseo que tenía de conocerlo mejor era abrumador.
–Al final, ¿por qué te fuiste? –le preguntó.
Vio que se ponía tenso y se volvió para mirarla. Llevaba una camisa blanca medio abotonada que dejaba entrever su fuerte torso y pantalones cortos. Nunca se cansaba de mirarlo.
–¿De la Legión?
Orla asintió con la cabeza. Se dio cuenta entonces de que también podía haberle estado preguntando por su familia, algo que también le interesaba saber. Quería saberlo todo.

Antonio se sorprendió al darse cuenta de que no sentía su pregunta como una intrusión, algo que le pasaba cada vez que alguien le preguntaba por ese tema.
Una vez más, llegó a la conclusión de que Orla era distinta.
Le daba la impresión de que ella quería saber la verdad y no le interesaba lo superficial, las anécdotas, los escabrosos detalles. Creía que todo sería mucho más fácil si Orla fuera como las demás.
También le sorprendió la facilidad con la que pudo empezar a hablarle. Se sentía tranquilo y sereno.
–Estábamos en una misión en Afganistán. Yo dirigía un regimiento de paracaidistas. Nos dejaron en la montaña, detrás de las líneas

enemigas y nos dimos cuenta demasiado tarde de que nuestra información era errónea. Estábamos rodeados por los rebeldes. Cuando supieron que éramos un grupo de élite de la Legión, nos convertimos en un objetivo de alta prioridad.

Afortunadamente, no estaban muy bien organizados y mis hombres lograron escapar, pero solo porque yo me quedé atrás como señuelo.

No miraba a Orla mientras hablaba, pero podía sentir que estaba en tensión.

–Fui su prisionero durante un mes. Me torturaron para conseguir información, creo que lo hacían casi para combatir el aburrimiento y porque estaban furiosos al ver que el resto de los hombres habían podido escapar –le siguió contando–. Una noche, mis hombres lograron organizar un ataque y me liberaron. Lo hicieron justo a tiempo porque mis captores me habían asegurado que me iban a ejecutar al día siguiente.

Sintió que Orla abría consternada la boca al oír sus palabras.

–La tortura fue insoportable, como te puedes imaginar. Perdí un poco la cabeza.

En realidad, había sido mucho peor. Todavía podía recordar cómo lo habían mirado sus hombres cuando por fin lo encontraron y liberaron. Uno de ellos había llegado incluso a vomitar al ver lo que le habían hecho.

–¿Las marcas circulares en el pecho? –le preguntó ella en voz baja.

Él asintió con la cabeza.

–Quemaduras de cigarrillo, además de otras cosas. Estuve en el hospital durante casi cuatro meses, recuperándome.

–¿Fue entonces cuando lo dejaste? –le preguntó Orla con un tono casi esperanzado.

Antonio sacudió la cabeza y sonrió con tristeza. Sabía que debería haberse ido entonces, pero no lo hizo.

–No, regresé a la Legión.

Había sentido la necesidad de demostrarse a sí mismo que podía hacerlo, que podía luchar contra los demonios que habían terminado por dominarlo.

–Me fui después de un año, cuando me diagnosticaron un trastorno de estrés postraumático. Estaba teniendo cada vez más ataques de pánico... Vine entonces a esta casa. Marie-Ange y Dominic me salvaron la vida, me cuidaron y se aseguraron de que al menos comiera. Dominic también fue militar y sabía lo que me estaba pasando. Fue él quien insistió en que fuera a un psicólogo. Fui entonces a Londres y conocí allí a Tobias. Él también me salvó la vida.

Antonio respiró hondo antes de continuar.

–He tenido suerte. No tengo ningún daño físico permanente, solo las cicatrices. El daño mental fue peor. Otros en mis circunstancias se

niegan a asumir que tienen un problema. Por eso quiero abrir este centro, para que la gente tenga acceso a los tratamientos de forma gratuita. Va a ser una organización sin ánimo de lucro.

Orla no dijo nada durante un buen rato. Notó que se levantaba.

No podía siquiera mirarla. Se sentía roto y sucio.

Pero Orla estaba delante de él y no le quedó más remedio que mirarla. Puso las manos en los brazos de la silla y se inclinó.

Se quedó mirando sus ojos, brillaban como piedras preciosas. Después, Orla le dio un dulce beso en la boca. No trataba de iniciar nada, sabía que era solo un beso, pero su cuerpo despertó una vez más, como hacía siempre que estaba con ella.

Sin decir nada, Orla le tendió la mano. Tenía la sensación de que estaba ocurriendo algo importante, aunque no pudiera entenderlo del todo. Aceptó su mano y dejó que ella lo guiara hasta el dormitorio.

Cuando se unieron por fin en la cama, el silencio de Orla hizo que las sensaciones fueran más profundas e intensas que nunca. Casi sentía que esa mujer estaba ayudándole a limpiar y sanar algo que había dentro de él.

Había tanta compasión y comprensión en su silencio... Orla no podía saber lo que había sufrido él, pero era casi como si lo entendiera.

Cuando Antonio se despertó, se dio cuenta de que estaba solo en la cama. No tuvo que abrir los ojos para saberlo, era una especie de sexto sentido que parecía haber perfeccionado durante esos últimos días.

Dejó caer de nuevo la cabeza sobre la almohada. Se sentía más ligero que nunca. Recordó entonces lo que le había contado a Orla. No entendía lo que le pasaba con ella, pero siempre terminaba bajando la guardia

No quería tratar de analizar lo que le estaba pasando, pero se le vino a la cabeza de repente una imagen de unos días antes. Orla y Marie-Ange habían estado chapoteando en el mar con los niños. La forma en la que Orla había sostenido a Lily sobre su cadera mientras corría esquivando las olas, la manera en la que la pequeña se había aferrado a ella mientras gritaba riendo... No podía olvidar ese momento. Algo se había estremecido dentro de él al verlas.

Era un anhelo que siempre había tenido, pero en el que ni siquiera se había atrevido a pensar. Sin saberlo, deseaba tener otra vida, otra existencia, una normalidad que no había podido tener nunca.

Justo en ese momento, oyó un ruido y se apoyó sobre los codos. Orla estaba en la puerta de la habitación. Llevaba pantalones cortos y una camiseta sin mangas. Podía ver cómo sus pechos empujaban provocativamente el tejido de su camiseta. No necesitó más para que

su cuerpo despertara.

–Ven aquí –gruñó en voz baja.

Pero Orla no se movió y estaba muy seria. No pudo evitar sentir cierta aprensión al verla así.

–Acabo de hablar con mi padre –le explicó Orla–. Está de vuelta en Londres y preguntándose dónde estoy. También ha estado tratando de contactar contigo. No le he dicho que estabas aquí conmigo, por supuesto –agregó deprisa–. Tengo que volver hoy mismo.

Durante unos segundos, Antonio se limitó a mirarla. Tardó un tiempo en entender la magnitud de lo que le había dicho y sintió un sudor frío por todo el cuerpo. Esa noticia había conseguido apagar su deseo de forma radical.

Se había olvidado de todo. No había prestado siquiera atención al mensaje que le había mandado Lucilla un par de días antes. Le había recordado que necesitaban hacerse con el control del Grupo Kennedy, que esa seguía siendo su prioridad.

Su hermana le había pedido que no se distrajera, que se concentrara en lo que tenía que hacer, pero él había hecho lo contario.

Orla, en cambio, acababa de demostrarle que no había olvidado lo que tenía que hacer. Él aún no había reaccionado y ella ya estaba abriendo el armario para sacar su maleta y hacer el equipaje. Sintió una especie de dolor en su pecho, algo muy oscuro que iba creciendo en su interior mientras observaba cómo Orla se preparaba para volver a Londres sin pensárselo dos veces. Trató de esconder lo que le estaba pasando, no soportaba sentirse tan vulnerable.

Apartó la colcha y se levantó.

–Voy a llamar al piloto para que prepare el avión –le dijo con frialdad mientras se ponía los pantalones.

Orla dejó escapar un suspiro tembloroso en cuanto Antonio salió de la habitación. Le ardían los ojos y le estaba costando contener las lágrimas. Había estado en la planta baja, preparando el desayuno, tarareando una canción sin melodía y soñando con lo que podrían hacer ese día cuando sonó su teléfono.

Le sobresaltó oírlo porque hacía días que no lo tocaba. No recordó dónde lo había dejado hasta que lo oyó y le sorprendió que no se hubiera quedado sin batería.

Era una muestra más de lo poco que le había preocupado estar localizable y lo poco que había pensado en su trabajo. A su padre le había costado creer que se hubiera tomado unos días libres.

Era la primera vez en su vida que se rebelaba y hacía de verdad lo que quería. Se había sentido como una adolescente en ese momento. El mundo exterior y todas sus responsabilidades se habían estrellado

contra ella de golpe. Había pasado toda su vida centrada en el negocio de la familia y, después de unos días alejada de ese mundo, le estaba costando volver a la rutina.

Cuando su padre le había preguntado dónde estaba, había sentido un gran resentimiento hacia él. No quería que nadie ni nada se entrometiera en ese idílico lugar.

Le había asegurado a su padre que regresaría esa misma tarde y había llegado el momento de aceptar que había tejido una fantasía a partir de nada. Lo que había compartido con ese hombre que quería hacerse cargo de su empresa había sido increíble y muy excitante, pero se había dejado llevar por fantasías sin ningún sentido, como la de imaginarse allí con un niño. Había envidiado la vida tan sencilla y feliz que Marie-Ange parecía tener y se había perdido por completo en esa idílica realidad. Había olvidado quién era y pensado que podía ser otra persona, que podía tener una vida diferente.

Y lo peor de todo era sentir que se había enamorado de Antonio Chatsfield. Cuando se había despertado esa mañana, había pasado un buen rato observándolo y había sentido su corazón lleno de felicidad.

Recordar en esos momentos lo que había sentido era la peor humillación de todas. Temía haber estado tan falta de compañía masculina y de sexo que se había enamorado del primer hombre que le había ofrecido un poco de atención.

Pero sabía que alguien como Antonio nunca podría llegar a ofrecerle nada. Se había separado de su familia y apenas tenía contacto con ellos. Era un hombre que había visto y experimentado lo peor que había en el mundo. Sabía que había luchado contra sus demonios, pero creía que aún tenía mucho trabajo por hacer en ese terreno.

Además, estaba completamente concentrado en una cosa en ese momento: conseguir hacerse con el Grupo Kennedy por el bien de su hermana. Suponía que querría hacerlo para tratar de encontrar de nuevo un hueco en su familia después de tantos años. No le extrañaba que fuera tan importante para él.

Antonio Chatsfield era la persona más independiente que había conocido nunca. Creía que no necesitaba a nadie. Le costaba creer que hubiera podido llegar a pensar que ella podría curar su alma. Estaba segura de que muchas mujeres antes que ella ya lo habrían intentado.

Trató de tranquilizarse y de convencerse de que en realidad no se había enamorado de él. No podía ser. Se limpió las lágrimas.

Creía que cuanto antes pudiera olvidar lo que había pasado, antes podría volver a su vida normal, donde tenía que estar. Su objetivo era volver a levantar la empresa familiar desde cero e iba a entregarse por completo a esa tarea.

El trabajo siempre había sido su vida y le costaba comprender por

qué todo parecía haber cambiado. Cuando pensaba en la empresa, ya no le hacía ilusión, se sentía triste y vacía.

Oyó que Antonio regresaba a la habitación y se puso muy tensa. No estaba lista para verlo. Se sentía muy expuesta, humillada y estúpida.

Estaba enfada consigo misma y también con él por hacerle perder el control de esa manera. Las palabras salieron de su boca antes de que pudiera detenerlas.

–Nunca debí haberte dicho que sí, no debería haber venido.

Podía sentir que también él estaba muy tenso.

–¿Qué se supone...? ¿Qué quieres decir con eso? –le preguntó Antonio.

Se encogió de hombros y fue metiendo su ropa en la maleta sin molestarse en doblarla.

–Lo que he dicho, que no debería haber venido. Fue una decisión alocada y egoísta.

Sintió que se acercaba a ella y no pudo evitar estremecerse. Apretó entre sus manos la ropa que sostenía en esos momentos.

–¿Tengo que recordarte que no tardaste ni cinco minutos en tomar esa decisión que ahora te parece tan alocada y egoísta? No te puse una pistola en la cabeza para que lo hicieras –le recordó Antonio en voz baja y sin poder ocultar su enfado.

Sintió un escalofrío al oír sus palabras. Era el mismo tono que había utilizado con ella cuando se conocieron. Seguía sin girarse hacia él, le asustaba hacerlo.

–Bueno, creo que hemos cumplido con el objetivo que nos habíamos marcado y es el momento de irse. Hemos olvidado nuestras prioridades, y no deberíamos haberlo hecho –le dijo ella.

Sintió sus grandes manos en los hombros. La hizo girar para que lo mirara a los ojos. Tenía el corazón en la garganta. Seguía con el torso desnudo y era muy consciente de lo bien que le sentaban esos vaqueros. A pesar de la situación, eran detalles que no se le pasaban por alto.

–¿Hemos cumplido con el objetivo que nos habíamos marcado? –repitió Antonio fuera de sí–. ¿Cómo puedes ser tan fría? Debería haberme dado cuenta de que esto debes de tenerlo apuntado en algún gráfico o en tu agenda. ¿Qué vas a hacer a tu regreso? ¿Redactar un informe sobre los avances de los últimos días?

Orla se quedó sin aliento, pero antes de que pudiera decir una palabra, su boca estaba cubriendo la de ella, robándole las palabras. Su cuerpo parecía tener vida propia. Por muy enfadada que estuviera con él, sintió que se derretía por dentro.

Trató de apartarlo empujando su torso, pero Antonio era demasiado hábil, su boca parecía hecha para torturarla de puro placer. Toda la ira que había sentido empezaba a desvanecerse y su cuerpo, una vez

más, la estaba traicionando.

Antonio se echó entonces hacia atrás, le costaba respirar y sus ojos la miraban ardientes.

–¿Crees que se nos habían olvidado nuestras prioridades? Bueno, a lo mejor a ti sí, pero yo no lo he olvidado. Estás aquí porque yo quería tenerte aquí.

Antes de que Orla pudiera responder, Antonio volvió a besarla, con más ferocidad aún que antes. Sentía un increíble dolor en el pecho, como si alguien le estuviera oprimiendo el corazón.

Antonio le quitó en cuestión de segundos los pantalones y la camiseta y ella dejó de pensar. La tumbó en la cama y se despojó también de sus vaqueros.

El deseo que sentían el uno por el otro no parecía conocer límites. Trató de apartarse de él, de levantarse, pero su cuerpo la traicionaba una y otra vez, dejándose llevar. Antonio comenzó a acariciarla, bajando con la mano por su estómago hasta deslizarse bajo sus braguitas, buscando y encontrando con los dedos la parte de su cuerpo que parecía estar siempre lista para él.

–Por esto es por lo que vinimos aquí, Orla. Por ninguna otra razón –gruñó él.

–Entonces, esto es todo –repuso ella con la misma fiereza.

No tuvo que decir nada más, los dos sabían de lo que estaba hablando.

Antonio se limitó a mirarla. No podía descifrar la expresión de su rostro.

–Sí –contestó él por fin.

Orla trató de ahogar un sollozo que parecía salir de lo más profundo de su ser. Antonio seguía acariciándola íntimamente mientras mordía uno de sus pezones. Estaba llorando y no sabía por qué. Estaba desesperada y se sentía humillada, pero no era lo bastante fuerte como para renunciar a esos momentos de placer.

Cuando Antonio se colocó entre sus piernas, sujetó las manos por encima de su cabeza y se deslizó dentro de ella, no pudo hacer nada, se limitó a arquear hacia él la espalda y rodear sus caderas con las piernas para sentirlo aún más dentro.

Era una sensación agridulce. El placer era increíblemente intenso, pero sabía que esa era la última vez.

Durante el viaje de regreso, Orla estaba tan tensa que apenas podía moverse. Su cuerpo aún vibraba después de hacer el amor con Antonio una última vez. Había sido muy intenso y distinto. Le llegó de repente su voz desde el otro lado de la cabina, devolviéndola con un sobresalto al presente.

–Patrick Kennedy está de vuelta en Londres. Sí. Voy ahora hacia allí. Organiza una reunión para dentro de una semana. Debería ser tiempo suficiente para que los dos pongamos todo en orden –le estaba diciendo a alguien al otro lado de la línea telefónica.

Orla se armó de valor y miró a Antonio.

–Luego te llamo, David –se despidió colgando el teléfono.

Trató de controlar su voz para que no fueran obvias sus emociones, pero seguía sin entender cómo ese hombre había conseguido cambiar tanto su vida en tan poco tiempo.

–Entonces, ¿ya está todo listo? –le preguntó ella.

–Eso parece. Ya no hay nada que pueda detener este acuerdo. No creo que te opongas, ¿no?

–Sabes de sobra que no puedo negarme, no tengo otra opción. Todo depende de mi padre –le dijo tratando de parecer profesional y fuerte–. A tu hermana le encantará que los hoteles Chatsfield vuelvan a ser noticia por un triunfo empresarial como este. Es una operación muy importante para recuperar el prestigio de vuestra marca.

Vio que Antonio entrecerraba los ojos.

–Sabes que esa ha sido siempre mi prioridad –le recordó.

Le dolió oírlo, pero se esforzó por responder fingiendo que nada de eso le importaba.

–Estoy segura de que el resto de tus hermanos te agradecerá también tu ayuda.

Sabía que era una locura sentirse tan traicionada por alguien que, evidentemente, nunca iba a tener los intereses de ella en mente, pero era así como se sentía.

Su padre nunca había apreciado realmente el valor de todo lo que ella había sacrificado y hacía por él, pero nunca le había impactado tanto como le estaba afectando lo que acababa de vivir con Antonio.

Recordó cómo él la había ayudado con su madre unos días antes. Le había ofrecido un apoyo que no había recibido nunca de nadie. Había hecho incluso que se sintiera protegida.

Incapaz de detener la oleada de emoción, sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas, pero no volvió la cabeza lo suficientemente rápido como para que no la viera Antonio.

–¿Orla?

No podía hablar. Sacudió la cabeza con vehemencia.

Pero oyó entonces que se desabrochaba el cinturón y se levantaba. Pocos segundos después, estaba en cuclillas junto a sus piernas.

Se sintió muy humillada. Lo único que había tenido que hacer era tratar de controlar sus emociones durante ese corto vuelo y ni siquiera había podido hacer eso.

–Orla...

Tomó su cara y la volvió hacia él. Ya le caían las lágrimas por las

mejillas, no podía controlarse, y le costaba respirar.

–Déjame, Antonio, por favor –le pidió ella.

Pero él negó con la cabeza, no dejaba de mirarla, parecía algo pálido.

–¿De qué se trata, Orla? ¿Qué te pasa? Maldita sea, dímelo.

Ella sacudió la cabeza y apartó la cara, pero él no se movió.

–¿Es por la adquisición? –le preguntó entonces.

La ira que la había dominado durante el viaje se fue tan rápidamente como había aparecido. Sabía que no podía ser más vulnerable ni estar más expuesta de lo que lo estaba en esos momentos. Ese hombre la había cambiado por completo y no podía seguir negándolo.

Sacudió la cabeza y se secó las lágrimas.

–No. Es... Es por nosotros.

Antonio se quedó inmóvil y no dijo nada durante un largo rato, pero no dejaba de mirarla.

–No lo sabía –repuso él con la voz ronca

Sintió que se le helaba la sangre en las venas.

–¿Qué es lo que no sabías? –repitió ella sintiendo de nuevo la ira bullendo en su interior.

Antonio la miraba confuso, sin entender por qué estaba así. Le confirmó lo que ya temía, que él no había sentido nada por ella.

–¿No sabías que yo pudiera ser capaz de cambiar? ¿Que en unos pocos días iba a darme cuenta de que quiero más? –añadió ella.

–Yo no... –comenzó él como si le costara un mundo hablar–. No... No puedo.

Y de repente Orla se sintió rota de dolor. Pero también entendió entonces que, sintiera lo que sintiera Antonio por ella, había cambiado mucho y también lo habían hecho sus prioridades.

–He visto cosas, Orla... Cosas que ningún ser humano debería tener que ver nunca. He sido testigo de hechos horribles, he matado a gente... Se supone que éramos los buenos, pero he vivido lo inimaginable –le dijo Antonio con angustia–. Tengo una familia que ni siquiera me conoce.

Extendió la mano y tocó la mejilla de Antonio con una mano temblorosa.

–Lo sé –le dijo con la voz cargada de emoción.

–Tú me conoces mejor que ellos.

Sabía que eso debería haber sido un consuelo, pero no lo era. Podía sentir cómo Antonio se encerraba en sí mismo y se escondía en algún lugar al que ella no podía ir. Se había enamorado de un hombre que no estaba listo para que nadie se enamorara de él y el dolor era insoportable.

Quería suplicarle que la dejara acercarse a él, que le permitiera

mostrarle que podía ayudarlo, pero estaba demasiado asustada. Ya se había expuesto a sí misma más de lo que podía soportar sin llegar a decirle que lo amaba.

El piloto anunció que estaban comenzando su descenso y sintió que el corazón se le partía en dos. Antonio, aún a sus pies, se limitó a mirarla con dolor en sus ojos.

–Lo siento –le susurró poco después.

–Yo también –fue lo único que pudo decir ella.

Antonio se levantó y fue de nuevo a su asiento.

Cuando salieron del avión, Orla suspiró aliviada al ver que Antonio había tenido la precaución de pedirle a su secretaria, Susan, que se encargara de que un coche fuera a recogerla.

Puso su maleta en el coche y se volvió para mirar a Antonio, que la observaba a unos metros de ella. Se acercó entonces y con cada paso, su corazón latía más y más fuerte. Quizás fuera a... A lo mejor...

Antonio deslizó la mano bajo su pelo y ella se quedó inmóvil, expectante.

–Adiós, Orla –le dijo entonces.

Apartó la mano y se alejó de ella a grandes zancadas hasta llegar a su propio coche. El chófer no tardó en arrancar para irse de allí.

Le entraron ganas de correr tras él gritando y golpeando la ventanilla para que se detuviera. No se podía creer que estuviera siendo tan cobarde. Le parecía muy irónico que se estuviera comportando así un hombre como él, que había incluso llegado a sufrir torturas.

Pero una voz en su interior le dijo que quizás no estuviera siendo un cobarde. Si no que, simplemente, no sentía lo mismo que ella. Y esa idea era aún más dolorosa.

Mientras Antonio se alejaba de Orla, todo lo que podía ver desde el coche era su hermosa cara llena de lágrimas. Recordó lo que le había dicho en el avión. Sus palabras le habían partido el corazón, había sentido un dolor aún peor que cualquier tortura que hubiera sufrido en su vida.

Tenía que reconocer que él le había mentido. Le había dolido tanto que se mostrara tan fría y segura mientras hacía la maleta, que le había dicho que él nunca había llegado a olvidar por qué estaban allí. Pero lo había hecho, completamente.

Por primera vez en su vida, había perdido la concentración y bajado las defensas. Se había sentido dentro de un sueño que era muy seductor, un sueño con el que nunca se había permitido el lujo de fantasear.

Las lágrimas de Orla habían abierto un millón de heridas dentro de

él. Heridas que ya había creído curadas.

Esa palabra que Orla le había dicho, ese «nosotros», lo había desgarrado por completo, destrozando todo a su paso.

Se sentía desolado, nunca se había sentido así, ni siquiera cuando su madre los abandonó. Estaba muy mal. Se sentía pequeño, roto, sucio, dañado para siempre. No sabía cómo tratar de alcanzar un sueño que siempre había tenido, pero que siempre había ignorado, viviendo de espaldas a él.

Capítulo 9

Lucilla?

Pero la conexión se cortó de nuevo y Antonio maldijo entre dientes. Una vez más, una voz en el teléfono le recordó que la persona con la que estaba tratando de hablar tenía el teléfono apagado o fuera de cobertura.

No entendía lo que le estaba pasando a su hermana. Desde hacía días, solo había recibido un breve y críptico mensaje de ella. En él, le decía que tenía que hacer un viaje y que iba a estar fuera de Inglaterra durante unos días. También le había aconsejado que hiciera lo que le pareciera mejor en cuanto a la adquisición del Grupo Kennedy.

Hizo una mueca al recordar sus palabras en el mensaje. Lo mejor que podría haber hecho era olvidar que había oído hablar de esa cadena de hoteles. Su vida sería mucho más sencilla si no se hubiera visto envuelto en esa operación y, más concretamente, si no hubiera conocido a Orla Kennedy.

Durante esa última semana, había estado cada vez más y más enfadado. Estaba de mal humor todo el día.

En esos momentos, su coche estaba atrapado en medio de un gran atasco en el centro de Londres, solo podía oír los claxon de los vehículos a su alrededor y estaba empezando a llover. Era como si el día se hubiera puesto de acuerdo con su estado de ánimo.

Tampoco había podido dormir bien. Y, cuando lo había hecho, tan pronto había tenido sueños eróticos como horribles pesadillas sobre su tiempo en la Legión. Eran pesadillas que no había tenido desde hacía más de un año. Era como si se estuviera sumergiendo de nuevo en un oscuro pozo.

Y no le ayudaba nada tener que admitir que, cuando Orla había compartido su cama, había dormido mejor que nunca. Después de una particularmente vívida pesadilla la noche anterior, se había quedado dormido de nuevo. Había soñado entonces con Orla. Ella había tomado su mano en el sueño y se había quedado con una sensación de paz tan profunda que, cuando se había despertado en su impersonal suite del Chatsfield esa mañana, se había sentido más solo que nunca.

Cuando su coche por fin se detuvo frente al hotel Kennedy de Londres, no pudo evitar que su cuerpo se tensara. Iba a volver a ver a Orla en cuestión de minutos. Sabía que no debería sentir tanta expectación ante ese momento, pero no podía evitarlo. Por primera

vez esa semana, volvió a tener despierto esa sensación de paz que había sentido en su sueño la noche anterior.

Respiró profundamente, salió de su coche y entró en el vestíbulo principal del hotel.

Pero tan pronto como se vio allí, supo que Orla no estaba cerca. Fue una sensación inmediata y visceral, parecida a esa especie de sexto sentido que había desarrollado durante sus días en Francia, cuando podía adivinar sin verla que estaba cerca de él.

Se detuvo cerca de la zona de recepción. Todo tenía un aire más triste y desolado, le parecía que la gente sonreía menos... Podía sentir un vacío.

Vio a un joven conserje donde normalmente estaba el viejo Lawrence y frunció el ceño.

–¿Dónde está Lawrence? –le preguntó sin poder ocultar su preocupación.

El joven conserje tragó saliva al ver la dura expresión en el rostro de Antonio.

–Cre... creo que está de baja por enfermedad, señor... ¿Puedo ayudarle yo?

Ese empleado no estaba consiguiendo tranquilizarlo. Se dio la vuelta y fue al mostrador de recepción. Uno de los jóvenes gerentes lo reconoció y corrió a atenderlo.

–Señor Chatsfield, ha venido muy temprano.

Antonio lo miró con cara de pocos amigos.

–¿Se le ha ocurrido a alguien visitar a Lawrence para asegurarse de que está bien? –le preguntó sin más preámbulos.

El gerente palideció.

–No, la verdad es que no.

–Pues encárgate de que alguien vaya a su casa de inmediato y que me haga saber después cómo está.

El hombre palideció aún más.

–Sí, sí, por supuesto. Aunque estoy seguro de que ya se le habrá ocurrido a alguien...

Pero ya no lo escuchaba. Se dio la vuelta y miró a su alrededor. Creía que, si Orla estuviera allí, ya se habría encargado de que alguien estuviera pendiente del viejo conserje. Pensaba que incluso habría ido ella misma a verlo. No entendía nada, no sabía dónde podría estar.

Vio de repente a Tom Barry, el abogado del Grupo Kennedy. Fue directo a recibirlo con una sonrisa.

–Señor Chatsfield, si me acompaña, por favor. Todo el mundo lo espera ya en la sala de conferencias.

Lo siguió con gesto sombrío. Estaba casi seguro de que no iba a encontrar a Orla cuando entrara en esa sala, no iba a poder contemplarla moviéndose como pez en el agua en ese ambiente

profesional con uno de sus trajes, tan remilgados como sexys. Podía imaginarla como si la tuviera delante, mirándolo con un gesto desafiante en la cara y el pelo recogido en un moño.

Sintió de nuevo en el pecho el mismo dolor que había estado sufriendo toda la semana.

Después de una hora escuchando las aburridas negociaciones, discutiendo hasta el más mínimo detalle de la adquisición del Grupo Kennedy, Antonio no podía aguantarlo por más tiempo.

Tomó entonces una decisión y, por primera vez desde que saliera de Francia, sintió que recuperaba un poco de cordura.

Se puso de pie y todo el mundo dejó de hablar al instante. El padre de Orla, Patrick Kennedy, lo miró con sorpresa. Era un hombre entusiasta, pero también parecía estar agotado. Y derrotado.

–Quiero que salgan todos excepto el señor Kennedy y nuestros dos abogados, por favor –anunció Antonio en un tono que no admitía discusión.

Cuando todo el mundo salió de la sala de juntas, Antonio se sentó de nuevo y se dirigió al padre de Orla.

–Señor Kennedy, si me lo permite, me gustaría hablarle con franqueza.

El padre de Orla asintió con la cabeza.

–La verdad es que ya no me importa en absoluto que los hoteles Chatsfield adquieran o no su grupo. Lo que sí me importa es otra cosa y es de eso de lo que me gustaría hablar con usted –le dijo con seguridad.

Orla estaba a cuatro patas bajo la mesa de su despacho donde estaban la impresora, el fax y otros equipos informáticos. Aquello le estaba resultando más complicado de lo que pensaba. No entendía por qué el cable que necesitaba conectar no encajaba en el enchufe donde debería ir.

–Mary –dijo en voz alta sin moverse de debajo de la mesa–. Vamos a tener que llamar a Brian de nuevo. Aquí hay otro enchufe que no funciona.

–Aunque no soy un electricista profesional, me parece que no es buena idea forzar un cable para tratar de conectarlo a la fuerza.

Orla se quedó inmóvil.

Esa voz…

Estaba detrás de ella. Seguía con el enchufe en la mano. Se había quedado helada, pero no tardó mucho en sentir la sensación opuesta, una oleada de calor recorriendo su cuerpo.

No podía ser. Estaba segura de que lo había imaginado. La culpa la debían de tener las muchas noches de insomnio que había pasado esa última semana.

Se levantó de mala gana. Le costaba creer que su traicionera imaginación estuviera jugando con ella de esa manera. Salió de debajo de la mesa y, lentamente, se enderezó. Después, se dio la vuelta esperando ver a uno de sus empleados.

Pero se había equivocado, era él.

Antonio estaba frente a ella en ese pequeño despacho, dominando el espacio con su presencia. Llevaba un traje oscuro y una camisa blanca. Se fijó en su pelo, oscuro y bastante más largo de lo habitual, en la sombra de barba en su cara. Tenía un aspecto increíble, tan masculino y atractivo...

Estaba sintiendo un auténtico aluvión de emociones y reacciones físicas al verlo allí.

No supo cómo, pero consiguió hablar.

–¿Qué estás haciendo aquí? –le preguntó.

Antonio tenía sus oscuros ojos fijos en ella.

–Los términos del acuerdo con tu padre han cambiado –le dijo a modo de explicación.

Orla miró automáticamente su teléfono móvil, lo tenía en la mesa de al lado. Se inclinó para presionar un botón, no tenía llamadas perdidas. Volvió a mirarlo a él.

Las sensaciones empezaban a inundarla y era sobre todo dolor lo que sentía, un dolor increíble. Pero también deseo.

–No he hablado con él –le dijo algo confusa.

–Le pedí que me dejara venir y decírtelo yo en persona.

Podía sentir cómo estaba reaccionando su cuerpo ante su presencia, era como si sus miembros se hubieran vuelto de gelatina. Se cruzó de brazos para tratar de mantener la compostura.

–¿Has venido hasta una de las zonas más remotas de Irlanda para darme esa información? ¿A qué estás jugando, Antonio? Pensaba que a estas alturas ya estarían escritos y detallados todos y cada uno de los puntos del acuerdo.

Antonio seguía mirándola con intensidad.

–¿Por qué no estuviste presente en la reunión de Londres?

Notó que palidecía y no pudo evitar apartar la mirada. Había algo casi acusatorio en su tono. No estaba dispuesta a decirle que había decidido no participar en la firma del acuerdo porque no había sido capaz de soportar el tener que verlo de nuevo al otro lado de la mesa y en una situación tan fría e incómoda. No después de todo lo que había sucedido entre ellos.

–Porque decidí que lo mejor que podía hacer era venir aquí y empezar cuanto antes con la renovación de este hotel –le explicó ella–.

Después de todo, yo ya no tenía nada que hacer en esa reunión, solo faltaba que mi padre firmara el acuerdo y nada más. Supongo que ya está todo hecho y firmado, ¿no?

Pero Antonio sacudió la cabeza lentamente.

–No, no está firmado. Al menos, no el contrato en el que estás pensando. Sí que hemos firmado un acuerdo, pero ahora seguís siendo los propietarios de los hoteles de Nueva York, Londres y Dublín.

Orla se quedó con la boca abierta.

–Pero... ¿Qué? ¿Cómo...?

La expresión de Antonio era enigmática, ilegible.

–Le hemos propuesto un nuevo acuerdo a tu padre. Hemos decidido convertirnos en vuestros inversores y él ha accedido a vender todos los activos restantes en favor de los hoteles más emblemáticos, dando así al Grupo Kennedy la oportunidad de volver a ser rentable.

Orla no podía seguir de pie. Tocó detrás de ella con las manos hasta encontrar la silla y se sentó con piernas temblorosas. Antonio la miró entrecerrando los ojos y maldijo en voz baja. Justo en ese momento apareció Mary y vio su gesto de sorpresa y admiración al ver a ese maravilloso y viril espécimen en la oficina.

Creía que, si hubiera sido capaz de respirar y no hubiera estado a punto de desmayarse, se habría reído al ver la expresión de Mary.

–¿Puede traernos un poco de coñac? –le pidió Antonio a la mujer.

Mary parpadeó. Miró a Orla y después se fue corriendo. No parecía haberle extrañado que su jefa necesitara beber un trago.

Antonio seguía de pie frente a ella, mirándola.

–Es tu plan, Orla –le dijo él con voz suave–. Lo que querías que pasara. Una oportunidad para tratar de salvar la empresa familiar.

Sacudió la cabeza. No terminaba de creérselo y pensó que quizás estuviera soñando.

Mary regresó con una copa de coñac y se la entregó a Orla. Después, volvió a salir del despacho para dejarlos solos.

Tomó un sorbo del licor, le temblaba la mano. Sintió que la bebida le quemaba la garganta y llegaba poco después a su estómago, llenando todo su cuerpo de calor.

Pero Antonio no desapareció, seguía allí. No estaba soñando.

–Pero, ¿cómo? ¿Por qué? –farfulló con dificultad para expresarse de manera más elocuente.

Antonio comenzó a dar vueltas por la oficina, parecía un animal enjaulado.

–Nuestras prioridades han cambiado. Ya no estamos interesados en una adquisición. Invertir en un negocio exitoso y viable es una opción mucho más atractiva para nosotros ahora mismo.

Lo miró con suspicacia. Había algo que no encajaba. Pero estaba allí, en su despacho, en una remota región al oeste de Irlanda. No

entendía por qué habría ido hasta allí.

El corazón le latía a mil por hora, pero prefería no hacerse ilusiones.

Antonio, que había estado dando vueltas por el despacho, se detuvo y le clavó su oscura y penetrante mirada. Notó que bajaba los ojos y recordó entonces lo que se había puesto esa mañana, una blusa y falda negras. Lamentó la elección, suponía que le parecería una viuda reciente con ese atuendo. Pero, cuando se había marchado de Londres la semana anterior, había metido toda la ropa que había llevado a Francia en lo más profundo de su armario y había preferido volver a vestirse de manera más formal y profesional.

–Tienes que venir a Londres conmigo –le dijo Antonio de repente.

El pánico se apoderó de sus entrañas ante la idea de ir a parte alguna con ese hombre. Sacudió la cabeza y se puso de pie.

–No, tengo que quedarme aquí y preparar el hotel para las obras de reforma.

Vio que Antonio apretaba la boca y se estremeció.

–¿Has oído lo que acabo de decir? El acuerdo de compra está anulado, tenemos uno nuevo, uno con el que el Grupo Kennedy podrá mantenerse a flote –insistió Antonio con firmeza–. Pero no voy a firmar los papeles definitivos de ese nuevo acuerdo si no estás tú presente para actuar como testigo.

–Antonio… –comenzó ella.

Le costaba un mundo el mero de hecho de volver a pronunciar su nombre. Estaba abrumada por todo lo que le estaba diciendo, todo lo que estaba pasando.

–Tengo un avión esperándonos en el aeropuerto de Kerry –le dijo Antonio.

Abrió la boca de nuevo, pero él sacudió la cabeza.

–O te vienes conmigo ahora, Orla, o retiro también este nuevo acuerdo de la mesa y os quedáis sin nada.

Por fin encontraba algo a lo que podía aferrarse cuando sentía que todo el mundo se había vuelto loco. Lo miró a los ojos y enderezó la espalda.

–¿Qué es lo que os pasa a los Chatsfield? ¿Os divertís jugando con la gente como si fueran meros peones en un tablero de ajedrez? –le preguntó furiosa.

Vio que le brillaban los ojos y le molestó ver media sonrisa en su boca. No podía creerlo, se estaba riendo de ella. Furiosa con él, dio la vuelta a la mesa y se colocó frente a él con los brazos en jarras.

–Si piensas que puedes irrumpir aquí y… –comenzó ella.

La media sonrisa desapareció de repente de su boca.

–¿Sabías que Lawrence estaba en el hospital? –le preguntó Antonio.

Se olvidó de lo enfadada que estaba.

–¡No! ¿Qué le pasa? ¿Cómo lo sabes? –le preguntó preocupada–.

¿Qué ha ocurrido?

Antonio le contó que él mismo se había encargado de que alguien fuera a verlo a su casa. Lo encontraron inconsciente en el suelo y llamaron a una ambulancia. Había estado tan absorta y preocupada escuchando sus explicaciones que, sin saber cómo, Antonio había conseguido sacarla del despacho y estaban ahora mismo en el coche que los alejaba del hotel.

Lo miró entonces furiosa.

–¿Cómo te atreves a manipularme de esta forma y...?

Antonio sonrió de nuevo. Y ella, aunque estaba enfadada, recordó de repente que aún no tenía toda la información.

–¿Está siendo atendido?

Antonio asintió con la cabeza.

–Sí, por mi propio médico. Parece que se sintió mal y su situación empeoró por culpa de una caída que sufrió en su casa. No se ha roto nada, pero necesita estar en observación. Y puede que después de esto no pueda volver a trabajar en el hotel.

Sintió una gran tristeza por el viejo conserje, le tenía mucho cariño y no pudo evitar sentirse culpable. No entendía cómo podía estar sintiendo pena por sí misma cuando el culpable de su dolor estaba a su lado y estaba consiguiendo confundirla con su comportamiento.

No le gustaba ver la preocupación que había mostrado hacia el conserje. Había conseguido conmoverla y se sentía muy vulnerable.

Le daba la impresión de que había mucha tensión entre ellos. Eran tantas las cosas que no se habían dicho y tanta la atracción que aún sentían... Tenía que controlar sus manos para no tocarlo, le estaba costando contenerse.

Apartó la mirada de la tentación que representaba ese hombre y se distrajo mirando por la ventana la verde campiña. Estuvo muy tensa hasta que llegaron al aeropuerto de Kerry, donde los esperaba un pequeño avión privado.

Antonio parecía decidido a no darle más información hasta que llegaran a Londres y ella decidió que tampoco iba a decir nada. Prefería no abrir la boca, temía lo que pudiera llegar a decirle si empezaba a hablar. Aún no había olvidado la última conversación que habían tenido en un avión como aquel.

Cuando aterrizaron en Londres, un coche los llevó a la ciudad. Era imposible no recordar un trayecto similar después del viaje a Francia. Entonces, se había sentido vacía y desolada y su dolor no había mejorado durante esa semana. Al menos en Irlanda había tenido un poco de paz.

Frunció el ceño al ver que el coche no estaba yendo en la dirección correcta. No iban al hotel Kennedy ni al Chatsfield, sino en dirección opuesta. Se volvió hacia Antonio y lo miró con suspicacia.

–¿Adónde vamos?

Le pareció que estaba nervioso, le costaba creerlo. Nunca lo había visto así.

–Ya lo verás, solo es un pequeño desvío.

Ella también empezaba a estar más nerviosa. Vio que entraban en una de las calles más lujosas del barrio de Notting Hill y sintió mil mariposas en su estómago.

Antonio estaba muy serio, no expresaba nada. Se avergonzó al recordar que le había confesado lo que hacía durante sus días libres, visitando casas que estaban a la venta en esa zona.

El coche se detuvo ante una elegante casa de cuatro pisos. Unas escaleras de piedra conducían a la puerta de entrada. Era azul y no pudo evitar imaginarse pintándola de color gris oscuro.

Tenía un nudo en el estómago. Miró a Antonio con una pregunta en sus ojos.

–Dame unos minutos más y lo sabrás todo –le dijo él de forma enigmática.

Se bajó del coche, fue a su lado y le abrió la puerta mientras le ofrecía su mano. Dudó unos segundos antes de tomar esa mano. Y un escalofrío de deseo recorrió su cuerpo en cuanto lo hizo.

La ayudó a salir del coche y subió con ella las escaleras. Le sorprendió ver que tenía una llave. Abrió la puerta y entraron. Orla lo siguió por un largo vestíbulo. Desde él se accedía a dos grandes salones. Las habitaciones estaban vacías, esperando a que los nuevos propietarios las llenaran de muebles.

No pudo evitar sentirse emocionada. No quería mirar a Antonio y se dejó llevar por él en silencio. Le mostró la enorme cocina, el comedor y el jardín al que se salía a través de unas puertas de cristal. Era una finca grande y muy cuidada. Le encantaron los árboles que había al final del jardín.

En el sótano de la casa había un gimnasio, una zona de lavandería, un trastero y una sala de juegos. Arriba había cinco dormitorios y un ático que podía ser utilizado como despacho o dormitorio.

Le enseñó también los baños y el impresionante dormitorio principal. Era muy grande, casi palaciego, con su propio cuarto de baño y dos vestidores. También estaba vacío, solo había una gran cama en el centro, aún sin sábanas. Se sonrojó cuando la vio y sintió que le sudaba la mano que Antonio sostenía. Trató de apartarse, pero él no se lo permitió.

Cuando regresaron a la planta baja, consiguió por fin que le soltara la mano. Dio un paso atrás con piernas temblorosas y lo miró a los ojos.

–¿Qué es esto, Antonio?

–Antes de que te diga nada más, tengo que aclararte algo que te

comenté antes... –comenzó él.

Se limitó a mirarlo y vio que respiraba profundamente antes de seguir.

–Cuando te dije que los Chatsfield habíamos decidido invertir en el Grupo Kennedy en lugar de adquirirlo, no fui del todo sincero.

Cruzó los brazos sobre el pecho, cada vez estaba más nerviosa.

–La verdad es que se trata de una operación personal. Yo soy el inversor. Tenía miedo de que no quisieras venir conmigo a Londres si te lo decía.

–¿Tú solo?

Antonio asintió con la cabeza y ella se quedó atónita.

–Pero, ¿por qué? ¿Y qué pasa con tu hermana y con el objetivo que teníais? ¿No se trataba de conseguir mejorar el prestigio de la cadena Chatsfield? –le preguntó ella.

–Tomé la decisión de hacerlo sin decírselo a nadie. Además, no he conseguido contactar con Lucilla, pero ya hablaré con ella cuando vuelva. Si sigue empeñada en adquirir una cadena de hoteles, seguro que encuentra otra que pueda interesarle.

Cada vez se sentía más confusa.

–Pero, ¿por qué lo has hecho? –le preguntó de nuevo.

–Porque sé lo mucho que significa para ti el Grupo Kennedy. Además, sé que, sin tu dirección, los hoteles perderían su personalidad. Me ha parecido una inversión interesante. Creo que la cadena puede crecer y ser aún más fuerte de lo que lo ha sido si está en las manos adecuadas. Tu padre ha incrementado tus acciones en la empresa para que tus decisiones tengan el mismo peso que las de él o incluso más.

Sintió que palidecía.

–Eso formaba parte del acuerdo, quería que tuvieras más poder de decisión en la empresa.

Le emocionó que ese hombre se hubiera encargado de imponer esa condición cuando su propio padre nunca había sido capaz de admitir la importancia de su papel en la compañía.

–¿Y cuál va a ser tu participación en el grupo empresarial? –le preguntó ella.

–Tendré el cuarenta por ciento.

Se estremeció al oírlo.

–Entonces, vamos a ser socios.

–Sí. Como lo habría sido cualquier otro inversor.

Le costaba aceptar todo lo que estaba diciéndole. Iba a tener que tratar con él cada día... Y Antonio había tenido la osadía de negociar con su padre para que este le diera más poder en la empresa a su propia hija.

Retrocedió un poco, le aterrorizaba la dirección en la que iban sus

pensamientos. Sabía que no podía dejarse llevar por la fantasía, era demasiado peligroso.

–¿De verdad crees que es buena idea que trabajemos juntos? Dejaste la empresa de tu familia hace mucho tiempo y... No sé... Me cuesta creer que de repente quieras meterte en este mundo.

Vio que Antonio apretaba los labios.

–Pregúntame por qué te he enseñado esta casa, Orla.

Pero no quería hacerlo, le pareció una pregunta llena de tantas posibilidades que le daba miedo conocer la respuesta, pero se armó de valor tratando de fingir que no le importaba su respuesta.

–¿Por qué me has enseñado esta casa?

Antonio se quedó en silencio durante un buen rato.

–Porque... Porque quiero comprártela.

La esperanza renació dentro de ella al oírlo, pero tenía que controlar ese sentimiento porque sabía que solo estaba jugando con ella, con su parte más vulnerable. Tenía que recordar que para Antonio solo era deseo, nada más. No se podía permitir el lujo de olvidarlo.

–La mayoría de los hombres se limita a regalar una pulsera de diamantes o un ramo de flores –repuso ella sin conseguir que su voz no temblara–. Esto es demasiado, ¿no te parece? Después de todo, solo hemos estado juntos... ¿Cuánto tiempo? ¿Dos o tres semanas? ¿O es que te apetece tenerme a mano en esta zona de Londres?

Vio que le brillaban peligrosamente los ojos mientras la miraba.

–¿Te gusta la casa, Orla?

Apenas podía controlar las emociones que competían en su corazón.

–¿Que si me gusta? –repitió ella sintiéndose humillada y vulnerable–. ¡Es la casa de mis sueños! ¿Es eso lo que querías oír, Antonio? ¿Tanto te gusta demostrarme lo fácil que te resulta controlar mi vida? ¿Quieres que viva aquí para venir a verme cuando lo desees?

Sus ojos brillaron de nuevo, pero había algo mucho más ambiguo en ellos. Se dio la vuelta, no podía seguir mirándolo.

–Quiero comprar esta casa para ti –le dijo detrás de ella.

Se le estaban llenando de lágrimas los ojos, no quería que la viera así. Era una auténtica tortura.

–No es necesario, Antonio –repuso con un nudo en la garganta–. Puedo comprarme mi propia casa si quiero hacerlo y no tengo ningún interés en convertirme en tu amante...

–Pero, si te compro esta casa –la interrumpió él–, es con una condición.

Tenía un gran dolor en el corazón.

–Antonio, como te he dicho, no quiero...

–La condición es que yo formo parte del paquete. No es solo la casa.

Se quedó sin aliento y el corazón le latía con fuerza. Creía que lo

había entendido mal.

Se dio la vuelta lentamente y vio que Antonio parecía de nuevo nervioso.

–¿Qué acabas de decir? –le preguntó en voz baja.

Antonio se le acercó más y ella no pudo moverse de su sitio.

–Te decía que, si compro esta casa, es con la condición de que me aceptes también a mí –contestó él–. Porque quiero vivir aquí contigo. Y no como mi amante, quiero pasar la vida a tu lado. Después de esta última semana, no quiero pasar ni una noche más sin ti.

No podía respirar. Tenía la vista fija en sus grandes ojos.

–Porque te quiero, Orla Kennedy –continuó Antonio–. Y estoy harto de vivir sin raíces. Ya me di cuenta de lo que sentía por ti la semana pasada, pero fui un cobarde, no podía aceptar lo que sentía. Ahora sé que preferiría volver a soportar las torturas que sufrí cuando estaba en la Legión a tener que pasar un día más sin ti.

Sus palabras fueron curándola poco a poco, haciendo que esa esperanza que había nacido en su interior fuera llenándola por completo. Podía ver en sus ojos el amor que sentía por ella y dejó de sentir miedo.

Agarró la chaqueta de Antonio por las solapas, podía sentir el calor de su cuerpo, no estaba soñando. Lo miró sin poder contener la emoción.

–¿Por qué has tardado tanto tiempo en darte cuenta, Chatsfield?

–Creo que tardé en comprender lo que sentía por culpa de todo lo que he visto y he hecho en este mundo. Sé que algo se rompió dentro de mí hace mucho tiempo y no volví a sentirme de nuevo completo y feliz hasta que te conocí –le confesó Antonio–. Pero tienes que saber que aún no he superado todos mis demonios, todo lo que me pasó.

Sintió tanta ternura y tanto amor por él. Acarició su mejilla sin dejar de mirarlo a los ojos.

–Si me dejas que te ayude, podremos superarlo juntos. Te mereces felicidad en tu vida, Antonio. Mereces deshacerte de esos fantasmas del pasado y vivir una vida plena.

–Eso es lo que quiero, una vida contigo –contestó Antonio.

Se puso de puntillas y le dio un beso en la boca con el corazón rebosante de amor por ese hombre.

–Entonces, eso es lo que tendrás, amor mío.

–¿Me quieres? –le preguntó Antonio frunciendo el ceño.

Sonrió al ver inseguridad en sus ojos.

–¿Aún lo dudas? Me enamoré de ti en algún momento entre esa primera noche y hoy mismo. Me he estado enamorando un poco más cada día –le dijo ella con firmeza–. Te quiero.

Antonio rodeó su cara con manos temblorosas.

–Gracias a Dios. Te quiero tanto, Orla. Esta semana ha sido…

Orla giró la cabeza para besar una de sus manos.

–Una agonía –terminó ella por él.

Antonio susurró algo y la besó de manera apasionada, rodeándola con sus brazos y acercándola todo lo que podía contra su cuerpo.

El deseo los dominó como tantas otras veces, pero esa vez era distinta.

Antonio se separó de ella unos centímetros para mirarla a los ojos.

–Sacrifiqué mi juventud por mi familia y terminé echando a perder la relación que tenía con mi padre y con mis hermanos. Me fui entonces tan lejos como pude y creo que no dejé de huir hasta que te vi por primera vez. Siento que llevaba toda mi vida esperándote.

–Yo también huía, de mí misma –susurró con voz temblorosa–. Te necesito tanto, Antonio.

Las lágrimas llenaron sus ojos y Antonio frunció el ceño al verla así.

–No llores, por favor. Cuando te vi llorar el otro día en el avión... No pude soportarlo.

Orla consiguió esbozar una sonrisa.

–Entonces, date prisa y haz algo para distraerme.

–Bueno... Hay una cama en el piso de arriba.

Tiró de ella para llevarla hacia las escaleras. Apenas podía contener la emoción y el deseo que sentía por ese hombre.

–Pero, ¿y si viene alguien? –le preguntó preocupada.

Antonio la miró por encima del hombro. Parecía algo avergonzado.

–Nadie va a venir. La verdad es que decidí arriesgarme y comprar la casa.

Le entraron ganas de llorar de alegría, pero fingió estar muy indignada mientras la llevaba al dormitorio principal.

–¿Y qué pensabas hacer si no me gustaba la casa?

Antonio se detuvo y se volvió hacia ella, tomando de nuevo su cara entre las manos.

–Entonces, habría seguido comprando casas y enseñándotelas hasta encontrar una que te gustara –contestó Antonio mientras se quitaba la chaqueta y comenzaba a desabrocharle la blusa.

–No me parece una idea muy inteligente y menos aún en estos tiempos de crisis económica...

Antonio sonrió y le quitó la blusa. Le encantó ver el deseo en sus ojos cuando se encontró con su sexy sujetador de encaje. Pero notó que fruncía de repente el ceño y maldecía.

–¡Vaya! Quería hacer esto como Dios manda, pero cuando te miro se me olvida todo...

Antonio se puso de rodillas y el corazón le dio un salto en el pecho. Si seguía así, ese hombre le iba a provocar un infarto. Vio que sacaba una pequeña caja de terciopelo del bolsillo y se quedó sin aliento.

Levantó hacia ella los ojos mientras abría la caja para revelar un

hermoso anillo con un gran diamante rodeado de otros brillantes más pequeños.

–Orla Kate Kennedy, ¿quieres casarte conmigo?

Estaba demasiado sorprendida y aturdida para llorar o responder. Durante unos segundos, se limitó a asentir con la cabeza.

–Sí, Antonio Marco Chatsfield, me casaré contigo –dijo cuando recuperó el habla.

Antonio le colocó el anillo. Se levantó entonces y volvieron a abrazarse.

Después llegaron los besos y no tardaron mucho en terminar de quitarse la ropa. Era increíble estar de nuevo con él, dejándose llevar por el deseo hasta terminar cayendo desnudos en la gran cama.

Orla pensó entonces en algo y se apartó de él. Los dos estaban sin aliento.

–¿Te molestaría mucho que no cambie mi apellido cuando nos casemos? –le preguntó.

Antonio frunció el ceño.

–No. ¿Por qué iba a importarme que no lo hicieras?

Orla sonrió.

–Creo que me gusta cómo suena combinado, Kennedy-Chatsfield.

Él también sonrió.

–A mí también. Puede que sea yo el que me cambie de apellido –bromeó Antonio.

–No creo que sea la mejor manera de reconciliarte con tu familia.

–¿Por qué lo dices?

–Porque tienes que recordar siempre que estaré a tu lado pase lo que pase. Sé que tarde o temprano te pondrás en contacto con el resto de tus hermanos.

Vio que le habían emocionado sus palabras, que era importante para él lo que acababa de decirle. Le dio un suave beso en la boca que fue haciéndose cada vez más íntimo y apasionado. Se tumbó encima de Antonio, era maravilloso sentirse tan unida a él. Se estremeció cuando sintió su imponente erección y se abrió a él por completo.

Antonio sintió que el amor que sentía por esa mujer iba destruyendo los últimos vestigios de oscuridad que aún había tenido dentro de él. Pero aún le quedaba una última duda, una fantasía con la que ni siquiera se había atrevido a soñar.

Apartó del hombro de Orla un mechón de su roja melena antes de besar ese pedazo de piel. La miró después, perdiéndose en sus ojos del color de los zafiros. Su pecho se llenó de felicidad y, antes de que pudiera preguntarle nada, Orla lo calló colocando un dedo en sus labios.

–Sí, por lo menos dos –le contestó ella con los ojos brillantes antes de que tuviera que preguntárselo–. Un niño y una niña. Eso sería perfecto, pero la verdad es que solo me importa que estén sanos y que se parezcan a ti…

Compartieron entonces una intensa mirada.

Nunca se había sentido tan cerca de nadie. Seguía dentro de ella, pero lo que tenían iba mucho más allá de la mera unión de dos cuerpos.

Le demostró entonces sin palabras todo el amor que albergaba en su corazón por ella.

Epílogo

Tres años más tarde en su casa de Francia

–¡Papá!

Orla se dio cuenta de que no iba a poder seguir sosteniendo a Ashling.

Su pequeña de año y medio no dejaba de moverse entre sus brazos, tratando de liberarse. Era imposible sujetarla cuando la niña veía a su persona favorita en el mundo entero.

Sonrió al verla caminando torpemente hasta las seguras manos de su padre, al que adoraba.

Se quedó ensimismada viéndolos juntos, la niña tenía el mismo color de pelo de su padre. Ashling dejó de besar a su padre para mirar a Orla con sus enormes ojos azules. Era como si quisiera pedirle disculpas por ser tan desleal con ella.

Se levantó del césped, donde había estado jugando con Ashling, y fue hasta donde estaba su marido. Se estremeció, como hacía siempre, al ver cómo la miraba él, siempre con deseo en sus ojos.

Antonio le dio un beso en los labios, ignorando la manera en la que Ashling trataba de atraer su atención.

Marie-Ange salió entonces de la casa con Lily y Ashling fue corriendo hacia la otra niña. Le encantaba estar con ella.

Orla aprovechó el breve momento de paz para rodear con sus brazos la cintura de Antonio. No se cansaba nunca de abrazarlo.

Él la miró entonces y frunció el ceño al ver que Orla fingía estar disgustada.

–¿Qué? No es culpa mía si mi hija me encuentra tan irresistible como su madre –le dijo.

–Espera a que tengamos un hijo. Entonces vas a entender cómo me siento –repuso ella de buen humor–. Marie-Ange ha estado cocinando todo el día. La he ayudado un poco, pero ha terminado por echarme de la cocina. Le da miedo que vuelva a prender fuego a algo –añadió sonriendo–. ¿Qué le vamos a hacer? Algún día aprenderé a cocinar, te lo prometo. Poco a poco.

Antonio le devolvió la sonrisa. Le encantaba verlo así y sintió una oleada de emoción. Ya no había miedo ni dudas en sus ojos. Esperaban a mucha gente al día siguiente, los visitaba toda la familia de Antonio. Se estaba convirtiendo ya en una especie de tradición

anual.

Había tardado un tiempo en volver a sentirse a gusto con sus hermanos. Aún había llevado sobre sus hombros el peso de la culpabilidad, pero le había ayudado mucho volver a conocerlos, ya como los adultos que eran.

Había sido más difícil aún restablecer la relación con su padre, pero lo habían conseguido y Gene Chatsfield había llegado incluso a disculparse con su hijo por haber sido tan duro con él.

Antonio acarició su pelo.

–Eres una mujer tan increíble, señora Kennedy-Chatsfield. Poco me importa que no sepas cocinar –le aseguró Antonio.

Pero ella entonces recordó lo que tenía que preguntarle y se puso más seria.

–¿Qué tal todo?

–Muy bien. La clínica de fisioterapia está lista para la inauguración de mañana. Justo a tiempo porque la semana que viene llegarán diez soldados más –le explicó Antonio.

Se le hizo un nudo en la garganta. Estaba tan orgullosa de él… La Clínica de Rehabilitación para Soldados llevaba ya seis meses abierta. Estaba siendo un gran éxito y tenían una larga lista de espera. Ya habían empezado a hablar incluso de abrir más centros en un futuro no muy lejano.

Y él había cambiado mucho. Era un hombre mucho más feliz y optimista. Los últimos años habían sido muy positivos para los dos, habían podido curar sus heridas.

–Estoy tan orgullosa de ti… –le dijo con emoción.

Antonio sacudió la cabeza mientras acariciaba su mejilla.

–Ese lugar no existiría… Yo no existiría sin ti.

La abrazó con más fuerza entonces.

–¿Crees que Marie-Ange nos echará de menos si desaparecemos durante un rato? –le susurró su marido al oído.

Orla lo miró con el ceño fruncido, pero no pudo evitar sonreír.

–Pero tiene que ser poco tiempo. La pobre mujer ha estado trabajando muy duro hoy.

Antonio no esperó ni un minuto más. Tomó la mano de Orla y la llevó casi corriendo hacia la casa. Apenas tuvieron tiempo suficiente para intentar encargar el hijo que completara su felicidad cuando oyeron una voz conocida en la distancia.

–¡Papá!

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harlequinibericaebooks.com